

BASADO EN
HECHOS
REALES

ARIEL A. BERRETTA

TRAICIÓN DE SANGRE

B
BRESCA

Traición de sangre

Ariel A. Berretta

© Ariel A. Berretta, 2017

© De esta edición: Bresca Editores, 2017

www.brescaeditores.com

© Diseño y fotografía de portada: DG Angélica McHarrell

www.mcharrell.com

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

EL COMIENZO

La sociedad suele comportarse de un modo extrañamente incoherente en la mayor parte del mundo *civilizado*. Puede disculpar fácilmente que alguien cometa un delito, un fraude o un asesinato. Incluso es capaz de encontrar atenuantes ante los crímenes más horrendos. Basta para ello un pretexto banal. Pero jamás tiene clemencia con las personas, por intachables que sean, a las que les ha sonreído el éxito. Porque el éxito es su sueño imposible y, en consecuencia, imperdonable.

—Viejo, hemos logrado cosas increíbles. ¿Recuerdas cuando pizcábamos lechuga y tomate en California? Esos solazos en la espalda, ese mal dormir en las barracas apestosas. Y la comida... ¡Qué mala era la comida!

—Valió la pena, Aurora. —sentenció el hombre—. Aunque mira tus hijos. No hay forma que entiendan por lo que pasamos de recién casados. ¿No habremos hecho mal las cosas con ellos? —se preguntó en un tono de lamento—. Todo se lo dimos tan fácil... No valoran lo que tienen. Viven pensando en cómo gastar, en tener algo mejor que sus primos; no me gusta mucho eso.

Aurora puso sobre la mesa un plato con guisado de res y varias tortillas recién hechas por ella misma. Era un matrimonio maduro, con una historia de trabajo duro en la espalda y de aciertos en sus primeras inversiones. Después de tres años trabajando en los campos agrícolas de California habían ahorrado lo suficiente como para poder comprar un camión con capacidad de tres toneladas; y ahora Saúl tenía una flotilla de veinte camiones, más una docena de cisternas, que estaban pagando gracias a un contrato con la petrolera paraestatal. Tenían seis hijos, tres hombres y tres mujeres; los dos mayores

eran Saúl y Jorge, que empezaban a conducir los camiones en rutas cortas.

—Saúl es bueno, Aurora, le gusta trabajar, disfruta el volante —contó con satisfacción mientras miró con arrobó la comida—. Nos va a ayudar mucho el ahorrarnos un chofer. Además sabemos que cuidará el camión y la carga mejor que nadie.

—¿Y Jorge cómo va? —se interesó la madre.

—Es más joven e impetuoso —valoró el marido con cierta condescendencia—. Le gusta también el camión, pero me preocupa su afición a la cerveza. Pasados estos años de juventud, esperemos que sepa que cuando hay que trabajar, no se debe tomar.

Aurora lo abrazó por la espalda mientras comía.

—Los seis son buenos —suspiró la mujer—. Ya verás que creceremos como familia y como empresa. Salimos de la nada viejo; será más fácil el camino hacia adelante.

Saúl armó un taco con el guisado y lo comió en silencio. A ratos se sentía cansado. Esperaba el relevo de los hijos y a la vez tenía miedo. Agradecía a la vida que los dos primeros fueran hombres; eso garantizaba poder dejar de trabajar antes. El tercer hijo varón, Rodrigo, cuarto en descendencia, era un muchacho muy despierto y el mejor parecido de los tres. De sus hijas, María, aunque aún era muy joven, ya presentaba buenas cualidades y tenían para ellas planes de enviarla a estudiar a la ciudad.

Terminaron de comer y se dispusieron a atender a los que regresarían de la escuela. Aurora era de las que pensaba que su esposo debía ser atendido en primera instancia; los hijos llegaron y se irían después, ellos seguirían el camino juntos. Hasta el final.

Santiago siempre fue un pueblo pequeño, uno de los llamados “Pueblos Mágicos” de México. Centro de artesanías de la región a una hora de la populosa ciudad de Monterrey. Un pueblo donde todos se conocen, donde todo se sabe sobre las personas... O se inventa.

La familia Cantú Rodríguez, nacida, crecida y distribuida por la zona era muy conocida por diversos motivos. Aurora, la esposa de Saúl, por su apego a la iglesia y por su labor social a favor de la gente más necesitada. El equipo de béisbol y el austero pero remozado estadio local era patrocinado por “Fletes Cantú Hermanos”. Y no había fiesta solidaria o evento de interés cultural en el

que no apareciera el apoyo generoso de estas gentes. Era una familia unida, que en cada cumpleaños de los padres o fiestas importantes asistían todos los miembros de la misma sin excusas. Las nuevas generaciones, sin embargo, no eran conscientes de los sudores ni de las lágrimas que habían invertido para lograr convertir sueños en realidad.

Con el paso del tiempo la gente había llegado a bromear con su fortuna.

—¿Oye, los Cantú son de Santiago?

—No, compadre, Santiago es de los Cantú.

DIEZ AÑOS MÁS TARDE.

Con más de treinta camiones cisterna trabajando para la paraestatal Petróleos Mexicanos y otras importantes empresas privadas, la línea de transportes pronto fue una de las más importantes de la región. Don Saúl había dejado las riendas del negocio a los hijos, donde algunos trabajaban directamente y del que todos tenían participación a la hora de repartir los dividendos. Casas grandes, ostentosas, lujosos autos nuevos y viajes a diferentes partes del mundo, demostraban la bonanza de la compañía. Los muchachos seguían estando unidos, aunque resultaba inevitable que cuando alguien se casaba surgieran roces entre los nuevos parientes. Porque no todos veían de la misma manera cómo había que manejar el negocio.

—El negocio es mío, yo decido cómo se maneja. Ninguna esposa de mis hijos o esposo de mis hijas tienen vela en este entierro. Mis hijos siempre serán mis hijos, mis nueras y mis yernos no están garantizados.

Don Saúl era tajante al respecto. Así estaban redactadas las actas constitutivas de los negocios, dejando fuera a los parientes políticos. Una estrategia que, a la larga, daría probados resultados, ya que un divorcio impedía que un pariente político se pudiera llevar una tajada de la empresa.

Organizaban fastuosas fiestas con conjuntos regionales costosos y de moda. Y la gente veía una familia unida, hermanos en sana convivencia y niños correteando por los amplios parques de la casa de los abuelos. Fiestas donde se reunían en ocasiones más de trescientas o cuatrocientas personas a comer y beber sin límites. Cuando un bautizo o una fiesta religiosa en la familia se acercaba, la iglesia se ponía totalmente a su disposición; a cambio, claro, de un generoso donativo. De esa manera, a cualquiera que se le preguntara por la supuesta honestidad de los negocios respondía poniendo las manos en el fuego por ellos.

Don Saúl iba poco al negocio. Lo veía crecer sin su participación y llegó a la conclusión de que la sangre nueva era mejor que la vieja. Con sus ahorros tenía garantizada una vejez sin carencias y las siguientes generaciones de sangre no conocerían la pobreza si gustaban de trabajar y administrar bien. Ese día se sentó en el escritorio de su hijo mayor, que había salido a una diligencia y se puso a hojear la bitácora de los camiones cisternas de ese último mes. A pesar de que no había tenido estudios de ningún tipo aparte de

la primaria, los años lo habían educado para estar al pendiente del negocio y detectar anomalías rápidamente.

Afuera llovía ese día caluroso de mayo. A resguardo del aguacero se había quedado en la oficina más tiempo del acostumbrado. Pidió a una de las asistentes de contabilidad las facturas de todo el mes de abril y las comparó con la bitácora de viajes de los camiones. Garabateó unos números en una hoja de máquina durante más de una hora y devolvió toda la papelería al lugar de origen. Cuando la lluvia amainó, tomó su camioneta nueva y regresó a casa, a escasos cinco minutos de las oficinas generales de la empresa.

—¿Cómo va todo?

Don Saúl pasó caminando al lado de su esposa sin detenerse.

—Creo que bien. Esta lluvia va a caer bien a los ranchos.

—Sí, viejo, pero no tenemos rancho —dijo su mujer con un punto de divertida sorpresa.

El hombre se adentró en la casa con aire taciturno. La esposa y una de sus asistentes siguieron en la cocina preparando la comida para ese mediodía. Normalmente, dos o hasta tres de los hijos se quedaban a comer cuando el clima se encontraba como el de ese día.

A eso de la una de la tarde, llegó el hijo mayor, Saúl; más tarde Jorge.

—Madre, qué rico huele. ¿Alcanza para todos?

—Me muero el día que no tenga para darle de comer a mis hijos—comentó la madre con un punto de impostado dramatismo—. Calculé que con este día no se irían a sus casas.

—Madre, la comida aquí es más rica —dijo Saúl con zalamería—. Además, seguro que las esposas andarán dando vueltas con los muchachos; ya saben cómo se vive ahora. De la escuela a comer un taco o una hamburguesa, de ahí al ballet o al béisbol; lo cierto es que nunca están en casa —se quejó con fatalismo.

—Saúl, no te quejes, te tocó una buena mujer.

—Todas son buenas si nada les falta, madre —interrumpió Jorge entrando por la puerta.

Rieron y bromearon mientras se sentaban a la mesa. El viejo, sin embargo, estaba un poco más callado que de costumbre, pero con la locuacidad de la madre, la mesa se mantenía animada. El agua de lluvia volvía a rebotar en el agua de la alberca inmensa que estaba al norte de la propiedad. Tras la opípara comida y unos deliciosos postres pasaron los hombres a la sala; las

mujeres, a la cocina.

Cuando Saúl y Jorge se sentaron, el viejo se paró frente a ellos.

—Hoy estuve más de una hora en la oficina de ustedes. Al parecer tienen mucho movimiento este año.

—Sí, padre, estamos pensando incluso en comprar otros cinco tractores con cisterna. No damos abasto y cualquier descompostura nos hace perder fletes importantes.

—Me gusta eso, Saúl —reconoció admirado el padre—, que piensen en crecer porque veo crecer muy rápido la familia. Parecen conejos —bromeó.

Los tres rieron abiertamente.

—Por cierto, ¿cómo empatan lo de la bitácora de viajes de los camiones cisterna con las facturas?

A los hijos les cambió el semblante y se miraron entre ellos. Jorge contestó primero.

—A ver, padre, no entiendo la pregunta.

Don Saúl rondaba los setenta años. Era lento en el caminar y tranquilo en su charla; pero de eso a que fuera lento de pensar había un abismo.

—Vi facturas de abril. Algo así como doscientas ochenta y pocas, creo.

—Correcto, fueron viajes del mes, más o menos.

—¿Entonces por qué hay anotadas en la bitácora de salida de tractores más de cuatrocientas veinte?

Jorge se puso de pie como un resorte. Su rostro palideció, pero no dijo nada.

—Mañana me ocupo de ver esas cifras —cortó Saúl para evitar seguir con una conversación que, a todas luces, le incomodaba.

El viejo se acercó lentamente a la ventana y sonrió al ver correr un par de ardillas en uno de los oyameles del parque. Esos árboles de la región eran hermosos.

—Mañana es hoy, ya les dije —sentenció el hombre con calma.

—Es que tengo que revisar los números; no me acuerdo de memoria —se excusó el hijo mayor tratando de zafarse de las exigencias de su padre.

El viejo se volvió despacio. Se acercó de nuevo hasta la mesa y desenrolló una hoja de máquina garabateada con tinta negra.

—Acá están los números —dijo el hombre señalando el papel. Su rostro era inexpresivo—. Todo abril está ahí, números de facturas y bitácora de salida y entrada de unidades.

Jorge tomó el papel y fingió revisarlo. Saúl se puso también de pie. Tras unos

pocos segundos, enfrentó a su hermano.

—A papá no le podemos mentir —afirmó con aplomo.

—De acuerdo —acató Jorge.

El viejo miró a ambos esperando una respuesta.

—Padre, siéntese. —sugirió Saúl en voz queda—. ¿Quiere tequila? Esta charla puede ser larga.

—De acuerdo. Uno para cada uno, para bajar la comida —aceptó el viejo.

Desde el bar de la sala, Saúl reapareció con tres pequeños vasos para tequila y una botella de Don Ramón en su envase de cristal cortado. Sirvió uno a cada uno y tapó la botella.

La lluvia seguía afuera.

—Papá, la diferencia de facturación de viajes y la de bitácora es tal y cómo se ve en el papel —comenzó reconociendo Saúl.

—Confirmado tenía eso. ¿Por qué? Es la parte que me intriga un poco.

—Papá, trabajamos para Pemex desde hace más de diez años. Sin problema alguno, damos dinero dónde hay que dar cada fin de año y nuestros camiones siguen contratados. Así se trabaja, ya sabe eso. —Saúl miró a su padre con ojos inquisitivos—. Después de tantos años, uno se hace amigo de directivos, de controladores de ruta y toda la gente que mueve el petróleo en este país.

Jorge y el viejo escuchaban.

—Hace unos dos años, uno de los altos directivos nos hizo una invitación. —Saúl volvió la vista hacia su hermano antes de continuar. Este se encogió levemente de hombros—. Nos invitó a participar en un negocio que él mismo traía dentro de la paraestatal y le entramos.

El tequila desapareció en la garganta de don Saúl. Dejó despacio el vaso sobre la mesa de centro y pasó su mano derecha por el mentón, alargando el momento.

—¿Quieres decirme que estamos participando en el transporte de gasolina robada a los oleoductos?

—Sí.

El viejo respiró hondo. Miró a sus hijos, que jugaban con sus manos entre las rodillas.

—¿Y quién autorizó a prestarse a esa maniobra ilegal? Os recuerdo que yo soy la cabeza responsable del negocio.

—Yo—reconoció Saúl—. En primera instancia pensé que ganaríamos mucho dinero y, además, al estar coludidos altos directivos y policías federales en el

robo, se nos garantizaba la impunidad. Aparte de eso, y de que las ganancias eran muy jugosas, pensé que si les decíamos que no, nos sacarían del negocio legal incluso, pues buscarían otro que se prestara al transporte de gasolina. Usted sabe cómo funciona esto, padre. Van a seguir robando, y si no lo transportamos nosotros alguien lo hará. Ya tienen la red de gasolineras operando, que venden robado; el negocio funciona desde hace muchos años. El riesgo es mínimo. Y reconozcamos que el crecimiento y el bienestar de todos nosotros ha sido notable.

El viejo se levantó del sofá y se acercó parsimoniosamente a la ventana. El segundo vaso de tequila daba vuelta entre sus dedos. Veía lógica en el razonamiento del hijo mayor, más no estaba habituado a los negocios sucios. Respiró hondo. Presentía el fin de los sueños en paz con la almohada.

—No estoy de acuerdo con lo que hicieron —reprochó el viejo con voz serena mirando al exterior—. Hemos sido una familia respetable por años. Tu madre apegada a la iglesia y los hombres ayudando a causas comunitarias. A Los Cantú se nos tiene por gente decente y bondadosa. ¿Tienen idea del desprestigio que supondría para nosotros que esto saliera a la luz?

—No tiene cómo salir —afirmó rotundamente Saúl—. Solamente Jorge, Rodrigo y yo, los hombres, lo sabemos. Ni siquiera nuestras esposas lo saben; hemos sido cuidadosos en eso. No tenga cuidado.

—Y yo ahora también lo sé, y hubiera preferido seguir sin saberlo —sentenció con un deje de amargura el viejo—. Tanto que me he llenado la boca de mis hijos trabajadores, mucho mejores que yo para multiplicar el negocio, de sus horas en el trabajo, su dedicación con los clientes... Todo para terminar al fin sabiendo que hacemos dinero a montones porque robamos al país. Porque nos hemos convertido en una vulgar banda de ladrones de gasolina. ¿Tiene idea de la vergüenza que siento? Estoy muy enojado. Sé que para dar marcha atrás es tarde. Es cómo el narcotráfico, el que se mete no se sale cuando quiere, salvo en una bolsa negra. Que no se vaya a enterar nadie más, mucho menos tu madre, porque la mataría el disgusto, ¿entendido? —advirtió el padre con evidente disgusto—. Y otra cosa, no me vuelvo a parar en la oficina. Si algo sucede fuera de lugar, o la ley los atora, solamente ustedes tres estaban enterados de esto. Quiero su palabra de hombres de que no van a involucrar a nadie más de la familia si algo malo sucede.

—La tiene, padre. Piense, ¿qué puede suceder? —trató de tranquilizar Saúl al viejo.

—Con un camión que se accidente y cause alguna muerte, una investigación a fondo y un análisis a la gasolina que carga, todo puede suceder —contradijo el padre.

Luego se levantó y se dirigió a las anchas escaleras de la casona para dedicarse a uno de sus placeres diarios: una buena siesta.

Abajo quedaron sus hijos en un silencio sepulcral durante unos segundos. Cuando supusieron que su padre ya habría llegado a sus habitaciones iniciaron la conversación.

—¿Cómo ves al viejo?

—La verdad, Jorge, nos fue muy bien. Esperaba mucho más reclamo y circo, la verdad.

—Le cerraste todas las puertas para defenderse. A ver cómo se levanta después de la siesta; ya ves que es muy de pensar las cosas largamente antes de dar su punto final.

—¿Qué más puede hacer? Está viejo para volver a trabajar, ve que la familia progresa año tras año. Además, esto de la robadera de gasolina no se va a acabar jamás. Si los que están a cargo de vigilar son la banda que la organiza —admitió con amargo cinismo Saúl.

—Eso es cierto. Pero como dijo el viejo, si algún camión llegara a causar una tragedia nos podríamos meter entre las patas de los caballos.

—Tiempo al tiempo. Ahora a seguir guardando dinero en el cuarto oscuro.

—¿Cuánto hay guardado hasta hoy?

—Debe andar llegando a los diez millones en efectivo.

—Ni en cinco años de trabajo duro podríamos juntar esos dólares.

—Y acá se juntaron en pocos meses. El problema es que habrá que invertirlo; es un guardado muy peligroso y tentador.

—De acuerdo. A cuidarse todos. Y, sobre todo, hacer caso de que nadie más que los cuatro hombres de la casa estemos enterados. ¿Te imaginas una investigación federal a la casa?

—¿Te imaginas una banda de delincuentes que se entere?

—Diablos, ahora no se ve tan sencillo.

—No, no es sencillo, el dinero fácil nunca es sencillo. Que te quede claro.

LA AMBICIÓN

Rodrigo era el más joven de los tres hermanos. También el más inquieto; ya había tenido una aventura conocida fuera del matrimonio y, aunque su esposa Claudia lo había perdonado, principalmente porque de lo contrario se arriesgaba a perder esa forma de vida, de viajes y compras sin límites que tanto adoraba, todos sabían que él seguía haciendo sus escapadas “de negocios” y ella haciéndose la tonta. Todo por la unión familiar. Y por el dinero.

Una noche llegó tarde a casa borracho. Se dirigió al dormitorio donde le esperaba su esposa con la luz encendida.

—¿Anduviste en otro de tus... negocios? —le recriminó con sorna la mujer.

—¿Ya vas a empezar, Claudia? —dijo cansinamente Rodrigo mientras se aflojaba el nudo de la corbata—. ¿Quién consigue los mejores contratos para la empresa? Dime. Para eso hay que convivir y pagar alcohol a los clientes. No siempre me gusta adónde vamos ni lo que hacemos. Pero son contratos millonarios y el cliente manda.

—¿Andar con putas es parte de las relaciones públicas? —escupió su esposa.

—Por supuesto, que se empachen los cabrones. Yo ahí si no entro, le tengo miedo a las enfermedades. Nada de putas, solo le entro a la cerveza con alegría.

—Ahá, yo me creo todo lo que dices. Nunca vas a cambiar, eso me queda claro.

—Claudia, me porto bien. Si quieres te invito un día a que veas cómo se mueven los negocios —trató de calmarla el hombre.

—Según tú eres el que mueve toda la clientela nueva, pero a fin de año las reparticiones se hacen en partes iguales —encizañó ella.

—¿Te falta algo? ¿Tienes hambre o andas desnuda acaso?

—No, sigo pensando que, con tu gran habilidad para los negocios, si te independizas serías un potentado en el ambiente de los transportes en pocos años. Tus hermanos salen de sus oficinas, van con sus esposas a descansar y tú siempre en reuniones o en juntas con empresas para lograr contratos. No es justo; al menos deberían compensarte por cada cliente nuevo que arrimaras, ¿no?

—El negocio es de mi padre —se defendió él—. No tengo suficiente guardado como para iniciar algo que pueda competir con esto. Duérmete ya, estoy molido.

En pocos segundos Rodrigo roncaba su borrachera.

Claudia se quedó mirando al techo. Hacía mucho tiempo que hubiera abandonado a aquel hombre en circunstancias normales. Pero el dinero del que disfrutaba compensaba aquellas mellas en su dignidad. Calculadora y ambiciosa asumía el precio a pagar.

—¿Cómo que le contaron a papá de la gasolina robada, están locos?

—Rodrigo, estuvo un par de horas en la oficina comparando la facturación de abril con salidas de camiones en la bitácora. ¿Crees que es tonto?

—¿Y quién lo dejó revisar todo eso?

—No te encabrones; empieza por darte cuenta de que sigue siendo el dueño del negocio. ¿Te hubieras atrevido tú a negarle acceso a alguna información?

Rodrigo estaba enojado. Su temperamento lo tenía sudando y nervioso, parado frente a Saúl.

—¿Y qué tan mal reaccionó?

—Comparado con lo que hubiéramos podido imaginar, bastante bien. Se enojó, pero como se le planteó la cosa tenía pocos lugares para dónde correr;

solo nos pidió que de ocurrir algo con la ley nosotros tres nos declaramos culpables y no involucremos a nadie más. Que sería un desprestigio para la familia entera.

—¿Desprestigio? Sería suficiente razón para tenernos que ir del pueblo. Nos harían pedazos los chismes, tendríamos que sacar los niños de las escuelas, qué locura.

—Tranquilo, estamos bien protegidos. Con otros dos o tres años así, tendremos para invertir en bienes raíces y vivir de las rentas. No es para tanto. Al final Rodrigo se calmó y se sentó tras prepararse un café.

—¿Y mamá? —preguntó todavía algo inquieto.

—Nada.

—Bien. La verdad le tengo más miedo a ella que a papá.

—Yo también.

Tras un breve silencio, la charla continuó.

—Hay que pedir a nuestras esposas que sean menos visibles, más austeras cuando salgan —apuntó Saúl.

—¿Tú le vas a decir a Claudia que deje su camioneta de lujo y que se suba a un auto sedán del montón? —dudó Rodrigo sin disimular el sarcasmo—. Te va a mandar a la mierda, dalo por seguro. El placer de nuestras esposas es pasearse en los autos y refregar en el hocico de las amigas sus joyas y ropa de marca. No sirven para otra cosa.

—No nos harán caso hasta que nos den un susto con alguno de los muchachos —masculló contrariado el mayor de los hermanos.

—Creo en lo de bajarle al perfil... de los demás —bromeó Rodrigo.

Todos rieron nuevamente. Al fin y al cabo, eran hermanos. Buenos hermanos.

El gobierno federal declaraba por aquellos meses la guerra a los capos del narcotráfico y a las mafias del país. Una medida aplaudida por muchos a nivel nacional e internacional. Para otros, una guerra sin razón.

Los tres hermanos estaban reunidos en un restaurante de la localidad ese viernes.

—El estúpido del presidente declaró la guerra al narco, ¿está loco?

—Rodrigo, es que esos cabrones son dueños ya de pueblos enteros.

—Ya lo sé, también de alcaldes y gobernadores en todas partes. Pero i los americanos son los que consumen, que sean ellos los que hagan correr sangre. No creo que el gobierno federal pueda con las bandas organizadas; están bien

armadas y, aparte, formadas en buena medida por ex militares y marinos desertores.

—Vamos a ver qué pasa —concluyó Saúl—. Lo que me queda claro es que van a aumentar los retenes y también las revisiones en ellos. Tenemos que urdir planes más coordinados y hablar con los dueños de la tierra donde están las tomas clandestinas. Tú sabes, si quieren pueden encontrar cada toma en pocos días.

Jorge escuchaba a sus hermanos en silencio mientras bebía una cerveza helada.

—¿Tú qué dices Jorge?

—No nos podemos defender de un enemigo que no vemos. Esperemos a ver la estrategia del gobierno, después decidimos. Creo que ésta situación de robar impunemente, va a tener algún tropiezo —advirtió el aludido.

—Mierda de presidente. Hay que hablar allá arriba con la gente de Pemex. Deben ocuparse ellos de tener las carreteras cubiertas. Transportar gasolina sin papeles va a ser difícil sin que haya que dar explicaciones.

—¿Y Carlos Ferrigno? —sugirió Jorge.

—Ese cabrón está bien pagado. Nos cuidará las espaldas y los camiones en su zona.

—Pero aún siendo comandante de la Federal tiene limitaciones. Si nos pescan los de la Marina o el Ejército, ese tipo se va hacer a un lado. Ni hablar de enredarlo, no hay forma de probar nada.

—¿Se dan cuenta de que un negocio “fácil”, se complica ahora?

—Ese maldito presidente está loco. Echar el ejército a las calles fue una locura. Esos putos no son fáciles, no le entran tan fácil a la corrupción.

—¿Y qué pasa con los choferes de nosotros? —quiso saber Jorge.

—No sé. Son un libro abierto para el que quiera apretarles los huevos —temió Rodrigo.

—Están bien pagados —trató de tranquilizar Saúl—. No creo abran la boca.

—¿Habría alguna otra manera de presionarlos para mantenerlos callados?

—Ni idea, una cosa es transportar gasolina robada y otra amenazar a la gente con cortarles la cabeza si se van de la lengua. No estamos hechos para eso.

—De pronto nos estamos metiendo de lleno en una mafia; esos cabrones desaparecen a lo que no le sirve.

—Pues a servirles bien, entonces, mi Rodrigo. O nos entierran junto a las tomas —advirtió Saúl con la cara pálida.

Con esa charla se dieron por advertidos de lo que traían entre manos. Un negocio que pintó fácil ahora se tornaba complicado. Dependían no solamente de sus decisiones, sino de las de otros fuera de su control. Había involucrados altos directivos de la paraestatal, choferes de camiones y policías federales de custodia. Todos trabajando en el campo. Y en las ciudades, la gente que manejaba y abastecía las gasolineras. Una verdadera oleada de soldados y marinos serían enviados en pocos días más al estado, a custodiar carreteras, así como brechas importantes.

Durante las siguientes dos semanas, todo transcurrió sin novedad. Era evidente el reforzamiento de retenes en las rutas, pero buscaban armas y drogas, nada más. Paseaban los perros por las unidades y los dejaban seguir su camino.

—Al final, andamos más seguros que antes—reía Saúl una mañana con Rodrigo en la oficina.

—La verdad, hermano. Ahora no hay tanto peligro de que algún mafioso se le ocurra robarnos un camión.

—¿Crees que dure mucho? Por ahora ha sido más ruido que otra cosa.

—Dicen que en los ranchos han encontrado grupos de la delincuencia en sus campamentos y que no han dejado pelado vivo.

—¿Quién te dijo eso de que sea de fiar?

—El comandante Ferrigno.

—O sea, que sin prisioneros. Bueno, de que los encierren para que los jueces los suelten, mejor así.

—Pero mira la tasa de secuestros; aumentos del trescientos por ciento en general en la zona norte. El gobierno les pega a sus ganancias y ellos las recuperan de la gente con billetes; hasta se los matan después, para que entiendan que no debieron meterse con esos cabrones.

—A eso sí le tengo miedo, Rodrigo. Si secuestran a uno de nosotros, o a una de nuestras hermanas, nos pueden dar un buen bajón a nuestros ahorros.

—En cinco días cumple años mamá. Tal vez sea una buena idea hablar ahí de andar con los ojos bien abiertos, cerrarle un poco la llave de dinero y permisos a los muchachos, ¿no crees?

—Sí, lo creo —admitió Saúl—. Ahora falta que nos crean las muchachas. Nos dirán que estamos locos de remate, me temo.

—Tampoco es tan sencillo decirle a un peladito de dieciocho años que deje el auto en casa, llegue antes de las once de la noche y se fije con quién anda. Esas cosas solo se entienden después de un buen susto.

—Esperemos que no suceda, la verdad; con tanta gente que nos conoce va a estar difícil pasar desapercibidos.

—Oye, Saúl, ¿y papá no te ha dicho nada después de aquella conversación con Jorge?

—Nuestro padre está haciendo muy bien su papel de ignorante. Ya ni en la oficina se para para saludar a los muchachos.

—Creo que es mejor así —admitió el hermano mayor—. Probablemente fuera el primero al que alguien con malas intenciones le echara un ojo.

—Cállate, ni lo pienses.

Tres meses después de aquella charla, muy cerca de fin de año, la situación era muy diferente. Los sistemas de seguridad en los patios de la empresa eran más sofisticados y abundantes, al igual que en la casa. A pesar de los rezongos y las quejas, se obligaba a los muchachos a volver temprano bajo penas severas si transgredían el mandato paterno. Los secuestros estaban a la orden del día en los medios locales de información y eso suponía, por sí sola, una herramienta que mantenía a la gente reunida en familia.

Los muertos a diario a manos de las fuerzas federales anunciaban que el cálculo de las fuerzas de las mafias había sido erróneo. Las masacres en los campamentos de la mafia, hechas por el ejército o por la marina, andaban en boca de todos. Aunque oficialmente no existían.

Las fiestas de fin de año fueron diferentes. Familias reunidas y muchachos a dormir después de la medianoche. Ya no había que pedírselo; sus miedos los mantenían en casa. Raro era que alguien no hubiese oído del secuestro y muerte de algún “amigo de un amigo”. El robo de autos estaba desatado.

Por otra parte, la charla con las mujeres de la casa y con los hijos más grandes el día del cumpleaños de la madre había sido de poca ayuda. Pero el secuestro a la semana siguiente de un vecino, y su posterior ejecución, obraron en consecuencia. Todos en la familia tenían miedo ahora. Quienes no tenían que salir, no lo hacían. En la oficina, los tres hermanos habían cambiado las camionetas de lujo por otras menos visibles. Hasta Rodrigo había abandonado las “reuniones nocturnas de negocio” por miedo.

—Ahora que los negocios se han calmado y la gente tiene miedo deberíamos planear la forma de empezar nuestro propio negocio, Rodrigo.

La mujer observaba al marido recostada levemente sobre el mueble-bar.

—Claudia, ¿tienes la más mínima idea del dinero que se necesita para poner un negocio más o menos decente de transporte? —dijo el hombre con cierto hastío—. No son solo los camiones. Podemos salirnos de la empresa, pero no llevarnos los clientes. Ellos son el verdadero capital de trabajo. Con camiones y sin clientes estamos jodidos, ¿lo entiendes?

—Pero los clientes son tuyos, amor. Tú los conseguiste —valoró la mujer.

—Los conseguí para “Cantú Hermanos”, no para mí. Hay contratos firmados de servicios. Ya deja de joder con eso.

Claudia, sin embargo, no pareció desanimarse.

—Es que me da coraje que tus hermanas estén todo el día tiradas o de sociales y reciban lo mismo que ustedes, que se dedican en cuerpo y alma al negocio. No es justo.

—No, tal vez tengas razón. —admitió Rodrigo—. Cuando tenga mi propio negocio pensaré en eso; ahora el negocio sigue siendo de mi padre, él manda.

A pesar del desamor por su esposa, la semilla de la independencia económica empezaba a florecer en la mente del joven hermano. Sabía que no era el momento aún; no tenía los recursos para iniciar algo nuevo, aunque la idea ya había arraigado en su mente.

Para marzo la violencia parecía fuera de control. Al esconderse el sol, las ciudades y pueblos se hacían fantasmas; todo el mundo se encerraba en sus casas. Las visitas entre hermanos y cónyuges se limitaban a cruzar el parque para ir a verse. Este constante devenir empezaba a causar algunas diferencias entre las esposas de los hermanos y los maridos de las hermanas.

—Rodrigo, ¿sabes qué me dijo la estúpida de Sonia cuándo le dije que tú eras el que llevaba más contratos a la empresa?

—No, no lo sé —admitió el hombre con fastidio.

—Que mientras tú te cagabas en los pañales, ellos la levantaban junto a tu padre. —La mujer frunció los labios antes de continuar—. Te lo digo, si ponemos nuestra propia línea, nos hacemos ricos sin dar cuentas a nadie.

—¿Y no has pensado que, tal vez, tengan razón? ¿Que realmente en los ocho años que nos separan ellos hicieron mucho por la empresa?

—Hablar contigo es imposible de veras. Eres tan estúpido a veces... —se enfureció Claudia—. Tienes un futuro que estás tirando a la basura. Piensa en tus hijos.

—No todo es dinero en la vida. La familia debe mantenerse unida.

—Definitivamente, cuanto más te agachas más se te ve. ¡Pobres hijos míos!

Esas discusiones eran diarias. Asimismo, las esposas de los otros hermanos, les decían a sus esposos que Rodrigo afirmaba que, sin él, la empresa no tendría trabajo. Y cuando todo llegó a oídos de su padre, este reunió en la casa a toda la familia. Todos los hijos con todos sus cónyuges.

—Muchachos e hijas y sus correspondientes esposos o esposas, Aurora y yo empezamos esto, ustedes ya saben cómo. Es nuestro, de ella y mío. De nadie más por el momento.—comenzó tajante el viejo—.Ustedes tienen su participación y saben que se la otorgamos para que tuvieran un buen nivel de vida, sus hijos fueran a buenas escuelas y pudieran viajar si así lo deseaban.

Aurora le agarró de la mano. Era la forma de demostrarle su respaldo.

—Últimamente vemos que entre hermanos hay roces porque hay quienes opinan que trabajan más que los demás —continuó el prócer—. Puede ser cierto, pero como eso no se puede medir muy bien, la repartición seguirá siendo como hasta ahora. —Un murmullo se dejó oír mientras don Saúl tomaba agua. El rostro del padre se veía más cansado que de costumbre. — Para terminar, les voy a decir tres cosas. La primera, somos y seguiremos siendo dueños de esto hasta que lo decidamos. Segundo, si alguien desea independizarse y abrirse paso por su cuenta, adelante; está en su derecho si se cree capaz. Tercero, al final va a haber un testamento, nosotros diremos cuánto le toca a cada uno, nadie más. Por favor, háganles entender a sus maridos y a sus esposas que ellos no reciben ni recibirán nunca un centavo de la empresa. Así que opinar solo puede dividir a los hermanos, beneficios por eso no van a tener jamás. —Rodrigo fulminó con su mirada a Claudia, mientras los demás sonreían—. No hay más palabras, no me gusta hablar mucho, ya saben. La empresa se mantiene unida si ustedes quieren; si no, la pongo en venta y a cada uno les doy lo que me venga en gana, no quieran comerse el mundo antes de tiempo. Tal vez les pusimos el plato muy cerca desde chicos y no saben lo que cuesta ganarse la comida, pero nunca es tarde para aprender.

Jorge se puso de pie, abrazó a su padre y dio a su madre un beso en la frente. Los demás hijos e hijas hicieron lo mismo. Al último pasó Rodrigo y Claudia.

—Hija, las mujeres no debemos meternos en los negocios de nuestros hombres; el negocio sin familia, no sirve para nada —la reprendió suavemente Aurora.

Claudia se dio cuenta en ese momento que había sido el blanco de la charla y que era considerada la causa de los problemas. Caminando rápido subió a la

camioneta mientras Rodrigo charlaba en el porche de la casa con su padre. Estaba furiosa, tanto que terminó tocando el claxon a la camioneta para indicar a su esposo que quería irse de ahí.

—¿Qué tienes, cabrona? Estoy hablando con mi padre. Respeta. —se revolvió furioso Rodrigo.

—¿Respeta? —masculló entre dientes la mujer—. ¿No te diste cuenta acaso que la charla de mierda esa era toda para mí? ¿Qué estás tan tonto que dejaste basurear a tu esposa delante de todos sin mover un dedo?

—Eres a veces tan infantil, —le dijo ya en la camioneta el marido—. No creas que estoy en desacuerdo con lo que dijo mi padre. Ustedes no deben meterse en el negocio. Si ellos quieren me sacan de la jugada, me dan un dinero que ni para comprar un camión alcanza y a buscar trabajo, ¿eso quieres?

—¿Cómo eres tan bueno para vender y tener felices a tus putas y no eres capaz de hacer algo por tu familia? Tu familia soy yo y tus dos hijos, no esa bola de vividores de hermanos y hermanas tuyas.

—Si no te gusta ¿por qué no nos divorciamos y listo? Tú por tú lado y yo por el mío, tan felices.

Claudia aspiró hondo, miraba los cerros a la derecha de la ruta. Necesitaba calmarse. Claro le había quedado que, en caso de separación, de la empresa no le tocaba un tornillo.

—Maldición, ¿por qué tenemos que pelear tú y yo siempre? —dijo tratando de suavizar la situación.

—Porque eres una desubicada y una ambiciosa. Nada te falta, no sabes lo que es trabajar, tienes tus hijos en buenas escuelas, camioneta nueva, buena casa y no llenas. ¿Te has dado cuenta de eso? —le reprochó Rodrigo

Claudia lo miró a la cara. “Si me he dado cuenta, ¿por qué crees que no te dejo, cabrón mujeriego”? Tras éste pensamiento dejó la charla. Estaba demasiado enojada para pensar en nada. Ya llegaría el tiempo de la venganza.

La siguiente semana fue de pocas visitas, al menos en la dirección de Rodrigo y su esposa. Con él no había mayores problemas, con ella sí. No quitaba el dedo del renglón de que recibían, incluso las hermanas, partes iguales de un negocio dónde el que más se “movía” era su esposo. Y por no entrar en disputas inútiles, las demás decidieron dejarla de ver.

Lejos de arreglar las cosas, eso dio pie a que el mismo Rodrigo pensara que realmente los demás abusaban de sus gestiones y, presionado por su esposa,

empezó a pensar seriamente en la posibilidad de independizarse. Pero luego de echar números en la cabeza se daba cuenta que para eso debería ahorrar unos diez años más; y eso privándose de muchas cosas de las que gozaba en ese momento. Una mañana, después de ver el noticiero matutino en la televisión, Saúl le habló a Jorge y a Rodrigo a su oficina. En pocos minutos los tres estaban charlando.

—¿Vieron las noticias hace un rato?

—No, ¿de qué hablas?

—Al parecer, el control de las tuberías de Pemex se dará al ejército y la federal, que patrullará las zonas con vehículos y helicópteros para tratar de frenar la ordeña.

—A la mierda. ¿Qué hacemos?

—Mira, Jorge, no nos ha ido mal con ese negocito. Tenemos un buen guardado. Con las últimas novedades y tanta ley en las calles, he pensado que sería un buen momento para hablar con los de arriba y pedirles descansar un tiempo, pues si nos pescan nos encierran a todos.

—¿Y cómo mantenemos nuestras familias, Saúl? Ellas no saben de dónde sale tanto dinero.

—Rodrigo, de todas maneras, podemos seguir viviendo muy bien. La situación también se presta para ajustarse el cinturón un poco. Creo que un recorte de tarjetas de crédito y de viajes no dañarán a nadie. Tenemos que hacerlo por seguridad.

—Puede ser. Pero ya conoces a Claudia. Le recorto el gasto y se pone como fiera.

—Debes controlarla mejor, todos nos llevamos bien, excepto con ella. Siempre está como dragón enojado, echando llamas cada vez que abre la boca. Apenas que la amordace es una cabrona bien hecha.

Todos rieron un rato, a pesar de que la situación se complicaba. Rodrigo quería seguir en el negocio.

—Oye, Saúl, ¿y si no lo dejamos del todo? Nomás le bajamos de cincuenta o sesenta tanques al mes a unos quince o veinte. Buscar asegurar la carga y la ruta antes.

Saúl miró a Jorge. Éste se encogió de hombros.

—Todo lo podemos hacer, Rodrigo. Pero antes hay que hablar allá arriba. Mañana lo haré. Ahora les voy a mostrar cómo se ha calentado la zona y el peligro que corremos; deben entender.

—Es posible que hasta puedan enviarnos el ejército a custodiar nuestras cisternas—bromeó con cinismo Rodrigo.

—Esto es México, todo puede suceder. Eso lo deben arreglar ellos desde allá. Si caemos nosotros, caen todos en cascada.

La charla siguió apacible sobre otras cosas durante una media hora más. Después cada uno volvió a su trabajo.

Pasaron cinco días sin novedad. Hasta que Saúl logró hablar de un modo seguro con el hombre a cargo de proteger los embarques de gasolina robada hasta las gasolineras.

—Comandante, ¿cómo está?

—Muy bien patrón, ¿a qué se debe esta cita fuera de protocolo?

Saúl, con su camioneta a orillas de la ruta a Laredo, simulaba estar siendo revisado por el oficial, mientras charlaban.

—Tenemos la llama muy cerca, comandante. Los chóferes andan nerviosos y las revisiones por parte de los soldados se hacen cada vez más frecuentes. Hable allá arriba; parece ser un buen momento para que todos nos tomemos unas vacaciones. Hasta que esto pase.

El comandante puso su codo derecho en la ventanilla de la camioneta y se agarró la gorra al paso de un gran camión para que el aire no se la volara.

—Señor Saúl, ellos están protegidos. Suponga que a usted le agarran un camión con el producto sin factura. ¿Cómo los implicaría? ¿O a mí siquiera? Acá la palabra no vale, acá vale la prueba; no tiene nada que nos involucre. Podríamos salir raspados los dos, pero dudo pase de ahí.

—En pocas palabras, todos recibimos, pero nadie más que nosotros pagaría el pato en caso de una detención.

La palma del oficial golpeó suavemente el brazo del transportista e hizo una venia militar para regresar a su vehículo. Con la cabeza llena de nubes, Saúl no había logrado nada, salvo poner en evidencia la vulnerabilidad y la impunidad del federal y los directivos de la paraestatal.

“Tal vez Rodrigo tenga razón, en esto de negociar es mejor que nosotros. De tener una entrada segura y un escudo protector de autoridades, ahora la novedad es que la entrada seguirá segura mientras no nos agarren y el escudo resultó de humo”.

Cuando llegó a su casa, su esposa Sonia lo esperaba nerviosa.

—¿Dónde andabas? No seas malo, al menos, avisa. Te he estado hablando al

celular y lo traes apagado o sin pila, no sé —e recriminó entre preocupada y molesta.

Al sacar el aparato de su cinturón se dio cuenta de que lo tenía apagado. Recordó entonces que lo había hecho cuando el comandante se acercaba a su camioneta, horas antes.

—Perdóname, lo he de haber apagado sin querer.

—Bien, no pasa nada. No son tiempos para andar sin comunicación. Es todo. ¿Qué tal tu día? —pareció conformarse la esposa.

—Sin novedades. Han disminuido los fletes y va a haber que ajustarse el cinturón.

—Tú mandas. No nos caería mal un poco de guardar. Menos calle y ostentación redundará en beneficio de todos.

—Así es, lo charlamos hoy con Rodrigo; aunque él está de acuerdo, dice que Claudia no se dejará recortar sus gastos.

—Esa mujer vive de la apariencia, de mostrarse con ropa nueva y joyas. Por un lado, admiro su valor y por otro siento que se expone demasiado.

—Dios dirá quién hace lo correcto —sentenció Saúl—. Todos nos creemos en posesión de la verdad y no pensamos que el resto del mundo cree lo mismo.

—¿Vas a comer con nosotros? —preguntó la mujer cambiando de tema.

—Sí, por favor. Deja le hablo a Jorge y Rodrigo para vernos en la tarde.

—¿Hay problemas?

—No más de los que te he comentado. Es, precisamente, para hablar de lo que te estoy diciendo: mostrarnos menos y cuidarnos más como familia.

—Bien, deja preparo la mesa con Lupe y comemos.

Saúl informó a Rodrigo y a Jorge de que los quería ver en la tarde, tenía novedades. Sin dar detalles, porque nunca se sabía adónde había oídos, quedaron de verse en su oficina a las cuatro. Estaban deseosos de saber. Mantener una operación de esas, sana y en secreto, requería sobre todas las cosas, discreción.

Los tres estaban reunidos en la pequeña sala de juntas de la empresa. Después de que la asistente sirvió café y cerró la puerta, Rodrigo quiso saber.

—¿Cómo te fue, qué dijo el comandante?

Saúl miró a ambos mientras sus dos manos mecían la blanca taza con café sobre la mesa de madera. Era un hombre de estatura baja, pelo con entradas notables y un bigote que cubría el labio superior.

—Que estamos jodidos, eso dijo.

Los hermanos se miraron entre sí. Jorge, muy delgado y silencioso, alejó la taza empujándola sobre la madera. Rodrigo, el más joven, el único de los hombres con ojos de color azul y bien parecido, preguntó:

—¿Jodidos en qué sentido?

—Fácil. No les interesa bajar el volumen de robos ni de entregas. Eso en primer lugar; en segundo dice que, si nos embarra la ley, no hay manera de involucrarlos a ellos de ninguna forma. Que sería su palabra contra la nuestra. Dando un puñetazo que hizo saltar todas las tazas, Rodrigo explotó.

—Mierda. ¿O sea que la sociedad es solo para cobrar? ¿Qué las ganancias son compartidas pero los riesgos no?

—Lo dijiste como lo pintaron.

Los tres hermanos se sumieron en sus propios pensamientos durante unos minutos que parecieron eternos. La situación se complicaba. Estaban en una ratonera.

—Yo me haré cargo, déjenme a mí —se ofreció Rodrigo con determinación

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Si vamos a correr tantos riesgos y solos, quiero que se comprometan a no rajarse cuando las papas quemen y nos saquen del atolladero. Y, por supuesto, quiero más dinero.

Los hermanos dudaron.

—¿Cómo piensas solventar el problema hermano? —quiso saber Saúl.

—No lo tengo seguro, pero lo haré. —Y sonrió malévolamente.

Rodrigo era rápido para negociar. Y en aquel momento se sentía presionado y engañado. Una mala combinación para dar fuerzas a un hombre.

Pasaron dos largas semanas antes de que el comandante y Rodrigo pudieran encontrarse sin riesgos.

—¿Cómo está, comandante Carlos Ferrigno? — saludó apretando la mano del alto oficial de la Policía Federal, división Caminos.

—Muy bien Rodrigo. Disculpa que no haya podido atenderte antes. Nos han traído más que entretenidos estos días, como has visto en la prensa.

—Sí, lo sé, comandante. ¿Hablamos aquí o podemos ir a tomar o comer algo para charlar a gusto?

El comandante hizo una seña a su compañero y dio la vuelta a la camioneta del empresario para sentarse en el asiento del copiloto.

—Aquí charlamos, amigo. Tienes diez minutos.

—Gracias, será suficiente.

Se dio vuelta y encaró al oficial, el brazo izquierdo sobre el volante y el otro sobre la rodilla derecha. El oficial imponía con su estatura y su uniforme. Aunque Rodrigo no iba a achicarse por eso.

—Mi hermano me dijo que, en caso de problemas, estamos solos —comenzó diciendo—. Honestamente, eso me asustó mucho. Una cosa es compartir ganancias y riesgos y otra solo las ganancias.

El comandante casi lo doblaba en edad y ni hablar de la experiencia para lidiar con esas broncas, pero sabía que estaba lejos de tener enfrente a un cachorro inexperto.

—Algo así le dije. Es que me habló de dejar de transportar un tiempo hasta que esto se calmara y quitaran tanta vigilancia de las rutas. Y eso no es posible.

—Eso de dejar de transportar a mí tampoco me convenció, comandante. Uno se acostumbra a las entradas fijas por semana, ¿no le pasa eso?

—Eso nos pasa a todos los que estamos en el negocio. Tanto la gente de Pemex como nosotros, que cuidamos las rutas, tenemos familia, gastos y hay que pagar a muchos para que nos cuiden las espaldas y se cierren las bocas. Por eso hablar de cortar la cadena... simplemente, no se puede. Eso no se lo pude hacer entender a tu hermano.

—Bueno, comandante Ferrigno, usted y yo estamos en el mismo canal. Hay una cosa más. Mis chóferes quieren irse, renunciar. Tienen miedo y no quieren verse envueltos en líos legales, ¿comprende?

—Sí hay que arrimarles un susto, me dice. Todos se alinean con un buen apretón. Déjelo por nuestra cuenta —sonrió el militar.

Rodrigo dejó de hablar hasta que un gran camión se perdió a lo lejos. No quería perder el control de la conversación. Su interlocutor era mucha pieza como para apresurar las respuestas.

—Lo pensé, créame que lo pensé. Pero solo servirá para que a la hora que pesquen a uno, la lealtad desaparezca en el acto y nos mande a todos a la cárcel. Ese sistema crea miedos, yo confío más en las lealtades.

—¿Lealtades?

—Sí, señor. Ahora que está claro que en este baile nosotros somos los únicos que podemos recibir pisotones quiero cambiar la música.

El comandante se arrellanó en el asiento y dejó la gorra a un lado. No se veía

muy bien un federal sentado dentro de una camioneta a la orilla de la ruta.

—No entiendo, Rodrigo. ¿Qué idea traes entre manos?

—Voy a aumentar considerablemente el sueldo a mis choferes involucrados. También quiero más participación para mi empresa. Como en cualquier negocio, quién más arriesga debe ganar más.

—Joven, está usted arriesgando mucho —susurró el militar.

Con la amenaza ignorada, continuó.

—Véanlo así: están comprando silencio y seguridad a sus socios más vulnerables. Nada más. Si nos pescan, con eso podemos negociar con los involucrados y, sobre todo, asegurarnos de que en nosotros tope la bronca.

Los labios del federal se adelantaron a su boca e hizo varios gestos antes de contestarle.

—¿Sabe que no tengo facultades para negociar esto? Necesito más tiempo, para hablar con los de arriba.

—¿Cómo no necesitó más tiempo para decidir con mi hermano?

Las palabras de Rodrigo sonaron como una bofetada. El comandante no pudo evitar reír.

—¿De cuánto estaríamos hablando?

—Ahora es un pastel de cuatro partes. Nosotros, los directivos de Pemex, usted y las gasolineras. Dividiremos entre cinco, dos partes para nosotros y las otras tres para ustedes.

—No creo que acepten.

—Es eso, o abandonamos —se la jugó Rodrigo.

—De esto no se sale así, hay muchas personas y muchísimo dinero involucrado. ¿Han pensado en sus familias? —Los ojos del soldado se achicaron como los de una serpiente.

—¿Por qué cree que estoy aquí ahora? Por ellos, comandante, solo por ellos.

—¿Y eso nos garantizará que estemos libres de cualquier, digamos, contratiempo?

—Comandante Carlos Ferrigno, usted como federal, los dos directivos de Pemex zona norte para la vigilancia de los gaseoductos y las ocho estaciones de servicio que reciben la gasolina estarán durmiendo cómodamente, aunque nosotros nos pudramos en la cárcel.

La tarde caía sobre la ruta, las sombras de los árboles de la orilla empezaban a cruzar el pavimento caliente.

—De acuerdo, solo con una condición —aceptó finalmente el comandante.

—Dígamela.

—Cuando esta maldita guerra contra los cárteles de la droga termine volvemos al trato anterior.

—Por supuesto. Eso si usted y su gente se aplica y evita que nos pesquen antes.

Con un aire de evidente derrota encima, el comandante apretó la mano de Rodrigo y bajó de la camioneta. El civil esperó a que el militar subiera a la patrulla y, cuando el coche se perdió en el horizonte, puso el estéreo a todo volumen, calzó sus lentes de sol y regresó a casa.

TRATOS CON LA LEY

Esa noche, al llegar a casa, Claudia lo recibió como siempre. Preguntando con qué puta había andado esta vez y qué nueva negociación iba a aportar a la empresa a cambio de nada. Para su sorpresa, Rodrigo le había dado un beso y le había hecho el amor de tal manera, que era evidente que no había habido antes ningún tipo de escarceo amoroso. Charlaron durante más de media hora, desnudos en la cama; él le prometió que iba a empezar a escuchar sus consejos. Que se había dado cuenta realmente quién tenía la sartén por el mango en los negocios de la familia. Ella se durmió con una sonrisa en los labios.

—A ver, hermanito, cuéntanos tu aventura con el federal. ¿Te fue mejor que a mí? —quiso saber el mayor de los hermanos. —Rodrigo sonrió ampliamente, dio un largo trago a la taza de café y metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón. Depositó sobre la mesa una mini grabadora que empezó a descargar la grabación del día anterior. Cuando terminó, Saúl no pudo menos que sentirse orgulloso de su hermano menor—. Claudia es una perra, con tu perdón hermano, pero en algo tiene razón. Eres cabrón para las negociaciones. O sea que seguiremos surtiendo, pero ganaremos bastante más al menos.

—Hermano, abre los ojos. Rodrigo no solo nos hará ganar más dinero, sino que, con esa grabación, tenemos al comandante y a los otros involucrados agarrados de las pelotas —Jorge hablaba poco, pero ahora lo había hecho y muy claro.

—Putá, me pasé de tarado, de veras. Mataste dos pájaros de un solo tiro. ¿Y si el comandante se hubiera dado cuenta de la grabada?

—Andarían buscando mi cuerpo tirado el monte seguramente.

Se saludaron de mano, felices. No solo la empresa y las familias recibirían una cantidad extra de ahorros mensuales, sino que además cubrirían sus espaldas de alguna forma. No eran precisamente pruebas, pero al menos obligarían a los involucrados a ayudar con los “gastos” en caso de alguna detención.

La charla siguió, planeando los futuros viajes. Acordaron que los choferes eran el primer eslabón de la cadena de riesgos, así que aumentaron un cincuenta por ciento el sueldo a cambio de que aguantaran lo que fuera. También acordaron hablar con sus familias, pues a pesar de que el flujo de dinero aumentaría, lo que menos querían era dar esa imagen a la gente o a cualquier agente infiltrado que anduviese husmeando en la empresa. Sabían cómo trabajaban los federales cuando traían una investigación. Lo primero era ver si el nivel de vida de los dueños era acorde al trabajo de la empresa. Después se las arreglaban para hacer lo que su padre había hecho, ver en Hacienda cuánto facturaban y en vivo, dar fe de cuántos viajes realmente se hacían mensualmente comparando ambos datos y buscar órdenes para revisar toda la papelería y computadoras. Ese momento significaría la muerte empresarial y muchos años de cárcel, al menos para ellos tres.

Tres meses después, todos, incluyendo a Claudia, tenía autos menos lujosos y compraban su ropa en tiendas de la localidad. Por instrucciones de sus esposos, las mujeres de la familia hablaban de una gran baja en los fletes por culpa de la “maldita inseguridad”. Las noticias en los medios no dejaban lugar a dudas; la inseguridad pegaba duro a todas las empresas del estado. Ellos no eran la excepción. Claudia y Rodrigo parecían haber encontrado un canal de entendimiento, donde ella esperaba que él hiciera algo con su habilidad para negociar y él pensaba que su codiciosa esposa actuaría con inteligencia. Su última negociación con el comandante le había proporcionado una gran seguridad, divagaba en un futuro de independencia y riquezas.

Los calores de julio y las vacaciones de los hijos en las escuelas fueron una buena excusa para mandar las familias completas fuera del país. Unos días de playa, después de tanto encierro, caerían bien a todos, sobre todo a los jóvenes y a los niños. En la empresa solo quedaron Rodrigo y Saúl. Eran buenos hermanos a pesar de las diferencias en sus formas de ser, de actuar y pensar. Pero sus padres habían sabido mantener las fricciones dentro de un límite manejable y la empresa se mantenía sólida. Ninguno de los hermanos o hermanas pensaba en independizarse. Por ahora.

Comía ese mediodía, como todos desde que su familia había salido de viaje, con sus padres. Él y Saúl siempre se turnaban para ir a comer, y que el otro estuviese al pendiente en las oficinas.

—Padres, ¿por qué no se fueron con los demás? La iban a pasar bien.
—Tu madre no se ha sentido bien últimamente.
—¿Por qué no la llevas a un médico? Para eso es el dinero, para estar bien.
—Hace dos días le sacaron sangre en el hospital, hijo. Esperamos los resultados.
—Perfecto, no vas a tener nada, mamá. Solo es cansancio —quiso tranquilizar el hijo.
—Y años, Rodrigo, y años. Se van acumulando y empiezan a pesar —dijo con voz cansada su madre.
—Se ven muy bien, no hablen de años. Deberían viajar más. —Les animó Rodrigo—. Eso ayuda a mantenerse joven, dinero no les falta. No vayan a ser como esos ricos que esperan a ser tan viejos que, cuando se deciden a viajar, sus médicos les prohíben subirse a los aviones.
Los padres rieron la ocurrencia.

Faltaban dos días para que regresaran las familias. Especialmente los viernes, la oficina tenía mucho movimiento por el pago de sueldos y cobro de facturas pendientes con clientes. Terminando de comer, Rodrigo se despidió de sus padres y bajó a la oficina para que su hermano mayor pudiera venir. De la oficina a la casa no eran más de seis cuadras, así que a los cinco minutos estaba charlando con él, tomando el mando de las actividades.

—¿Cómo están los viejos?
—Bien, parece que mamá se hizo unos análisis estos días, ¿sabías eso?
—No, ahora qué tiene.
—Ni idea, pero se le ve cansada. A ver qué puedes averiguar ahora que vayas.
—Lupita tiene las facturas por cobrar y Ernesto está haciendo los sobres de los sueldos, así que solo vigila que todo se haga como siempre. Vuelvo en media hora —y diciendo eso se levantó de la silla con inusitada agilidad.
—Tranquilo. En media hora ni comes siquiera —bromeó su Rodrigo.
—Nos vemos.

La camioneta de su hermano salió del estacionamiento y se perdió rauda de la vista de las cámaras.

Rodrigo se acercó a la secretaria y estuvo viendo el porcentaje de facturas cobradas ese día.

—Hace años que no teníamos problemas con la cobranza, Lupita. ¿Qué dice la gente?

—Que los negocios están mal; y si a ellos no les pagan, cómo nos pagan a nosotros.

—Cierto o mentira, de ahí se cuelgan todos. Pásame el reporte de cobranza cuando termines. A algunos va a haber que hacerles una visita y hablarles en otro tono.

—Sí, señor —musitó apenas la empleada.

Media hora después, la secretaria le avisó.

—Habla su madre. Qué le diga a Saúl que no se tarde más, que se enfría la comida y no sabe igual recalentada.

—¿Saúl? —pronunció apenas con el semblante demudado. Luego marcó por el celular a su hermano. Nadie contestó.

—Lupita, háblele al guardia de la puerta, rápido —urgió Rodrigo a la secretaria.

—De inmediato, señor.

En la puerta del despacho apareció un hombre flaco, de grandes bigotes y ojos de águila.

—Francisco, agarra mi camioneta y haz el camino a casa de mis padres; a ver si mi hermano tuvo algún percance —ordenó Rodrigo—. Me hablas.

—Sí, señor.

Se quedó con Lupita, revisando las facturas. Y ahí seguía cuando dos minutos después, le habló el guardia.

—¿Cómo dices? ¿Estás seguro?

Dejó el teléfono violentamente sobre el escritorio y a su secretaria con un palmo de narices. Rodrigo salió corriendo por la puerta principal de la empresa como una exhalación.

La camioneta de Saúl estaba en marcha aún, con la puerta del copiloto abierta y estacionada al lado de la banqueta. El guardia había parado su camioneta detrás de ella y mantenía una prudente distancia del lugar.

—¿Qué más Francisco? ¿Alguien vio algo? —preguntó alarmado Rodrigo.

—Dice aquella señora que una camioneta cerró la de su hermano; y un tipo con una pistola lo bajó por aquel lado y se fueron en un sedán blanco. No vio nada más.

Rodrigo caminó nervioso, habló por teléfono y en diez minutos la zona estaba llena de policías. Se acordonó el lugar y él se fue con sus padres. Tenía que darles esa noticia, no había nadie más.

Entre sollozos les contó la historia. Desde que se había despedido para ir a comer con ellos, hasta el momento en que llegaron los policías.

—¿Qué hacemos Rodrigo? Hay que hablar a todos, que se vengan ya de dónde estén.

La madre era un mar de lágrimas.

—Tranquila, mamá. Cuánto menos personas estemos aquí, más fácil será pensar en cuidarnos.

—Tiene razón, Aurora. No queda más que esperar a que alguien se comunique con nosotros. No podemos hacer nada antes —estuvo de acuerdo el padre.

—¿Y la policía qué dice, Rodrigo?

—Mamá, acaba de llegar; están revisando la zona, interrogando vecinos. Dales algo de tiempo —rogó el hijo.

Ese viernes negro, nadie durmió en la casa grande. La oficina seguía funcionando y todo el personal sabía que se habían llevado a Saúl. Había desde quienes pensaban que iban a pedir dinero por él hasta los involucrados en el transporte de gasolina robada que lo daban por muerto.

Sentados a la mesa, Rodrigo y sus padres desayunaban. Afuera de la casa, dos patrullas de la policía estatal hacían guardia. Les habían dicho que nada podían hacer hasta que recibieran una llamada de parte de los secuestradores. Esta llegó a las once de la mañana. La asistente contestó el teléfono y toda temblorosa pasó el aparato inalámbrico a Rodrigo.

—Espérate cabrón, no te entiendo nada. Habla más despacio.—Al otro lado de la línea había un ruido ensordecedor—. ¿De qué hablas? Que tengamos camiones no quiere decir que dispongamos de dos millones de dólares abajo del colchón... no importa lo que hayas oído, es un mundo de dinero... no, no... tranquilo. Es la primera conversación, esto es un negocio. Quédese tranquilo y trate bien a mi hermano —suplicó—. Vamos a echar números y en un par de horas le tengo una oferta.

Cortaron.

—Por Dios, hijo, no me tengas en ascuas, ¿qué te dijeron esos malditos?

Rodrigo tomó las manos de su madre.

—Está secuestrado pero bien, no se apure. Tienen información al detalle de la empresa; quieren dos millones de dólares —anunció el hijo.

—Malditos. Tardaremos un mes en vender propiedades para juntarlos —bramó amargamente el viejo.

—Tranquilo padre, no les vamos a dar lo que piden. Yo me encargo.

Rodrigo se puso de pie y llamó a uno de los oficiales. Le informó de la llamada. Su hermano estaba ahora oficialmente secuestrado. En pocos minutos, un técnico instalaba un aparato rastreador en el teléfono de la casa y daba instrucciones al hijo para alargar las llamadas lo más que pudiera. A las tres de la tarde volvieron a llamar.

—¿Juntaste el dinero, cabrón? —la voz al otro lado de la línea sonó abiertamente amenazadora.

—Para juntar esa cantidad necesito vender varias propiedades —trató de razonar Rodrigo—. Y gracias a la inseguridad, ¿sabes quién va a comprar algo? Nadie.

Aquello fue un error

—Tienes tres días o te lo tiramos en partes por la carretera.

—Oye, espera —suplicó el hermano.

El oficial con los auriculares lo miró y sacudió su cabeza negativamente. Imposible localizar la llamada.

Había junta de familia esa noche de sábado en la casa principal. Rodrigo y sus padres intentaban llevar a buen fin aquella terrible situación. Su madre, muy creyente, invocaba a todos los santos conocidos y, los hombres, un poco apartados después de la cena, hablaban con aparente serenidad.

—Padre, no le digamos todo a mamá —trató de convencer Rodrigo a su padre—. Mañana llega la familia, debemos tratar de estar tranquilos. Esos cabrones aprovecharon bien el momento para actuar. Había pocos ojos para vigilar.

—¿Qué piensas hacer, hijo?

—Esto para ellos es un negocio de ganar, para nosotros de perder. Solo intentaré que la pérdida sea mínima y suelten a mi hermano —comentó el hijo resignadamente.

—Ten cuidado, esa gente no se anda con tarugadas. Si ven algo chueco lo matan y te llevan entre las patas —advirtió el viejo con evidente inquietud.

—Mañana veremos, padre. Usted tranquilo, ya sabe que hablando sí funciona. Déjeme negociar esto.

—¿Y la policía?

—Por ahora dejémosla fuera. Será mejor para todos. Después de que lo suelten ofreceremos una buena recompensa para que los agarren.

—Si lo sueltan es mejor quedarnos quieto, hijo. Tenemos demasiada familia como para poder cuidarlos a todos. Si les hacemos algo se van a desquitar con alguno de los niños. Y eso no me lo perdonaría nunca.

—Está bien, todo a su paso. Ahora a intentar rescatar a Saúl, tratar de que no saqueen demasiado y después veremos. Hoy en la tarde llega toda la tribu al aeropuerto; hay que ir por ellos papá.

—¿Cómo le hacemos?

—Voy a llevar tres camionetas y voy a pedir una patrulla de apoyo, por las dudas. Nomás que sea discreta.

—Está bien, hay varios choferes en los patios; agarra a dos de confianza y ve con ellos.

—Así lo haré —aceptó Rodrigo—. Tú y mamá esperen aquí, por si suena el teléfono.

Acordado el plan, informaron a la madre de los planes de la forma más discreta posible. Poco podían hacer, salvo seguir los pasos indicados por los secuestradores.

Uno por uno, fueron saliendo todos de la terminal del aeropuerto. Los niños venían quemados por el sol de la playa y los adultos sonriendo por el regreso a casa. Saludaron a Rodrigo y los choferes ayudaron a acomodar las maletas en los vehículos.

Tomaron la ruta de salida por la carretera de paga y enfilaron a la ciudad.

—¿Cómo les fue de paseo?

—Bien, hermano, ni hablar de descansar con tanto hijo. Son tan demandantes que no hay manera de tener un lugar para una misma.

—Ana, ahora entendemos a nuestros padres —comentó con ironía Rodrigo.

—Absolutamente.

Pedro, el esposo, miraba por el espejo retrovisor derecho. Después de que Rodrigo pagara en la caseta de la autopista, toda la camioneta cayó en un silencio cansado, propio del regreso de los viajes largos, dónde la idea de descansar se anulaba intentando aprovechar cada minuto en alguna diversión.

—¿No has visto una camioneta de estatales que nos sigue, Rodrigo?

—Sí, tiene rato ya. Déjala, mejor para nosotros.

—Quién sabe, no confío en esos cabrones.

Simulando vigilarlos, Rodrigo apretó el acelerador y tomó la carretera nacional, enfilando hacia su casa que distaba a cuarenta minutos a buena

marcha. Cuando su cuñado iba a decir algo porque la camioneta oficial se les volvió a pegar al convoy, hizo una seña con la mano para que no hablara. Este frunció el entrecejo y guardó silencio. Se acomodó en el asiento, pero supo que algo no andaba bien.

Las tres camionetas entraron al gran estacionamiento de la casa grande de los abuelos. La noche del domingo se hacía presente y los muchachos somnolientos y agotados se dejaron caer por los sillones más cercanos. Dejaron las maletas en el porche y los choferes se fueron.

Don Saúl y Aurora saludaron a sus hijos y a sus nietos con abrazos, preguntando cómo les había ido. Todo era ruido, gritos, alegría entre los recién llegados. El teléfono de la casa sonó y Rodrigo corrió a atenderlo. Detrás de él fue Pedro y su padre. Rodrigo hablaba suave, asintiendo.

—Está bien, a las diez de la mañana. Lo sé, tranquilos. Sí, es cierto, acaban de llegar todos.

Colgó. Suspiró hondo y se volvió a ver a su madre y a su cuñado.

—¿Qué pasa, Rodrigo?

—Pedro, no hagas mucho escándalo —advirtió aquel con calma—. Tienen secuestrado a Saúl.

—Putra madre —exclamó sin poderse contener—. ¿Desde cuándo?

—Desde el viernes —le informó sin inmutarse Rodrigo.

—¿Qué quieren? —preguntó el cuñado. Y luego, como cayendo en la cuenta

—: Ya entendí lo de la policía; nos venían cuidando.

—Así es. Por otro lado, las negociaciones van bien. Mañana a las diez los voy a ver.

El resto de la familia fue acercándose. Sonia entre ellos.

—¿Y Saúl? —preguntó la mejor con el semblante preocupado.

Aurora la tomó del brazo suavemente y caminó con ella hacia afuera por la puerta de la cocina. A través del cristal de la puerta el menor de los Cantú vio cómo su cuñada se llevaba las manos a la cara y luego abrazaba a su suegra.

Media hora más tarde, sentados a la mesa para la cena, Rodrigo tomó la palabra.

—Hermanos, cuñadas... Tenemos una crisis. Saúl está secuestrado desde hace tres días —anunció oficialmente.

Algunas mujeres rompieron a llorar y otras lo miraron incrédulas. Antes de que nadie lo pudiera interrumpir, siguió.

—No queremos a los niños en la calle. Están todavía de vacaciones, así que

busquen que hacer con ellos en casa. La policía nos vigila todo el tiempo y mañana me voy a ver con los secuestradores. No quiero que usen el teléfono de la casa para nada —conminó a los presentes endureciendo el tono de su voz—. Nada de contarle nada a nadie. A nadie ¿entienden? —subrayó—. Nos jugamos la vida de Saúl. Sean discretos, no le digan a los niños qué pasa. Nada debe salir de esta casa.

Luego dejó reposar sus antebrazos sobre el borde de la mesa y se preparó para la avalancha de lamentos y preguntas.

—¿Y por qué no nos avisaron, hermano? —reprochó Ana

—¿Para qué? Estaban más seguros allá que aquí, así que decidimos dejarlos que terminaran su paseo. Nada hubiéramos adelantado con ustedes por aquí. Era, si cabe, más riesgo aún.

—Por Dios, qué horrible. ¿Qué sigue, qué hacemos?

—Esperar. Mañana que yo vuelva veremos qué hemos arreglado.

—Cuídate, avisa a la policía que te siga —suplicó la hermana en tono protector—. ¿Dónde será la entrevista?

—No sé. Tengo que salir de acá a las diez con el celular encendido. Ellos me guiarán por el camino. Estoy en sus manos.

—¿Y si te hacen algo?

—No lo harán —trató de tranquilizar Rodrigo—. Se quedarían sin el dinero que quieren.

—¡Malditos hijos de puta! —estalló su cuñado.

El resto de la noche, hasta que se fueron a dormir, fue en una especie de vigilia familiar. A media madrugada todavía había gente en la sala.

Entre lágrimas, Aurora abrazó y bendijo a su hijo. Con las ojeras delatando la mala noche pasada, sus hermanas y sus cuñados lo despidieron. Rodrigo tomó su teléfono móvil y salió de la casa en busca de su auto. Cerró la puerta eléctrica desde su vehículo, saludó a los policías en la patrulla frente a la entrada y tomó la carretera rumbo a Monterrey.

En la casa todo era nerviosismo, miedo y rezos. Tenían a dos miembros de la familia en el exterior. Una secuestrada y otra, tratando de arreglar la crisis, también en manos de los captores. Las opiniones se dividían entre los partidarios de avisar a la policía de adónde iba Rodrigo y de los que no. Al final prevaleció la cordura.

—Rodrigo dijo que, si los atrapaban, o a alguno de ellos por denunciar a la policía, matarían por cada uno a dos integrantes de la familia. Así que ármense de paciencia, porque ustedes tienen muchos hijos de dónde puedan escoger esos desgraciados —quiso recordar el viejo a todos los presentes cuando estos empezaron a aparece en busca de su desayuno.

Se avecinaba una mañana larga y tensa.

EN LA MIRA DE LA MAFIA

Jorge y Pedro dieron una vuelta a las oficinas para que los muchachos más grandes no empezaran a hacer preguntas antes de tiempo. En los patios de camiones todos sabían qué pasaba. Pidieron a las asistentes que nada dijeran, que por nada hablaran con gente de la casa del asunto.

Cerca del mediodía, la camioneta de Rodrigo entró a la empresa. Sus familiares salieron corriendo a recibirlo.

—¿Cómo te fue, hermano? ¿Cómo te trataron?

—Tranquilo, Jorge. Vamos adentro —trató de calmar Rodrigo.

Ya en la oficina de aquel se sentaron alrededor de una mesa pequeña.

—Lupe, tres cafés por favor. Después que nadie nos interrumpa ni nos pase llamadas.

—Sí, señor.

Hablaron de cosas de los camiones y del negocio mientras la muchacha regresaba con el encargo. Cerrada la puerta al fin, Rodrigo los puso al tanto.

—Estos cabrones no son novatos. Son pura crema, amables, pero saben trabajar. Saben cuántos camiones tenemos, que los negocios no están muy bien, que de todas maneras tenemos de qué echar mano en estos casos. Supongo que tienen información por parte de alguien de los bancos donde tenemos cuentas.

—¡Que hijos de puta! Ya sabemos que amenazan a las cajeras para que les investiguen sobre sus clientes y poder así después caerles con todo.

—Así que en cierto modo son conscientes de que la misma violencia ha calmado los negocios y he podido negociar un rescate menos duro.

—¿Cuánto quieren?

—Un millón. En efectivo.

—¿Y cuánto pidieron de entrada?

—El doble, Pedro.

—Bueno, supongo todos debemos poner.

—Gracias, Pedro. La empresa lo puede pagar; solo se verá reflejado en la repartición a fin de año. Así que ajústense el cinturón.

—De acuerdo. No es tan grave.

—No, si sueltan a mi hermano después.

En la casa paterna nadie preguntó nada hasta que los niños desaparecieron en sus habitaciones en busca de sus equipos de sonido.

—A ver, Rodrigo, cuenta —el viejo fue el primero en querer saber.

—Padre, el último arreglo es un millón por Saúl —anunció el hijo con voz neutra.

—Bueno, es un montón de dinero... pero también una buena rebaja respecto de su primera petición.

—¿De pesos?

—No seas ilusa, Sonia. Son dólares.

—Oh, perdón —se avergonzó la mujer de su ingenuidad—. ¿Y cómo le vamos a hacer? Mis hijos no se tragan mucho eso de que su padre anda cotizando unos viajes fuera de la ciudad.

—Sonia, les vamos a dar su millón. Se los llevaré personalmente mañana. Ya nos arreglaremos con los bancos luego.

—Es dinero de la empresa —quiso asegurarse la señora.

—Lo sabemos. Se verá reflejado a fin de año al repartir, así que tranquilos con los gastos este año. En eso nuestros padres tienen razón. Ha sido él pero pudo haber sido cualquiera de nosotros. Solo es una forma de llegar al dinero que quieren. Así que cada uno piense en qué sucedería si fuera un hijo o alguien más de la familia.

Nadie dijo nada. Era un problema de familia y como tal debía resolverse. Partes iguales en las buenas, partes iguales en las malas

En la caja de la camioneta de Rodrigo había cinco tanques de plástico azules con basura. Todos excepto uno, que estaba vacío. Como la vez anterior, cuando se entrevistó con ellos, saldría a la calle con su carga y lo guiarían

hasta su destino final. El dinero estaba empaquetado sobre la mesa. Lo acomodaron en el tanque vacío y repartieron la basura de los otros tanques sobre los paquetes. Amarraron los cinco con cuerda y Rodrigo partió. La tensión era grande; no había garantía alguna de que teniendo a los dos hermanos y al dinero, luego los dejaran libres. Menos, después de que Rodrigo había visto los rostros de algunos integrantes de la banda. Seguramente apostaban a que las amenazas de despedazar la familia si denunciaban a alguien eran suficientes para garantizarles inmunidad.

Un rosario se iniciaba en la casa grande mientras el hermano menor, con la carga liberadora, abandonaba el lugar.

Ese martes el sol estaba más fuerte que nunca. Los más jóvenes se divertían en la alberca de la casa, y los adolescentes haraganeaban en sus cuartos pegados a las redes sociales. Aunque se preguntaban extrañados porqué no los dejaban salir a dar una vuelta, la mayoría todavía estaba lo suficientemente cansado de su reciente viaje como para no insistir. Al menos por ese lado, el secreto se mantenía.

A mediodía comió toda la muchachada. Algunos empezaron a hacer preguntas un poco más incómodas, pero las madres los supieron mantener a raya. Cuando los adultos terminaban de comer, alguien gritó desde la ventana.

—¡Ahí viene Rodrigo!

Todos se amontonaron en el porche para recibir noticias. La camioneta venía vacía, sin los tanques de la basura. Lo dejaron bajar y éste abrazó a su madre.

—¿Y Saúl? —preguntó la mujer alarmada.

—Dejé los tanques donde me dijeron, madre. Me avisaron de que iban a contar el dinero y de que me hablarían para recoger a mi hermano. Hay que esperar.

Entraron todos y Rodrigo comió sin ganas, mientras escuchaba al resto de la familia hacer cábalas. La espera se preveía larga, muy larga.

Sonó el teléfono de la casa y Rodrigo se abalanzó sobre él.

—No, era un amigo de Jorge. Le dije que no estabas, hermano. Quiero libre el aparato.

—Sí, claro —concedió este sin problemas. Su mente estaba en otra disquisición—. Estaba pensando, Rodrigo, que pase lo que pase, arriesgaste mucho ésta vez.

—Es otra negociación. Otro contrato, solo que el premio un poco más

interesante —dijo el hermano tratando de quitar dramatismo.

—Como sea hay que tener huevos, y bien puestos —reconoció Jorge sin disimular su admiración.

Todos coincidieron en eso.

Una hora después todo era silencio y tensión. Al igual que las tres siguientes. Atardecía cuando sonó el teléfono celular de Rodrigo.

—Dígame... Gracias.

—Ya, madre; voy por él—anunció excitado Rodrigo—. Vamos Jorge, acompáñame. Dicen que lo dejaron en la orilla de la presa, esposado a una lancha.

Sin escuchar a nadie subieron a la camioneta y salieron dejando una buena parte de las llantas en el piso de cemento de la cochera.

En poco más de diez minutos estaban en la zona de pescadores. Lo vieron enseguida. Sentado dentro de una lancha grande de madera, levantada sobre unos tanques grandes metálicos. Jorge corrió y subió con él, le quitó la cinta canela de su boca y lo abrazó entre lágrimas. Rodrigo llegó con una pinza corta candados y voló las esposas enseguida. No hubo palabras durante el viaje; Jorge abrazaba a su hermano, que no dejaba de llorar. Los ocupantes de la camioneta de la policía miraron extrañados la camioneta que entró volando y se detuvo en medio de la familia, que la esperaba reunida en el porche, a pesar del calor de la tardecita.

Hubo un tumulto de abrazos y nadie pudo distinguir lo que se dijeron. Aurora lloró en silencio y entonces sí, hasta los más pequeños supieron que algo no iba bien en la casa grande.

Esa noche del martes fue larga. El regreso del hermano había evaporado la tensión y la familia se permitió algunas bromas.

—Hermano, ¿es cierto que te soltaron por qué comías demasiado?

—La verdad. Me dieron bien de comer, siempre. Me dejaron bañarme el lunes y me explicaron que era un simple negocio. Si no había pago, no había entrega de mercancía, que no era nada personal.

—Ay, hijo mío, envejecí como diez años estos días.

La mujer no contuvo las lágrimas.

—¿Cómo, madre? La veo más guapa que cuando me fui —mintió zalamero Saúl deshecho en ternura.

Claudia había llegado momentos antes, al saber de la liberación de su cuñado.

Rodrigo se puso de pie para despedirse. Había sido un fin de semana, por demás, estresante.

—Gracias, hermano —agradeció ahora conmovido—. Esta es una deuda grande.

—No debes nada —cortó caballerosamente Rodrigo—. Nadie sabe cuándo nos tocará a nosotros. Cuídense mucho, cuiden sus hijos.

—Vámonos —dijo su esposa por lo bajo—, sabes que no soy bienvenida.

—Pon algo de tu parte —la recriminó en un susurro el hombre—. No puede ser que todos estén equivocados.

Ya en su camioneta, ella seguía en su petenera.

—Como siempre, defendiendo a todos menos a tu familia.

No vio la sonrisa de su esposo cuando arrancó y salió de la casa de sus padres. Estaba, como siempre que iba a esa casa, enojada. Ahora tendría más armas a su favor. No era lo mismo ganar un contrato para transportar gasolina que salvar la vida a un hermano y darles a sus captores el cincuenta por ciento de lo que habían pedido en un inicio.

—¿Les vamos a decir lo que pasó a nuestros hijos? —quiso saber la mujer.

—Ahora sí. Quiero que sepan por qué los cuidamos tanto. Y, además, tarde o temprano acabarán por enterarse.

—Y que sepan que su padre lo salvó de esos desgraciados.

—No me caería mal un poco de esa fama.

—Aprovéchala mientras te dure. Porque esas cosas se olvidan pronto —dijo venenosamente Claudia.

En un pueblo pequeño las noticias corren rápido. A cualquier lugar donde Rodrigo llegase, lo esperaban palmadas en la espalda y felicitaciones. No cualquiera tenía una entrevista al tú por tú con gente de ese calibre y conseguir liberar a un hermano y negociar el costo del rescate. Durante algunas semanas fue el tema del momento. Entre hombres y mujeres —algunas de las cuales no hubieran tenido el menor empacho en mostrarse muy dispuestas a cualquier cosa con el héroe del pueblo— arraigó la leyenda de su hazaña. Era un héroe muy rico y bien parecido. Y eso le gustaba, lo llenaba absolutamente.

La familia había cambiado muchos de sus hábitos. Nada de andar de noche, especialmente los muchachos, que tenían órdenes expresas de llamar cuando salieran de un lugar rumbo a la casa. Los controles se habían endurecido y la amarga experiencia de Saúl había terminado por doblegar incluso a los más

necios. El miedo reinaba.

Una tarde Rodrigo estaba sentado en un restaurante del pueblo con un cliente, cuando entró al lugar el comandante de la federal que protegía los embarques. Pasó al lado de la mesa sin mirarlo siquiera, y entró al baño. Pasados dos minutos el menor de los Cantú se excusó y tomó el mismo rumbo que el militar. El lugar estaba solo.

—Me enteré de que le dieron un bajón de dinero a través de un hermano. ¿Por qué no me avisó? —su voz no denotaba reproche alguno.

—No hubiera habido manera de arreglar eso si me rodeaba de policía. Quise hacerlo discretamente.

El comandante asintió comprensivo.

—¿Cuánto le sacaron?

—La ganancia del año.

—Señáleme uno de esos cabrones y no queda uno vivo. Yo me encargo personalmente.

La oferta sonó en firme. Sobre aquello no se bromeaba.

—Ya pagué, comandante. Tenemos demasiada familia. Si alguno se le escapa en la cacería, no me va a quedar tiempo para arrepentirme. Solo fue dinero — trató de restarle importancia Rodrigo.

—Lo van a volver a hacer —advirtió el militar—. Esos maricones dejan pasar un tiempo, calculan que juntó otra vez y vuelven por otro.

—¿Usted cree?

—Después de treinta años en la fuerza, créame, sé de qué hablo.

—Gracias. Lo tomaré en cuenta, ¿cómo está lo demás?

—Tranquilo. Todo bajo control —aseguró el policía.

—Mejor, con este gasto vamos a tener que empezar de nuevo.

—Cúidense, y si se anima a decirme quién fue o dónde buscarlos, los desaparecemos sin comprometerlos a ustedes. Para eso estamos.

—Lo tomaré en cuenta. Me voy, lo mantengo informado.

La entrada de un tipo cortó la charla. Salió Rodrigo y se sentó nuevamente con su cliente. Estaba especialmente optimista. Después de tres meses desde el secuestro, por fin había desaparecido de las charlas de los cafés. Pero la fama siempre ha sido adictiva.

—Jorge, ayer estuve hablando con el comandante Ferrigno.

—¿Dónde lo viste?

—En el baño del restaurante del primo.

—¿En el baño? ¡Qué elegante! —se burló su hermano.

—Imbécil. Estaba con un cliente cuando entró y pasó a mi lado. Solo lo seguí y tuvimos una charla corta.

—¿Qué quiere ahora? —quiso saber Jorge, molesto.

—Nada, se ofreció a desaparecer la banda que secuestró a Saúl.

—Pues está siendo bien pagado el cabrón, ¿por qué no?

—Jorge, si les ponemos el dedo a esos cabrones y uno escapa, nos desgracian a un hijo de cualquiera de nosotros; y está cabrón vivir con eso.

—Pues sí; pero como sea el deseo de vengarse permanece a flor de piel.

—El dinero va y viene, la vida solo se va. Hay que mantener la calma; a medida que el tiempo pase, nos iremos riendo del miedo que pasamos todos.

—Puede ser. Aunque no parece que esto tenga para cuándo arreglarse.

—Eso es cierto. Esta guerra va de mal en peor. Con los huevos del presidente, ¿viste lo que cambió?

—Más de lo mismo —aseveró con escepticismo su hermano.

—A seguirse cuidando, hermano. Y a rezar para que no nos toque otra vez.

—El comandante dice que pueden repetir porque saben que en un año estamos otra vez recuperados.

—La boca se le tuerza para un lado.

Rieron y siguieron charlando un rato. El negocio de la gasolina robada seguía sin problemas, aunque andaba el rumor de que venían medidas fuertes contra los dueños de estaciones de servicio que ofrecieran gasolina robada a sus clientes. Esos rumores ya habían existido antes. Nunca habían hecho nada.

—Mamá, ¿no han pensado irse a los Estados Unidos mientras pasa esto?

—No, ni loca. No me gusta su forma de vida.

—Bueno, está bien. Pero para nosotros ustedes dos son la mayor preocupación.

—Nomás una cosa te digo. Si me llegan a secuestrar a mí, no les pagues. Yo ya viví lo suficiente y ando enferma. Soy una mala inversión.

—Ay, madre, no diga eso. Ni lo piense siquiera. Solo cúidense mucho.

—Hablas como si supieras que algo va a pasar.

La mirada de Rodrigo pareció enturbiarse. Su voz, sin embargo, sonó serena y convincente.

—Hablo como si supiera que a algunas familias les han secuestrado dos o tres

integrantes, hasta que las dejaron en la ruina total. Me lo contó un amigo que está en la federal.

—Voy a rezar para ahuyentar esos demonios. No voy a salir de mi casa hasta que dejen de secuestrar gente.

—Madre, no puede vivir encerrada; solo salga de día y bien acompañada.

—Está bien. Maldita gente desocupada y malvada. Se irán al infierno, ¿sabes eso? Todos van a ir al infierno.

—Usted cuide de que nuestra vida no vuelva a ser un infierno. Nada más.

Terminó de comer con sus padres y Rodrigo volvió a la oficina. En el camino se cruzó con su hermano Saúl, que lo relevaba en la mesa. Después de cuatro meses desde su secuestro todo parecía volver a la normalidad.

—El hermano de tu padre, Edelmiro, dice que quienes te secuestraron deben ser novatos. Que se hubieran ido de gane con unos miles de dólares.

Saúl sacudió su cabeza de un lado a otro y respondió molesto:

—Pregúntale dónde estaba cuando me levantaron a mí. Después que todo está arreglado salen mil ideas geniales. Arreglar las cosas en caliente, cuando las papas queman, no es lo mismo, madre.

Don Saúl apoyó a su hijo.

—Aurora, sabes que mi hermano es bastante hocicón, por decirlo suave. Él siempre tiene soluciones a cosas que sucedieron. Como dice mi hijo, hacerlo en medio de amenazas es muy diferente.

—Pues sí, tienen razón seguramente, me estoy haciendo vieja.

—Madre, pidieron dinero, lo pagamos y acá estoy. Es lo importante.

—Lo sé, hijo. Es que tu tío me habla y me llena la cabeza de tonterías.

—Al rato hablo con mi hermano para decirle que no se meta en lo que no le incumbe —resolvió el viejo—. No lo vi acercarse con dinero, como para que ahora venga a querer opinar.

—Tranquilo, viejo —trató de tranquilizarlo Saúl—. Solo fue una charla.

—Sí, conozco como se gasta las charlas ese cabrón. Siempre sembrando cizaña. Nunca ha digerido vuestro éxito. Eso es lo que sucede.

—No te metas. Nuestros actos nos darán la razón a la larga.

Al final el enojo no pasó a mayores. Todos se calmaron y Saúl volvió a la oficina con su hermano.

—Papá está enojado con el tío Edelmiro.

—Ahora qué hizo el pinche viejo ese —se temió Rodrigo.

—Ya sabes, no soporta que salgamos adelante y él siga en la misma situación. Dice que si él hubiera negociado, hubiésemos gastado menos dinero.

—Ese viejo está podrido en dinero; si nos hubiera dado la mano, también nos hubiéramos ahorrado una buena cantidad, seguramente.

—Tranquilo. Estamos bien, estamos todos y, en pocos meses, todo esto será otra historia para contar a los nietos.

—No te creas, lo que me dijo el comandante me da vueltas en la cabeza. A ver, ¿cómo se te ocurre que podríamos convencer a todos para irnos a vivir a Estados Unidos un tiempo?

—Estás loco, nadie va a querer eso. Ni con el susto que nos dieron conmigo. Los muchachos no quieren abandonar las escuelas, amigos. Y decirle eso a papá o a mamá, sería matarlos en vida.

—Seguramente tienes razón. Bueno... al menos lo intenté de pensamiento.

Saúl palmeó la espalda de su hermano.

—Vamos a revisar facturas y deja de pegarle al Robin Hood, hermano.

Se concentraron esa tarde en los pendientes, que se habían acumulado con el paso de los días.

La tormenta de ese día daba que hablar. Rayos y truenos sacudían el poblado, las alarmas sensibles de los autos atronaban el aire una y otra vez. Las calles estaban vacías y el agua que corría por ellas arrastrando tierra amarilla y piedras desgajadas del cerro. Hacía años que no se veía una tormenta tan agresiva en la zona.

La familia estaba reunida en la casa grande y veían caer el agua sobre los grandes ventanales que daban a la alberca. Los niños, asustados con los truenos y los rayos, buscaban a sus madres. Eran más de las seis de la tarde, las oficinas estaban ya cerradas.

—Ojalá todos los trabajadores hayan logrado llegar a sus casas sin problemas.

—No te preocupes por ellos, Jorge, se fueron a tiempo todos.

—Qué bueno, porque se veía venir la tormenta fuerte pero no semejante cantidad de agua.

Cenaron por partidas en la mesa del comedor. La tormenta amainó a eso de las nueve, después de inundar varias zonas, según el reporte de daños de los noticieros. Estaban sin redes de internet y sin servicio telefónico.

—Seguro que algún animal tumbó algún poste.

—Los celulares también están muertos, ha de ser por la tormenta tan fuerte.

A eso de las diez y media sonó el teléfono de la casa. Contestó Aurora.

—Por Dios, ¡no es posible!

Ante su exclamación y su cara de espanto, todos dejaron sus charlas para acercarse a ella.

—¿Qué sucede, vieja? —inquirió alarmado Saúl, su esposo.

Ella cortó la llamada y se acercó a él tomándolo de las manos.

—Dice Carmen que fueron por Edelmiro a su casa.

—¿Quiénes fueron?

—No sabe. Que al empezar la lluvia llegaron dos camionetas y lo sacaron de la casa, se lo llevaron. Le dijeron que esperase una llamada por teléfono y que no se le ocurriera hablar a la policía.

Consternada, Aurora miró a un lado y a otro.

—¡Malditos hijos de puta! Hay que hablar a la policía como sea—dijo Jorge encaminándose decididamente hacia el teléfono.

Su padre se interpuso.

—Espérate, hombre, una mala decisión puede acabar con la muerte de mi hermano. Si vamos a hacer la llamada o no, corresponde a su esposa decidirlo. Y a su hijo.

—Tienes, razón, padre. Si le pasa algo van a decir que fue nuestra culpa.

—Vamos con ella. Rodrigo, Saúl, vamos —apremió el viejo.

Rodrigo se pasó la servilleta de tela por la boca y salió detrás de ellos. En la casa solo quedaron las mujeres y Jorge.

—El maldito comandante olió lo que seguía.

—Rodrigo, esa gente tiene años en estos asuntos, no hay que ser muy adivino para saber lo que sigue.

—Sí, papá. Pero ahora nos queda la sensación de que cada cierto tiempo van a cazar a uno de nuestra familia; hasta secarnos.

—Bueno, ¿y si en lugar de adivinar nuestro comandante, estuviera involucrado?

—Saúl, dilo despacio, no voy a tirar en saco roto tus palabras. Aunque se me haría demasiado cinismo el que me haya ido a decir algo así, para a las pocas semanas, secuestrar al tío. Demasiado obvio.

—Puede ser. No necesita involucrarse directamente. Con obtener información, como la de cuánto dinero tenemos y ponerse de acuerdo con una banda ya es

todo un caso.

El silencio se densificó en la camioneta hasta que llegaron a la parte de la ruta de la sierra, dónde vivía su tío. Las calles, angostas, llenas de curvas, subidas y bajadas, obligaban a conducir con precaución, más después de los deslaves provocados por las lluvias recientes.

Las luces de la casa estaban todas encendidas. Les abrió Carmen, detrás estaba Antonio, su hijo.

—¡Qué bueno que vinieron enseguida, no tenemos idea de qué hacer!

—Antes que nada, adentro todos.

La voz autoritaria de Rodrigo se impuso y en segundos estaban sentados en la sala. La señora dio detalles de las camionetas y de la gente de a bordo. De quienes bajaron y lo que dijeron. Estaba sola al momento en que se llevaron a su esposo y el terror la mantenía en un llanto.

—Bueno, tía. Al parecer son los mismos que se llevaron a Saúl. ¿Qué piensas hermano?

—De acuerdo contigo. Bien, tía. Usted decide, ¿llamamos o no a la policía?

La señora miraba a todos, en busca de ayuda.

—Me dijeron que si les hablaba lo mataban enseguida.

—Siempre dicen eso, tía. Es su decisión; si quiere esperamos a ver cuánto piden. Si no es mucho, pagamos y listo. Si piden demasiado o no dan garantías llamamos a los del grupo antisequestro.

—La primera opción me parece mejor. Pero Rodrigo tiene ya colmillo para estas cosas, ¿no podría acompañarnos para cuando nos hablen?

—Tía, tenemos que trabajar. Mejor me voy y, cuando le hablen, deles mi teléfono. Esos cabrones saben quién soy; entonces podré negociar la cantidad. Van a ser varios días de estire y afloje, mentalícese a eso. Y tú, Antonio, no andes donde no debes. Acompaña a tu madre, mejor.

—De acuerdo, primo. La verdad es que no tengo idea de qué decirles si llegan a llamar.

—Lo que te dije. Dales mi nombre, y mi teléfono. Si son los mismos, se van a acordar de mí; si no, ni modo. Habrá que negociar con otros.

Pasada la medianoche partieron de regreso a casa todos juntos. En la casona nadie dormía, esperaban noticias. No fue mucho lo que les pudieron adelantar, había que esperar a que se comunicaran con la esposa o su hijo y ver condiciones. Aurora se molestó cuando se enteró de que Rodrigo se había ofrecido a ser mediador en el trato.

—Ellos hablan mal de nosotros, hijo. ¿Por qué arriesgarte por ellos?

—Madre, estos no son chismes. Es una vida. Además, ¿quién te dice que esto no sea un castigo por ser como es? Tal vez, cuando se entere de que su sobrino inútil para negociar lo saca del atolladero deje de faltarme el respeto.

—Voy a gastar mi rosario de tanto rezar —se lamentó en un sollozo Aurora—. Por Dios, ¿por qué siempre a nosotros?

—Madre, secuestran entre diez y quince personas por día en la zona. No solo somos nosotros. Es una plaga nacional.

Carmen, la esposa de Edelmiro, llamó a Rodrigo al otro día a las diez de la mañana.

—Rodrigo, ya me hablaron. Les dije que tú ibas a negociar porque yo no estaba enterada de los negocios de mi esposo y les di tu número.

—Ok, tía. Deje que hable a ver que puedo arreglar. ¿Le dijeron algún número?

—¿Número?

—Sí, cuánto quieren o algo así.

—No, la verdad no les di tiempo. Me asusté tanto, que enseguida les dije de ti y me colgaron.

Rodrigo tranquilizó a su tía y siguió en su oficina; esperaría la llamada.

Toda la familia se mantenía unida, como búfalos rodeados por leones. La espera, la incertidumbre y el miedo caldeaban los ánimos entre ellos. Algunos altercados verbales, aunque sin gravedad, daban una idea cabal de las tensiones guardadas. La entereza era algo de lo que se podía presumir hasta que llegaba el momento de demostrarla.

—Por suerte, Rodrigo tiene los pantalones para negociar. No sé de dónde saca tantos huevos, lo hace bien.

El comentario de María, su hermana, quedó suspendido en el aire de la sala, enrarecido por el silencio opresivo de la espera.

Sonó el teléfono de la cocina y todos al unísono se pusieron de pie. Tras cortar la llamada, Aurora les contó:

—Dice Rodrigo que le habló Carmen; ya se comunicaron. Ahora él espera que le llamen para empezar a negociar.

—¿Cómo puede negociar si no sabe cuánto dinero tiene el tío?

—María, primero que pidan, después habrá que hablar con Carmen a ver de cuánto dispone. Tranquilos.

Cerca de las dos de la tarde, la camioneta de Rodrigo apareció al frente de la casa. Entró y saludó a todos de mano.

—Rodrigo, ¿novedades?

—Regreso del baño y hablamos. Ya me hablaron.

Se perdió en el medio baño de abajo, se oyó la cisterna y la llave del lavabo. Salió secándose las manos en el pantalón.

—Ay, hijo, hay toalla adentro, ya te he dicho.

—Madre, secarse las manos en el pantalón es uno de mis últimos gustos de niño, déjame ser.

Se sentó en la sala y paseó la vista por los reunidos, ansiosos todos de saber

qué había sucedido. Tomó aire y puso las dos manos sobre sus rodillas antes de hablar.

—Quieren tres millones de dólares.

Entre silbidos y gritos de asombro, la noticia fue digerida despacio. Jorge exclamó:

—¡El tío tiene eso y más en propiedades! Pero disponer en efectivo, ¿cuánto?

—Hay que hablar con la tía Carmen, Rodrigo. ¿Ya le dijiste cuánto pedían?

—No, María, no he hablado con ella aún. No quise avisarle por teléfono y quería que ustedes supieran antes... y comer, tengo hambre.

Comieron discutiendo acerca de la exorbitante cantidad de dinero que la banda de secuestradores solicitaba. La preocupación principal era el tener a un hermano metido en la negociación.

—Rodrigo, esto es peligroso. ¿Y si Carmen no quiere pagar tanto?

—Son los mismos que secuestraron a mi hermano. Al parecer, el tío, tan valiente, ya les dijo cuánto dinero tenía. Eso intentó hacerme creer, al menos, quien me llamó. Si la tía no quiere pagar, hermana... lo siento mucho por el tío.

—Si mi cuñada no paga, yo salvaré la vida de mi hermano, hijo —afirmó resolutivo don Saúl.

—Padre, usted puede disponer de lo que quiera, es su dinero. Lo demás es una decisión personal —atajó, sin embargo su hijo.

Los ojos de Rodrigo se volcaron hacia su plato. Aunque el negocio y el dinero eran de sus padres, estos no podían imponer sus decisiones a todos. La familia decidió esperar al resultado de las negociaciones de Rodrigo antes de tomar alguna decisión.

El hijo negociador mantuvo un obstinado silencio.

Carmen estaba sentada en la sala con el rostro entre las manos y lloraba mientras los sobrinos, sentados frente a ella, esperaban alguna respuesta. Antonio, el primo, la abrazaba e intentaba consolarla. La tarde estaba fresca, se acercaba fin de año.

—¿De dónde podemos sacar semejante cifra? Es una locura. Podemos tener eso y más en capital, pero vender ahora es imposible. ¿Están locos?

—Tía, hable con los bancos donde el tío tiene cuentas. Haga un recuento de dinero y dígame cuánto juntó para poder hacerles una oferta.

—Ay, Rodrigo, aprecio tus buenas intenciones, aunque no estoy metida en los

números, se me hacen monstruosos. ¿Qué harán si no pagamos todo?

—Tía, sabemos que esa gente carece de entrañas, pero vamos a apostar a que mejor es que agarren lo que hay antes que perder todo.

—Primo, en la tarde te pasamos cuánto podemos juntar y cuando podemos tenerlo tenerlo listo, ¿te parece?

—Avísanos, Antonio. Si hablan, les diré que para mañana tenemos una oferta.

—Gracias, muchachos. Por todo. Sin ustedes no sabríamos que hacer.

—Tía, sí sabrían, se lo aseguro. Yo no supe qué hacer cuando lo de Saúl y todo salió bien. Aunque tal vez no negocié bien, mi hermano está a salvo.

—Sobrino, mi esposo es un poco hablador, tú sabes. Él dijo que hubiera negociado mejor ese rescate; ahora que lo liberen entenderá que a veces es mejor callarse la boca.

—Nos vemos, tía. La mantengo informada.

Al subirse a la camioneta, Jorge le sonrió.

—¡Tenías que soltar tu veneno, cabrón!

—Sí, tal vez no era el momento, pero me siento más liviano.

Rieron juntos y partieron rumbo a la empresa. No había mayores novedades; firmaron algunos cheques y hablaron con unos pocos choferes antes de arrancarse rumbo a la casa.

—¿Cómo les fue? ¿Qué dice la tía? —quiso saber enseguida la madre.

—Hola a todos. La tía no sabe ni cuánto dinero tiene el tío en bancos, así que va a pedir números a todos. A la noche me pasa lo que puede disponer y de ahí tomaremos una resolución.

—¿Crees que pueda disponer de tanto dinero?

—Ni idea. Lo que sí te puedo decir es que cuando le dije la cifra de tres millones le faltó el aire.

—Pobrecita. Es lo malo de tener a las mujeres relegadas de los negocios y los números. Cuando hay una emergencia no saben ni qué hacer.

—Así es, mamá; y aparte, su hijo es un cero a la izquierda. Bueno para gastar, de los negocios ni jota.

La charla siguió hasta que la tarde cayó sobre la casa. Eran casi las siete cuando sonó el celular de Rodrigo.

—Adelante, tía, dígame.

Rodrigo caminó con el celular pegado a la oreja. Se detuvo frente a los ventanales y conversó unos segundos a base de monosílabos. Cortó y cerró el teléfono. Luego se giró lentamente enfrentando a los demás.

—Bueno. En bancos el tío tiene casi dos millones de dólares, no todos disponibles. Voy a negociar con ellos; a ver cuánto esperan y con cuánto se conforman, porque tienen las miras bien altas, los cabrones. Si comparamos lo que pidieron con lo que tienen, me da una ligera idea de que ya saben a qué le tiran de antemano.

—¿Quieres decir que saben cuánto tiene la gente en cuentas antes de secuestrarlos? Eso no es posible, hermano.

—María, si tú eres cajera de un banco local, llegas a tu casa y te espera un pelado con una pistola y te pide que averigües cuánto dinero tiene fulano de tal o te vuela la cabeza a ti o alguno de tus hijos, ¿qué haces? Aparte, el tío no creo que aguante mucha presión si lo torturan.

—¡Qué impunidad!

—Negocios basados en los miedos de las personas, hermanita, eso es lo que tienen estos cabrones. Nos agarran de las bolas con el miedo y después solo aprietan.

—Por Dios. ¿Qué detendrá esto?

—La gente. Cuando la gente se canse y empiece a presionar, esto puede mejorar, antes no.

Ese día no hubo llamadas por parte de los secuestradores.

Rodrigo habló largamente con su tía esa mañana. Ella tenía que tomar la decisión de pagar y de poner el límite. Había casos en que los familiares se negaban a dar un centavo, aún a costa de perder al secuestrado para siempre.

—No, hijo ¿cómo se te ocurre? Negocia lo mejor que puedas, pero no como para arriesgar la vida de tu tío. Eso no.

—De acuerdo, tía. Esperemos a que hablen y le digo en qué quedamos y usted me dice qué hacer. Esté tranquila —trató de tranquilizarla—, esto a veces se puede llevar muchos días, semanas incluso.

—Qué horror. Confío en ti, Rodrigo, gracias por todo.

Colgó y se recostó en el sillón pensando en una charla con el resto de la familia a medio día, a la hora de la comida. Hizo saber a todos que los quería juntos. Su eficiente papel en las negociaciones lo habían prestigiado como nunca en el ámbito familiar. Ese día, aunque a regañadientes, Claudia tuvo que estar presente.

Cuando llegó a la casa, algunos niños andaban afuera, mientras dos de los guardias pagados, los vigilaban discretamente. En la entrada a la propiedad

había ahora una caseta con cámaras, radio y un sistema de alarma, donde un guardia con un botón llamaba la atención de todos en segundos. Saludó al vigilante e ingresó al patio del frente. Se encontraba tranquilo, se podía decir incluso que disfrutaba de que lo esperasen, que lo atosigaran con preguntas y responder de modo que se demostrara de qué estaba hecho Rodrigo Cantú.

—Acaban de hablarme. El rescate está arreglado: un millón setecientos cincuenta mil dólares.

Hubo un murmullo general.

—¡Qué manera tan sencilla de hacer dinero, esos hijos de sus putas madres!

—¿Qué es eso, María? —se disgustó doña Aurora.

—Perdón, madre.

Rodrigo sonrió y prosiguió.

—No he hablado con la tía para ver para cuándo lo tiene disponible. Pero los quería juntos para otra cosa.

El silencio fue total.

—Hay que planear el irse de aquí, rentar o comprar casas al otro lado de la frontera y manejar los negocios desde allá. O estos cabrones nos van a sangrar hasta que terminemos como cuando empezamos.

Por una vez, la mayoría de la familia estuvo dispuesta a considerar la propuesta.

—Hermano, ¿por cuánto tiempo crees que sería prudente?

—Me temo que años, eso que les quede claro a todos.

—Oh, Dios. Cuando queramos regresar, nuestros hijos van a estar habituados a la vida de allá y no querrán volver. Genial nuestra vida de ricos.

—Tranquila, Ana. Un paso a la vez.

—Para ti todo se te hace fácil —le reprochó la mujer—. Hasta puedo pensar que te gusta la idea de ir a vivir con los americanos. Yo no los soporto. Aquí tengo mis amistades, la escuela de mis hijos, aquí vivo, de aquí somos.

Cuando Ana terminó de descargarse, Rodrigo siguió hablando.

—Esto no tiene que decidirse hoy ni ahora en este lugar. Piensen, nada más eso, en lo que nos está costando ahora. Sin libertad, con miedo, perdiendo dinero a carretillas llenas. Evalúen y decidan. Mi decisión está tomada —anunció con contundencia—: mi familia y yo nos vamos a vivir a Texas un tiempo.

Claudia, tomada por sorpresa ante la declaración de su marido, solo atinó a abrir la boca un par de segundos y cerrarla después. No era el momento de

empezar una discusión, menos sabiendo que tenía a todos en contra.

La reunión finalizó. En las cabezas de todo bullía el consejo expuesto por Rodrigo. No había más que hablar. Era tiempo de reflexión.

—¿Cuándo pensabas decirme que nos íbamos a vivir a Texas?

—Ni idea —admitió cínicamente Rodrigo—. Hoy pensaba que, si siguen secuestrando miembros de la familia a este ritmo, en menos de dos años andamos buscando trabajo en el periódico.

—Me hubiera gustado, al menos, ser la primera en enterarme —le reprochó con amargura Claudia.

—Ahora estoy negociando lo del tío, después nos sentamos a hablar de esto.

—Me gusta Mac Allen.

—¡Mírala, cuánto le duró el disgusto! —le escupió Rodrigo.

—La verdad no podemos seguir viviendo estos miedos —reconoció la mujer—. No poder salir a ninguna parte, no poder abrir la puerta de la casa sin miedo. Es un asco.

—Son de esos momentos en los que tener dinero es negativo.

—Pienso igual.

En seis días, Carmen disponía de un millón y medio de dólares en efectivo. Don Saúl puso el faltante y el rescate se organizó. Rodrigo mantenía, según él, tranquilos a los integrantes de la banda explicándoles que juntar esas cantidades de dólares en efectivo requería de días y de papelerías en los bancos. Les garantizaba siempre, que la policía no estaba enterada. O, al menos, que ellos no habían denunciado nada. Y aquello pareció bastar.

Al igual que la vez anterior, con su camioneta cargada con tanques de basura, el hermano menor salió a la ruta para que los captores lo guiaran a través de su teléfono celular hasta donde dejaría el dinero. La diferencia esta vez fue que adonde le pidieron que dejara el dinero estaba su tío en un vehículo, amarrado al volante.

Bajó los tanques sabiéndose vigilado y cortó con su navaja la cinta con la que su tío estaba amarrado al volante del sedán. Era de noche, no había vehículos; un poco por la hora, un mucho por el miedo. Sin quitarle la cinta de la boca, a pesar de sus ojos desorbitados, lo subió a su camioneta. Al llegar a la carretera giró a la derecha y en quince minutos estaba en casa. Solo al llegar a la casa le quitó la cinta, dentro de la cabina.

El primero en recibirlo fue su hermano. Ambos se abrazaron y lloraron juntos varios minutos. Las rencillas familiares quedaban, al menos por ahora, en segundo término.

Con su hermano Saúl y con Rodrigo, Edelmiro llegó a casa.

Carmen sabía que esa noche iban a pagar el rescate, pero ignoraba que en el mismo momento le entregarían a su esposo; así que cuando abrió la puerta y lo vio, el llanto la desbordó.

Los demás regresaron a casa; eran momentos donde el matrimonio debía estar solo.

Ahora sí, sin duda alguna, Rodrigo era el caballero protector de la familia. Para los niños y los jóvenes un ejemplo de valor e inteligencia; para los adultos, alguien que era capaz de arriesgar su propia vida por salvaguardar la de sus familiares. En cualquier cultura del mundo eso era mucho valor agregado para cualquier hombre.

En la familia al completo había germinado la idea de cambiar de aires. El sentido común se imponía al amor a la tierra y a los amigos. Además, la perspectiva de vivir lejos no era tan brutal cuando tenían la seguridad de poder seguir manteniendo su nivel de vida. Buena casa, buenos coches y dinero para viajar. Lo demás sería acostumbrarse a vivir con ciertas reglas diferentes en un país donde las leyes parecían cumplirse, donde se podía detener a un policía para pedir ayuda o donde el respeto a los vecinos se cumplía o se cumplía.

Decidieron hacer una especie de conjunto familiar en el extranjero, así que contrataron a alguien que rentara o comprara un grupo de casas. De aquella forma estarían todos juntos, aunque independientes. Y serviría, en principio, para mantener los niños de las diferentes familias unidos y para poder cuidarse entre todos en caso de peligro.

Por otro lado no desconocían que se habían reportado varios casos de empresarios que habían decidido abandonar su tierra por un lugar más seguro, y terminaban no solo siendo secuestrados en Estados Unidos, sino regresados a través de la frontera y con la amenaza de ser asesinados si sus familiares denunciaban. Así que eso de irse a un sitio más seguro, no era tan seguro, después de todo.

Pasadas las fiestas navideñas y de fin de año, decidieron que, para febrero, deberían estar organizados para la mudanza. La tristeza por la marcha había

arraigado sobre todo en los padres. Casi octogenarios, un cambio de esa envergadura representaba dejar atrás una vida completa; pero se guardaron su dolor y siguieron a la familia por la misma razón por la que los habían protegido siempre, porque los amaban a todos. Las perspectivas de permanecer eran mucho peores.

La reunión había sido conciliadora. La captura y la reclusión habían hecho recapacitar al tío Edelmiro. Reconoció cada uno de sus errores, pidió perdón a quienes había perjudicado de obra o palabra y estuvo dispuesto a resarcir los daños. Por lo pronto, se había puesto de acuerdo con su hermano para pagar la diferencia de su rescate y había agregado una generosa recompensa para su sobrino Rodrigo; tal como debía de ser, éste se había negado a aceptarla.

—Lástima que hayamos tenido que pasar por esto para darnos cuenta de qué tontos somos a veces lo seres humanos. Envidiamos lo que tienen los demás, sin darnos cuenta de que nada de eso une familias. Las familias se unen de recuerdos, anécdotas divertidas o experiencias tristes... y eso, al final, es lo que realmente pesa —reflexionó Edelmiro.

—Hermano, no nos vamos a pelear por algo de dinero, ni porque a nuestros hijos les vaya mejor o peor. Ellos tienen sus vidas, nosotros las nuestras; hay que aprender eso. Cada quién a su vida. Estamos viejos ya para andar en dimes y diretes. Ya ves lo que pasa con los hijos, se casan; según quien les toque de marido o de esposa siguen siendo iguales o se transforman.

—Tienes razón—admitió su hermano—. ¿Y es cierto que se van al otro lado del Bravo?

—Pues los muchachos andan en eso —reconoció don Saúl—. Rodrigo trae la voz de mando ahora y, la verdad, que no deja de tener razón. Estamos vivos porque nos costó buen dinero, pero si se nos acabase terminaríamos pagando con la vida de algún hijo o nieto, y eso arruinaría todo por lo que hemos luchado en la vida.

—Bueno, yo no me puedo ir —se lamentó Edelmiro—. Esta experiencia me dejó muy maltrecho. Tengo que reorganizar mi vida.

—Tú sabrás. Yo, definitivamente, haré lo que mis hijos digan. Uno ya vivió, hermano, no quiero convertirme en un lastre a la vejez.

—Al menos el gasto sirvió para reorganizar a la familia entera. Se siente bien saber que hay alguien que está dispuesto a arriesgarlo todo por uno. Tienes un

gran hijo en Rodrigo, hermano. Eso si te lo digo con la mano en el corazón. Yo mismo hablaba mal de sus acciones y me calló la boca con su acción y valentía.

Pasada la medianoche, Edelmiro y Carmen regresaron a su casa. Antonio se había ido antes en su auto. Aurora, colgada del brazo de su esposo, vio partir a la pareja y comentó:

—Bueno, más vale tarde que nunca. El dinero va y viene, la familia reunida otra vez no tiene precio. Nuestro hijo menor salió de buena madera —terminó diciendo mientras miraba a su esposo.

—Quién sabe de dónde sacaría huevos este cabrón; esperemos que no se arriesgue demasiado y le vaya a ir mal. Sabe manejar una crisis, negociar es lo suyo.

—Por él estamos todos juntos y todos vivos.

—Y un poco más pobres.

—Solo un poco menos ricos; no es lo mismo —zanjó optimistamente doña Aurora.

Dos semanas después de aquella reunión de familia recibieron la visita del hombre que les había estado buscando un lugar para vivir juntos en Mac Allen, Texas. Era una comida un domingo a mediodía, donde estaba casi toda la familia al completo.

—Señores, creo que encontré lo que buscan —anunció con entusiasmo el delegado inmobiliario—. Una buena colonia en la periferia, rumbo a Mission. Un conjunto de casas grandes, con cinco años de antigüedad, un parque central y a mano de la ciudad con buenos accesos.

—¿Qué tan caras?

—Bueno, como se negociaron en lote, el precio es realmente bueno para la calidad de la zona y de las casas. Es difícil de explicar. Por eso traigo fotos en la computadora y la ubicación a través de satélite. Pero tendrán que ir a verlas para darles el visto bueno.

—Bueno, Rodrigo, tú fuiste el de la idea, así que vete con un hermano y una hermana a verlas.

—De acuerdo, el que quiera ir que se anote desde ahora. ¿Usted cuándo se va?

—Espero irme mañana, no me gusta andar de noche en las carreteras, y menos solo.

—¿Qué les parece si mañana nos vamos y de una vez decidimos? —apremió

Rodrigo.

—Traes mucha prisa, hermanito.

—María, cuando ustedes quieran vamos, no traigo prisa. Es algo que hay que hacer.

—De acuerdo, solo te peleo. Vamos mañana, yo tengo el día libre. Puedo ir.

En diez minutos, dos de las hermanas, Jorge y Rodrigo tenían hecho el viaje a ver lo que les ofrecía el corredor. Terminaron de comer a media tarde, casi las cinco. Estaba fresco, el invierno salía apenas.

EN EL EXTRANJERO

A todos sin excepción les gustaron las casas. La ubicación era buena, estaban a diez minutos del centro de la ciudad, aisladas del ruido y el tráfico. Con centros comerciales a mano y con escuelas cercanas para los hijos. El parque del centro del complejo, de media hectárea, tenía juegos para los más pequeños y espacio para hacer ejercicio. Estaban encantados.

Desde el hotel donde se alojaban informaron al resto. Habían dado el primer paso para reubicar a la familia completa, lejos del miedo, del peligro; lejos también de sus amigos y su forma de vida. Cenaron en el hotel esa noche, haciendo planes.

Lo que seguía era poner fechas, organizar viajes y arreglar papeles en el consulado americano.

—Bueno, padres. Sabemos que esto no les gusta, pero hay que hacerlo. Mañana van a juntar toda la papelería necesaria para empezar a pedir los permisos en el consulado.

—¿No crees que puedan negarnos el permiso? —preguntó temerosa doña Aurora.

—Los americanos no aceptan a mexicanos jodidos, pero si van con dinero les abren las puertas.

—Como México no hay dos, eso me queda claro. Lástima de esta maldita violencia que nos obliga a huir. Porque no nos vamos por gusto, huimos por miedo.

—Así es madre. Lo tenemos bien claro.

—¿Quién va a ir al consulado mañana conmigo?

María y Ana se anotaron. La idea era ir por los requisitos, los cuáles ya habían visto en internet, entrevistarse con alguien de más nivel para ver si les daban permiso de vivir allá aduciendo, como siempre, violencia y peligro.

La entrevista había durado más de una hora y había sido fructífera. Visto los números de la empresa, los motivos para pedir asilo y que nadie tenía antecedentes penales ni investigación pendiente alguna con la justicia, les dijeron que en cuanto les acercaran la papelería requerida comenzarían los trámites. Ya en la camioneta de regreso, María comentaba.

—Bueno, al parecer no va a ser difícil. Los papeles los tenemos todos; ahora que cada familia junte lo de cada hijo y volvemos con todo.

—Pónganse fechas, si no nadie se mueve. Tres días para tener toda la papelería lista como dijo el funcionario del consulado. Ellos se tardan entre diez y quince días en aceptar o negar el proceso.

—Sí, hermano, eso haremos. Porque si dejamos que cada uno se tome su tema, no nos vamos nunca.

—No las veo tan tristes a ustedes.

—Rodrigo, después de pasar tanto miedo, aunque la idea no me guste nada, tampoco me gusta vivir en éste estado de reclusión forzosa.

—Lo malo son nuestros padres en este momento. Lo malo a futuro es que nuestros hijos se van a acostumbrar a vivir allá y no van a querer regresar.

—Ana, todo por lo mismo. La maldita inseguridad del país, el miedo a que nos agarren otro pariente y nos dejen en la calle; o paguemos y de todas formas nos lo maten. No podemos vivir así. No es cuestión de dinero. Es supervivencia familiar.

—Bien, María, por ahí va la cosa.

Después de la presentación de la papelería, que en general era para demostrar que podían vivir en Estados Unidos sin trabajar, los acontecimientos empezaron a darse en cascada. Por familia, los permisos fueron otorgados uno tras otro. En poco más de un mes, estaba listo para obtener los pertinentes permisos de residencia.

A pesar de que iban a dejar sus raíces por un tiempo, en la familia más bien reinaba un ambiente de alegría, de renovación y de unidad. Todos ayudaban a

todos, incluyendo a Claudia, que normalmente no participaba en nada familiar. Contratados los camiones para la mudanza, pusieron fecha. Llevarían solamente lo más necesario, pues la idea era dejar las casas de México habitables y comprar todo nuevo para las nuevas casas en Texas. El traumático cambio se había convertido de pronto en unas largas vacaciones.

Para finales del caluroso julio estaban todos reunidos en la fronteriza ciudad de MacAllen. Los primeros días fueron de un entrar y salir de vehículos de carga de diferentes mueblerías, dejando diferentes electrodomésticos y muebles para los hogares. El trabajo era intenso, instalar lavadoras y secadoras, armar camas y demás enseres para el hogar. Faltaba muy poco para que empezaran las clases y querían tener todo listo y dispuesto para ese momento. El trauma más grande en un cambio tan brusco y tan rápido era para los más jóvenes, aunque también eran quienes más rápido se adaptaban. Como habían previsto los hermanos, traerlos sería fácil, pero si deseaban regresar a México algún día, seguramente las familias se dividirían.

Una carne asada, cerveza helada y ambiente de fiesta, fue parte del festejo del final del acomodo principal. Faltaban detalles, pero las mujeres se encargaban de ir terminando de equipar sus nuevos hogares.

Cuando empezaron las clases, empezaron los problemas. A pesar de ser una ciudad fronteriza, la discriminación era evidente, más cuando algunos de los muchachos no hablaban nada de inglés. No pocos llegaban llorando y tirando las libretas sobre los muebles, maldiciendo a cuanto maestro existía sobre la tierra. Pero con paciencia se fueron acoplando, aprendiendo el idioma, y sus padres se fueron insertando en la parte mexicana de la sociedad. La iglesia y la escuela eran los primeros sitios donde se daban estos encuentros y las primeras amistades.

Los hombres manejaban el negocio de sus padres las desde computadoras y las radios; veían la posibilidad de invertir en ese país.

—Si quieren invertir en éste país, adelante. Yo no me asocio aquí con nadie. Si arriesgamos será individualmente.

Las palabras de Rodrigo no gustaron en principio, pero en realidad todos veían una oportunidad de hacer algo por ellos mismos. Dejar de depender del negocio familiar y poder tener la seguridad de algo propio para poder heredar a sus hijos.

Porque hablaba buen inglés y por su carisma y seguridad, Rodrigo seguía siendo quien organizaba todo, daba ideas y guiaba a los demás a nuevas

aventuras económicas. Había pasado lo más duro de la fase de acoplamiento a una nueva sociedad.

María era la más asidua en la misa los domingos. De baja estatura, pelo lacio largo y ojos miel, sufría el cambio en silencio. Agradecía a su Dios que estuvieran todos a salvo y juntos, y a la vez le pedía que calmara la violencia para volver a su tierra. Extrañaba mucho México.

Esa mañana de domingo, calurosa, contestó una llamada al celular después de salir de misa. Mientras se encaminaba a su auto, alguien le tocó el hombro.

—Disculpe, ¿esto es suyo?

Al darse vuelta, una señora le entregó el cargador de su celular, que se había caído de la cartera al sacar el aparato, seguramente.

—Ay, sí; gracias señora.

—De nada, la he visto los últimos domingos, ¿es nueva por acá? —se interesó la mujer.

—Sí, la familia sufrió una serie de percances y decidimos cambiar de aires un tiempo.

—Pobre México, está muy mal por allá. Mi esposo se dedica a conseguir propiedades a clientes americanos de aquel lado, como ranchos o terrenos grandes, y dice que hay que andar con mucho cuidado, que es buen momento para comprar porque la gente quiere deshacerse de todo lo que le puedan quitar.

—Siempre gana alguien en estos trances —se lamentó María con un punto de molestia—; a nosotros nos arruinó la vida. No es lo mismo vivir donde naces que en un lugar como éste, por cómodo que esté.

—Sí, lo sé. Mis padres viven en México y dicen que tener dinero es estar en peligro. ¡Qué locura, vive Dios!

—Bueno, señora, voy por mis hijos a hacerles su desayuno. Mi nombre es María Cantú; gracias por el detalle.

—Gusto en conocerte, soy Lupe Ibarra; si algo se les ofrece, todos los domingos estoy en misa.

Se despidieron y María enfiló su auto a la casa. Pensaba en lo que le había dicho Lupe, que los americanos aprovechaban que el miedo obligaba a vender barato las propiedades para capitalizar su dinero.

“Primero se quedaron con medio país de un golpe, y ahora van a seguir apoderándose de a poco.”

Estados Unidos pasaba por una de las peores crisis de su historia, y el presidente Obama simplemente no encontraba la puerta para desatorar la economía. Había que pensar muy bien en qué invertir el dinero, porque era un país dónde fácilmente se podía hacer alguien rico o estar en poco tiempo de limosnero. Y tampoco se arreglaban las cosas legales como en México, donde con dinero suficiente las leyes se hacían a un lado. La corrupción, ama y señora de todos los problemas en el país, se extrañaba a la hora de sacar permisos para negocios. En una reunión de hombres, una tarde en la casa de Saúl, hablaban.

—Rodrigo, ¿cómo va lo de la gasolina?

—Sin broncas por ahora. El comandante se ha portado bien, ha cuidado las rutas y siguen pagando la cuota extra de riesgo que les impuse.

—Y los demás camiones, ¿tienen trabajo?

—Si Jorge, todos. Ha bajado un poco y se está teniendo algunas dificultades para cobrar, pero sigue más o menos rentable.

—Alguien debería darse una vuelta por aquellos lados. Como sea no es bueno ir cada tres meses y avisando que vamos.

—Sí, padre, quiero caerles de sorpresa en dos semanas y darles la idea de que vamos a estar yendo más seguido. Porque de tanto estar solos pueden sufrir tentaciones y más vale prevenir.

—Bien pensado.

—Pero discreción. Que las mujeres o los muchachos no abran la boca por esas mugres electrónicas; las noticias vuelan ahora.

—Hola, María, ¿qué tal la semana?

—Ahí la llevo, Lupe. Esto es difícil para todos, extraño horrores a mis amigas, mi casa y mi pueblo.

—No es fácil, lo sé. ¿Has ido alguna vez desde que viniste?

—No, para nada. Solo dos de mis hermanos se dan la vuelta, casi en secreto, para ver los negocios de allá.

—¡Pobrecita! Confía en Dios, te va a ayudar, vas a ver.

—Por eso no fallo los domingos, sin Él ya me había regresado, creo.

—Mi esposo va para allá en dos semanas, por si algo se te ofrece. Va a ver un par de propiedades que, al parecer, interesaron a un cliente inversionista que tiene.

—Bueno, deséale suerte. Dile que no compren más México, o se van a quedar

con todo.

—Ay, mujer, qué ocurrente. Estos compran para revender en cuanto todo vuelva a la normalidad. Ninguno se iría para allá. Tienen más miedo que ustedes —dijo la mujer con aire divertido.

Se despidieron y Lupe invitó a María a tomar café el martes siguiente. Se habían caído bien y, al parecer, ambas pasaban demasiadas horas solas. Aunque María no era muy sociable normalmente, tendría que abrirse a esa sociedad o la mataría la tristeza.

El martes amaneció caliente y húmedo. Habló a su nueva amiga y quedaron en verse en *Luby's* a las cuatro de la tarde. Avisó a Julián, su esposo, que saldría con una amiga, y partió en su auto. Julián intentaba arrancar una línea de dos camiones de transporte de granos y estaba siempre ocupado. Ella sabía que no lo oiría quejarse nunca, pero sufría tanto como ella. Era amigo de las carnes asadas, de las reuniones con amigos y de tomar cerveza a gusto con música regional. Hasta el momento, todos placeres negados a las familias.

Lupe ya estaba sentada cuando llegó. La saludó, pidieron a la mesera los cafés y algo de pan dulce.

—Buenísimo para las dietas, amiga —bromeó Lupe.

—Ni me hables, con tanta restricción al menos quiero comer algo prohibido.

—¿Y tú familia cómo se va adaptando, María?

—Mi esposo no dice nada; sufre mucho. Mis hijos ya traen amigos nuevos de la escuela, así que creo que serán los menos perjudicados, al parecer.

—Mi esposo nació en Monterrey —compartió como confidencia Lupe—. Nos casamos y se hizo americano, pero extraña mucho y eso que tiene aquí más de quince años.

—Si lo que quieres es animarme, te digo que vas mal.

Rieron.

—No, amiga, solo comento. Hay gente que se acopla enseguida y otros jamás. Dicen que cuanto más viejo te empiezas a hacer, más te arrastra el recuerdo del lugar donde naciste.

—La ventaja que tenemos es que estamos tan cerca, que podremos ir seguido si vuelve la calma.

Hablaron durante un par de horas. María consideró muy acertada la amistad, pues aparte de ser amena en la charla, Lupe le daba consejos para vivir más cómoda y relajada en aquella ciudad. Al final la conversación derivó en el trabajo de los maridos.

—Sebastián dice que si vende esos dos terrenos, con la comisión va a comprar algo para nosotros en México. Está loco creo yo.

—Mi esposo tiene participación en los negocios de la familia; bueno, tenemos. Nos va bien, pero quiere empezar algo nuevo aquí. Más que por necesidad es porque no aguanta sin hacer nada.

—No, no lo dejes sin hacer nada. La inactividad te mata despacio. Mi marido va para los cincuenta y cinco años. Si lo dejo quieto un día, se muere de aburrimiento. Yo rezo mucho para que pueda vender esos terrenos allá; son grandes y le tocan algunos cientos de miles de dólares nomás de comisión.

—¡Guau! —exclamó María—. Así han de valer entonces.

—Me cuenta que quieren seis millones de dólares por los dos. Dice que se oye mucho pero que están a buen precio, que su plusvalía aumentará considerablemente en pocos años.

—Es que esa ciudad crece rápidamente. Dueños de ranchos inservibles de pronto se hicieron ricos cuando la ciudad los alcanzó.

—El señor Cantú, ese que vende, al parecer tiene mucho dinero. No lo conozco, pero dice mi marido que anda bien vestido siempre y le dice que no venda mal, porque necesidad no tiene. Que vende para comprar en otra parte.

—Ha de ser algún pariente rico mío. Ja, ja ja.

Cuando se despidieron acordaron una cita para la otra semana.

En la casa estaba su esposo Julián y Rodrigo. María saludó a ambos, pasó a ponerse cómoda y regresó con ellos a la sala.

—Me da gusto que empieces a socializar, hermanita.

—O abro mi mente o me vuelo la cabeza. No puedo estar siempre encerrada.

—Me alegro. Déjate querer, busca amigas y lugares donde te diviertas. No es igual que allá, pero al menos no nos falta de nada.

—Amigas. Extraño mucho a mis amigas.

—Pues sí, pero existen las redes sociales para que no te olviden.

—No es lo mismo.

Al terminar la conversación una hora después, Rodrigo le anunció:

—En dos semanas voy a ver los negocios. Por si quieres mandar algo o que te traiga de allá, nomás me dices.

—Claro, gracias. Por cierto, ¿pasa algo? ¿No fuiste hace un mes?

—María, Rodrigo dice que de vez en cuando hay que caer en el negocio sin

avisar, para que no se les vayan a ocurrir ideas incorrectas.

—Suenan bien. ¿No te puedo acompañar?

Rodrigo miró a su cuñado antes de contestar.

—No esta vez. Para la otra lo planeamos bien y te llevo, prometido.

Dio un beso a su hermana, la mano a su cuñado y cruzó a su casa a través de parque. María se quedó pensando un momento, ida.

—¿Dónde te fuiste?

La pregunta de su esposo la sacó de su pensamiento.

—¿Eh? Oh, perdón, solo pensaba. ¿Qué quieres de cenar?

—¿Tienes para un machacado con huevo?

—Sí, queda algo de carne seca todavía.

—Ahora que tu hermano vaya para allá le pedimos unos kilitos.

Ella asintió con la cabeza mientras abría el refrigerador para sacar los huevos. Sus hijos habían pedido pizza, así que terminó pronto la tarea ese martes. Su esposo no era muy platicador; pero era un buen hombre y le gustaba trabajar. Aparte era un padre excelente. No tenía quejas sobre él. Pero por alguna extraña razón, una especie de intuición le decía que algo no estaba del todo bien. Al final se entretuvo y se olvidó del asunto. Se acostaron a dormir temprano y vieron la televisión en el cuarto.

El siguiente domingo Lupe no apareció en el servicio religioso, así que la pregunta que tenía en mente tendría que esperar al martes. Aunque por teléfono podía tener la respuesta, no quería verse muy curiosa; quería que fuera una charla sin importancia, donde pudiera sacarse la espina que llevaba dentro. Así que el martes temprano saludó a su amiga y confirmaron la cita para la tarde en el mismo lugar. Estaba empezando a refrescar por septiembre, las noches eran agradables y se podía prescindir del aire acondicionado.

—Hola, amiga, ¿Qué le pasó, que faltó el domingo a misa? —se interesó María.

—Fui madrina de un bautizo, así que tuve que ayudar desde temprano a la madre del niño. Ya sabes, vueltas, compras, carreras.

—Me alegro. Me gustaría tener una vida como la tuya; desde que estamos aquí me han hecho dos invitaciones parecidas mis amigas, pero tuve que negarme. No me dejan ir todavía.

—¿Tu esposo no te deja? —preguntó sorprendida Lupe.

—Mi hermano menor, Rodrigo. Fue quién manejó los dos secuestros de la

familia y, la verdad, eso le dio un liderazgo... Ahora nos cuida como si fuésemos pollitos.

—En toda familia siempre hay alguien que entra a las broncas y así terminan, con todos siguiendo sus consejos. Mientras sea para bien de todos, ni cómo quejarte.

La mesera les sirvió el pedido.

—Vamos a tener que cambiar de lugar, Lupe. Así conozco lugares diferentes.

—Claro que sí. A la otra te invito a otro sitio.

—Tú vas a ser mi guía turística.

—Nos turnamos con tus amigas para que conozcas todo, vas a ver.

—Dale vueltas al turno, Lupe; por ahora eres mi única amiga.

Lupe palmeó su mano sobre la mesa. Le caía bien María.

—Ya vendrán muchas, ten paciencia. El próximo domingo en el templo te presentaré dos o tres amigas que son buenas personas.

—Gracias. Tiempo al tiempo. Por cierto, ¿tu marido ya fue a Monterrey?

—No. Es hasta el próximo sábado. Es el día que lo puede atender el dueño. Ya le mandó por correo las ubicaciones. Mi esposo quiere verlos personalmente antes de hacerles una propuesta.

—¿A mi pariente Cantú?

Rió Lupe al contestarle.

—Uno de tus parientes ricos, según tú —dijo siguiéndole la broma.

—¿Cómo dijiste se llamaba?

—Se apellida Cantú, pero ni idea del nombre. Al parecer es soltero o divorciado. Buen partido, aparte.

María se relajó un poco. La charla la calmaba nuevamente, su intuición parecía haber sido engañada esta vez. Avanzada la tarde dejaron el lugar y partieron.

Con la promesa de su amiga de presentarle nuevas amistades, María se sentía más relajada. Tal vez su hermano menor tenía razón, debía abrirse, dejarse llevar un poco y no cerrarse a nuevas amistades y expectativas.

Cerró su auto y entró a la casa. Estaba sola. Se asomó a la ventana, vio a sus hijos al fondo del parque. Todo estaba bien. Encendió la televisión y esperó a Julián.

—Hermano, ¿y por qué no vas el próximo sábado? Bautizan al hijo de Gloria, mi amiga del alma, y me muero por estar con ellas. Las vería a todas juntas.

Por favor.

—Ya está arreglado, hermana. Si no, con mucho gusto lo haría —se disculpó Rodrigo.

—Si no tienes una cita con nadie, si les vas a caer de sorpresa, ¿qué importa un sábado u otro?

—El otro tengo un compromiso, y se atrasaría mucho la visita. Lo siento.

No insistió. No habría tal fiesta ni bautizo. La luz amarilla se encendió nuevamente.

Después de aquella charla con Rodrigo había decidido quitarse la espina. Lo vio partir el sábado en una camioneta que sabía que dejaban al cruzar la frontera y de ahí agarraban otra con placas mexicanas, para no llamar la atención. Le había encargado carne seca para los machacados de su esposo y había enviado dos paquetes para dejar en las oficinas de la empresa, de donde un par de amigas los recogerían.

Su hermano regresó el domingo y tuvo una junta rápida con su padre y hermanos. Hablaron de negocios. Después, aduciendo cansancio por el viaje, se fue raudo a su casa con Claudia y los hijos.

Eduardo Lómez había sido policía federal en México durante más de veinte años. Su padre, amigo de don Saúl y María, la conocía desde hacía años. De vez en cuando oía de él. Sabía que vivía en Laredo y que había enviudado hacía un par de años. Debía andar en ese momento por los sesenta y cinco años. María decidió llamarle. No quería vivir entre sospechas; menos en ese tipo de sospechas. A través de una agenda de su padre localizó el teléfono.

—Bueno.

—Don Eduardo Lómez.

—¿Quién habla?

—Una amiga suya. ¿No recuerda mi voz?

Silencio al otro lado.

—¿Está ahí, señor?

—No sé quién es, pero no juegue conmigo, estoy viejo para bromas —pareció enojarse el hombre.

—Viejo, puede ser; flaco como siempre con su bigote blanco y su sombrero vaquero. ¿Sigue igual?

Una discreta risa sonó al otro lado.

—¿Quién eres, mujer? No vaya uno a decir una barbaridad y seas decente. María soltó la carcajada.

—Claro que soy decente. Soy María Cantú, la hija de don Saúl, de Santiago. Mientras el viejo la buscaba en su disco duro, pasaron unos segundos. Al final la encontró.

—Pero, claro que me acuerdo, ¿dónde estás? Supe que le habían dado un susto a un hermano tuyo, al mayor.

—También a un tío, al hermano de papá. ¿Se acuerda de don Edelmiro?

—Sí, cómo no. Buenas personas, todas buenas personas —comentó el hombre con convencimiento.

—¿Y a qué se dedica ahora, señor?

—A lo que se dedica la gente de mi edad. A ver pasar el tiempo sin oficio ni beneficio. Vivo solo, de mis tres hijos solo la mujer me habla de vez en cuando. Así es la vida.

—Lamento oír eso. Pero anda bien de salud.

—Eso sí, fuerte cómo un roble. Pero usted no me llama para saber cómo estoy —adivinó el viejo—. Desembuche.

María pensó un momento antes de hablar.

—Nos vinimos a vivir a Mac Allen por lo mismo, la inseguridad. ¿Si le mando dinero para el pasaje y gastos vendría a verme?

—¿Verte? ¿De qué se trata, hija?

—Una investigación en Monterrey, sin riesgo alguno. Debe ser alguien que se sepa mover y nadie le conozca.

—¿Legal?

—Absolutamente. Ya me conoce, don Lalo.

—Bien, si me va sacar del aburrimiento, me arrimo para allá el próximo fin de semana.

—En cuanto pueda me avisa, por favor. Lo estaré esperando. Anote mi teléfono celular. Solamente a ese teléfono llámeme, por favor.

—Anda usted muy misteriosa, óigame.

—Gusto en saludarlo, don Lalo. Aquí lo espero en cuanto pueda.

Colgó el aparato con la molesta sensación de ese sexto sentido en alerta y que no la dejaba en paz.

EL HOMBRE DEL PASADO

Indudablemente, en sus años mozos debía de haber roto más de un corazón. A pesar de sus sesenta y cinco era un hombre de buena postura, alto, delgado y de caminar lento pero seguro. Los bigotes blancos y no muy bien acicalados le daban un aire de rudeza que sus ojos, cansados, negaban. El sombrero era fino, caro. Lo llevaba con esa soltura de los que traen algo que les gusta y no por mostrarse bien para alguien más. Cuando la vio sonrió ampliamente y al abrazarla sintió su cabeza en el pecho; le llevaba muchos centímetros de diferencia.

—Muchacha María, ¿cuándo creció así, sin avisar siquiera?

María no pudo evitar una lágrima. A pesar de que como policía la gente decía que tenía un pasado un poco turbio, ella nunca había sabido de alguien a quien directamente afectara don Eduardo. Para ella era, simplemente, otro buen amigo de su padre.

—Pues ya ve, don Lalo. Una, que no tiene qué hacer y se pone a guardar años debajo del pellejo. Para usted no pasan los años, ¡qué bárbaro, señor!

—Gracias, mañana te hago llegar un cheque por el piropo.

—Siéntese, ha de estar cansado del viaje —ofreció la mujer al viejo amigo de su padre.

—No llega a figura el viaje, dos y piquito de horas. Relajado —reconoció don Eduardo.

—Me alegro. Me da mucho gusto verlo, ¿se le antoja un café?

—Fíjate que no. Desayuné temprano y son las dos de la tarde. Si vas a invitar a algo, que sea a comer macizo.

María soltó su risa franca y levantó la mano para llamar la atención de un mesero. En segundos, un muchacho estaba al lado de ellos. Pidieron un plato fuerte y una cerveza fría. La charla era importante, así que se pusieron cómodos. Durante el tiempo que tardaron en traer la comida, María puso al tanto de todos los problemas de la familia al viejo amigo de su padre. Sin mezquinar detalle alguno, el hombre quedó enterado a fondo de los avatares de la familia en los últimos tres años.

Comieron tranquilos, y con el café don Lalo preguntó a María:

—Bien, muchachita. No me trajiste de Laredo para contarme los problemas de

los Cantú de Santiago, ¿o sí?

Lo miró a los ojos. Su lucha interior era tremenda, siempre que había confiado en su instinto había habido al final una razón para hacerlo. Tomó aire suficiente como para despejar la mente y puso su mano derecha sobre el dorso arrugado de la izquierda del viejo.

—¿Puedo contar con su discreción, total discreción?

El hombre dio un sorbo al café, mirando después la mano de ella sobre la suya.

—Si dudarás de eso, no me hubieses hablado, niña.

María sonrió. Los años y el tipo de trabajo que había tenido el viejo le daban mucha ventaja sobre ella. Pero esa habilidad era, precisamente, la que quería tener a su disposición.

—Lo sé, usted sabe cuánto lo aprecio. Disculpe.

El asintió con la mirada.

—Puedo estar equivocada, don Lalo. Es más, estar equivocada es lo que más deseo en esta vida. Sería feliz de estarlo, se lo juro... —Ella lo miró y él mantuvo su mirada—. Creo... presiento... bueno, la verdad es que tengo razones para sospechar que mi hermano menor estuvo directamente involucrado en los secuestros de la familia. —Los ojos del hombre se agrandaron un poco. Pero se mantuvo en silencio—. Le explico...

Durante más de media hora le contó el hallazgo de su nueva amiga. Que su esposo vendía bienes raíces, que coincidentemente alguien con su apellido y características parecidas a las de su hermano parecía ser un vendedor importante de la ciudad.

—Niña, hay miles de personas con tu apellido en esa gran ciudad —objetó el hombre.

—Al principio pensé eso. Pero cuando me enteré de que el mismo fin de semana en que ese señor viaja a ver al vendedor de los terrenos mi hermano organiza un viaje sorpresa a ver la empresa, algo dentro de mí encendió una lucecita amarilla, ¿entiende?

—Pues sí. Ahora sí entiendo. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Que ese fin de semana también vaya por allá, que averigüe si estoy en lo cierto.

—María, necesito muchos más datos. Muchos más, de lo contrario será buscar una aguja en un pajar.

—Voy a enviar dos paquetes a la empresa para una amiga, otro a su nombre.

Rodrigo no lo conoce a usted, seguramente. Eso será el sábado en la mañana; no puede dejarlo para después porque la empresa cierra. Así que si llega y se pone vivo, lo verá llegar y después salir. ¿Cree que lo pueda seguir?

—Bueno, al menos es algo —comentó el hombre no del todo convencido—. Si puede investigar algo más, facilitaría las cosas. Hace mucho que no voy por aquellos rumbos, no manejo bien y creo que rentar un auto será caro.

—Rente un taxi mejor, con chofer. Le daré dinero suficiente para ello. No se preocupe, investigue lo que investigue será bien retribuido.

—Al igual que tú, mi mayor deseo es que estés equivocada, porque me dolería mucho causar tan tremendo dolor a tu padre, que es un hombre bueno.

Ella le dio un fuerte abrazo.

“Don Lalo, vaya y regrese para decirme que estaba equivocada, por favor”.

La semana se fue como todas. Atendiendo hijos, esposo y casa. Quiso hablar con su amiga Lupe pero esta había salido de la ciudad, así que no podría aportar datos extras al viejo.

Cuando Rodrigo llegó a su casa a despedirse ese viernes en la noche, le dio dos cajas bien cerradas. Una decía “Rosy” y la otra “Don Eduardo”.

—Rosy es tu amiga del bautizo. ¿Un regalo? ¿Y la otra?

—Tú lleva las cosas, hermano. No seas chismoso.

—¿Tienes una aventura?

—Claro, con un viejo de casi ochenta años.

—¿Lo conozco? —siguió bromeando Rodrigo.

—No, ni yo. Es un encargo para alguien, menso.

—Te estoy peleando, hermanita. Deséame suerte.

—Mucha suerte, te cuidas.

La abrazó, y dándole un beso en la frente regresó a su casa. La idea era salir bien temprano para llegar a media mañana a la empresa.

“Y dar una vuelta a las becerras sin atender en el rancho” pensaba el menor de los Cantú mientras se alejaba cruzando el parque.

Claudia estaba furiosa. Era su estado normal cada vez que su marido viajaba a su pueblo. Estaba completamente segura de que se daba sus revolcadas con mujeres y eso la ponía de muy mal humor. Pero ni hablar de hacer un escándalo, tenía demasiadas comodidades para arriesgar. Prefería morderse la lengua y pensar en el maestro de su hijo mayor, ese rubio alto tan apuesto, el

que más de una vez le había echado los perros de caza.

“Si tengo cuidado, puedo hacerle lo que me hace este cabrón. De eso me encargo como que me llamo Claudia”.

Como quiera esa noche atendió bien a su marido. Le hizo el amor en forma casi animal, desesperada. Quería que saliera de ahí con pocas ganas. Al final, cansados, durmieron.

Aún no amanecía del todo cuando la camioneta cruzaba la frontera en Reynosa. La dejó en una casa donde un buen amigo le prestaba otra menos lujosa, y lo suficientemente más antigua y desvencijada como para ingresar al país sin despertar sospechas.

María le habló una hora después.

—¿Ya cruzaste, hermano?

—Todo bien, María. No te preocupes, me traje la camioneta de Roque.

—¿La blanca nueva? Por favor, hermano. Cuídate.

—No, cómo crees. Me prestó la azul, la Chevrolet viejita. Hasta trae caja ganadera, ¿cómo voy a llamar la atención?

—¡Qué bueno! Es que cada vez que cruzas, quedo en ascuas.

—Tranquila, , si hay algo te hablo.

—Saludos a todos.

—Claro.

Colgó con Rodrigo y salió al patio trasero de su casa. Luego de revisar que nadie estuviera cerca pasó cada uno de los datos de la camioneta a don Eduardo, que en ese preciso instante estaba en Monterrey contactando un taxi con un chofer discreto y decidido. Terminó la llamada y regresó a desayunar. Sus hijos aún dormían y Julián había ido a ver unos camiones que quería comprar. Estaba nerviosa.

El taxi esperaba a la sombra del frondoso fresno. Un pasajero en el asiento trasero leía un periódico. La camioneta de Rodrigo pasó al lado y luego entró a la empresa.

Habló por separado con los choferes que transportaban gasolina robada y todos coincidieron en sentirse bien cuidados por la federal. Se enteró de que un propietario de una estación de servicio había sido denunciado por la mala calidad de la gasolina que vendía. Eso era una mala noticia, porque podía desatar una escalada de revisiones en la localidad y dar al traste con ese

redituable negocio. Dejó los encargos sobre el escritorio y habló con la recepcionista, encargándoles que los entregara a quienes se identificaran como enviados por su hermana María. Después subió de nuevo a la camioneta partiendo hacia el pueblo. Era mediodía.

Iba por una visita que ya lo esperaba, recién bañada; y no se dio cuenta que, de lejos, era seguido por un taxi con un señor maduro a bordo.

Tras recoger a la joven en su casa regresó a Monterrey. Entraron en un restaurante de mariscos y una hora después salieron nuevamente. En medio del tráfico el taxi seguía inadvertido. A eso de las dos de la tarde, la camioneta se detuvo en un motel de la carretera Nacional. El taxi se detuvo en el restaurante un poco más adelante. Había tiempo suficiente para comer a gusto. El viejo no escatimó nada, tenía tantos antojos de la comida de su tierra, que fue generoso con el taxista.

Tres horas después la camioneta azul seguía en el motel.

—O se durmieron o este animal toma alguna cosa. Nadie aguanta tanto rato con una puta por buena que esté.

El taxista soltó una risa brutal.

—Ah qué, don Lalo. Es joven el hombre, extraña su tierra. Entiéndalo.

—Está cabrón el peladito. Ya estoy cansado de esperar y él dándole gusto al cuerpo.

—Se me hace que es envidia lo suyo.

—No te extrañes, amigo. A mi edad, con los recuerdos tengo.

—También ha de haber tenido sus cosas de joven.

—Con mi profesión en esos tiempos, uno le daba gusto a la carne tierna, claro que sí. Abusamos de muchas jóvenes que torcían el camino. Una acostada y quedaban libres. Pobrecitas —confesó con rudeza el antiguo policía.

Una hora después salió la camioneta. Pasó al lado del taxi y enfiló rumbo a Santiago. Dejó a la muchacha y partió solo sin rumbo aparente. Giró en redondo en la carretera y a pocos kilómetros se detuvo en el entronque de una ruta vecinal que subía la sierra. Ahí apagó la camioneta. El taxi pasó a su lado. Dos kilómetros más adelante dio vuelta en redondo y cuando vieron la camioneta unos cientos de metros más adelante, se detuvieron también. El viejo sacó unos pequeños binoculares y esperaron.

Quince minutos después, un auto de alquiler bajó a alguien que saludó a Rodrigo efusivamente. Juntos en la camioneta enfilaron la ruta vecinal. El taxi partió detrás de ellos manteniendo una prudencial distancia.

La tarde caía, el sol se había escondido detrás de los cerros. Así que, aunque quedaban unas dos horas de luz, el sol no sería testigo de nada. El taxi pasó al lado del par de hombres charlando a la entrada de una propiedad con un nombre en la puerta, “Don Alejo”. El viejo anotó el nombre y disimuladamente sacó una fotografía con su celular al par de hombres. Luego se perdió en el camino rumbo a la ruta. Pidió al chofer que lo llevara a la central de Autobuses y, a pesar de estar muy cansado, compró un boleto para salir el domingo temprano y cruzó al hotel Fastos.

Sus sentimientos eran confusos. Por un lado creía tener lo suficiente como para saber que el tal Rodrigo “le jugaba chueco a la familia”, aunque no sabía qué tanto por ahora; por otro lado le incomodaba el dolor que, seguramente, causaría a los padres.

La llamada la sorprendió. No esperaba que el viejo le hablara hasta el lunes, por lo menos. Pero ese domingo en la tarde vio el teléfono de don Eduardo en su pantalla; estaba con sus hijos, así que no contestó. Esperó un momento y subió al baño, en el segundo piso. Julián estaba con su padre y sus hermanos en el parque, y Rodrigo debía estar de regreso en ese momento.

—Bueno, no le pude contestar, estaba con mis hijos.

—Claro. Estoy de regreso en Laredo.

—¿Cómo le fue?

—¿Puedo verla mañana en la tarde?

—Sí, ¿en el mismo sitio?

—Ahí estaré.

Colgó. Una sensación extraña invadió su estómago. Estaba segura de que su intuición no le había fallado, de lo contrario don Lalo hubiera estado más relajado y no tendría ni necesidad de verla. Suspiró hondo para tranquilizarse y bajó con sus hijos. No quería pensar, así que los animó a salir todos al parque. Pasó con ellos frente a su familia antes de dirigirse a los juegos. La sonrisa de su padre mientras hablaba con sus hermanos la entristeció. Lo que menos quería era causarle un dolor a ese hombre.

Don Lalo parecía haber ido a su tierra a recoger años y no información. María lo vio entrar, no con la jovialidad de los años viejos de la primera vez, sino con el cansancio de la desilusión. La saludó con un beso en la mejilla después de quitarse el sombrero. Se volvió a calar el mismo, que tapaba una cabeza

blanca con una calvicie avanzada. Se sentó en la mesa a su lado. La charla debía ser muy discreta porque la información era muy valiosa.

La mesera les trajo café.

—Me da miedo preguntar —admitió María para intentar sacudirse el miedo a saber.

—Créeme que me hubiese gustado mucho traerte otro tipo de noticias.

—¿Comprobó mis sospechas?

—Lo que se dice comprobar totalmente, no. Pero sí vi lo suficiente como para decirte que no andas equivocada.

Cuándo el viejo terminó de hablar, María estaba convencida de que había algo, por demás, turbio.

—Bueno, para ser el primer día, no estuvo nada mal —dijo la mujer en un tono amargo.

—Obviamente el que haya ido a ver un terreno no tiene nada de malo, salvo los antecedentes planteados por ti. Por cierto, saqué fotos al posible intermediario o comprador, no sé quién es.

Puso las tres fotos sobre la mesa. Una un poco movida, las otras dos bien claras, en las que se apreciaba el nombre del lugar claramente y los rostros de ambos hombres.

—Don Alejo —leyó la mujer.

—¿Sabes dónde está?

—No. No me suena el nombre. Y la foto no ofrece un fondo como para ubicarse.

—Lo siento, pero te hice un mapa de dónde está ubicado. El punto de salida en la ruta y cuántos kilómetros hacia adentro y otros detalles que te ayudarán a encontrarlo.

Completamente ignorado, el café se enfriaba.

—Bueno. Es suficiente para seguir, poco para acusar —reconoció María—. ¿Qué sigue?

—Bueno, niña. Yo estuve pensando sobre el asunto. Lo ideal es saber a nombre de quién está el terreno.

—¿Cómo se hace eso?

—En el Registro Público de la Propiedad.

—¿Y se llega, se pregunta y listo, acaso?

—No. Esas respuestas cuestan. —El hombre la miró a los ojos significativamente y ella asintió. Ambos sabían a qué se referían.

—¿Cuándo puede ir a averiguarme eso?

—Si usted dispone, puedo salir mañana mismo. Me ha rejuvenecido este encargo, aunque me vea cansado del viaje. Puedo pasarme allá una semana investigando.

—Organícelo entonces. Le voy a dar algo de dinero ahora mismo y, si necesita más, sólo dígame adónde le deposito.

—Mire, esta es la tarjeta de crédito que uso. Si algo se me atora le hablo y le pido que me deposite ahí directamente, ¿de acuerdo?

—Claro. Miré, sé que sobra la recomendación, pero cuídese.

—Soy zorro viejo, María, no te preocupes por mí.

Lo abrazó. Los cafés quedaron sin tocar en la mesa.

Rodrigo le contó a María que había dejado los paquetes, que la empresa andaba bien y que había regresado gratamente sorprendido porque el personal parecía trabajar mejor sin ellos.

—¿Estuviste un ratito? Llegaste como a las nueve y media, supongo.

—Llegué a las diez, hermana. Estuve hasta que cerraron, después me quedé charlando con algunos choferes. Ya ves que con ellos se saben cosas que en la oficina, a veces, ocultan. Y atardeciendo me fui a un hotel. El domingo cuando me desperté me vine.

—¿Había mucha fila en la frontera? Llegaste a las cuatro de la tarde.

Él la abrazó y le susurró al oído.

—Preguntas demasiado. Ya ves la mujer que me cargo, déjame respirar.

—Baboso. Pórtate bien —su tono no dejó traslucir reproche alguno.

—Lo intento. Te juro que lo intento.

Le dolía el estómago de reprimir tanta pregunta y tanta rabia contenida. Debía de estar muy segura antes de hablar. No solo se jugaba su propio prestigio dentro de la familia, sino que el dolor que iba a causar sería mucho más profundo y duradero que los mismos secuestros. Le sonrió mientras le pellizcaba el brazo con fuerza.

—Aprovecha mientras puedas. Eres joven aún.

—Y bello.

“Y un perfecto sinvergüenza”, pensó su hermana.

El empleado de la oficina del Registro Público de la Propiedad no tuvo empacho en soltar información saltándose todos los protocolos legales para

hacerlo. Una buena parte de sus deudas personales quedaría saldada con el ofrecimiento del viejo, sentado ahora enfrente, leyendo algo. Tras poco más de dos horas había sacado tres expedientes recientes a nombre de Rodrigo Cantú. Como no se podían sacar del sitio, solo permitió que el hombre sacara copias de algunas páginas específicas y luego regresó todo a su sitio. Contó el puñado de dólares y sonrió satisfecho antes de regresar a su despacho.

El viejo salió despacio, con una carpeta bajo el brazo. Tomó un taxi frente a las oficinas y pidió que lo llevaran al hotel donde se hospedaba. Sabía que tenía más de lo esperado; los años le daban la paciencia para esperar a llegar a su cuarto y analizar todo al detalle. Hasta se dio el gusto de pasar primero al comedor y calmar el hambre.

—Vaya cabrón, éste. Esto va sacar ampollas por todos lados.

Como buen zorro viejo, sacó el teléfono del taxista que lo había ayudado a seguir a Rodrigo la primera vez y le dijo que lo quería en el hotel por un día, a partir de las nueve de la mañana. Después de eso, sacó otro juego de copias, los puso en paquetería a su propio nombre y lo envió a su casa en Laredo. No quería perder esa información; no era un hombre de computadoras y esas cosas modernas. Durante la tarde disfrutó de la plaza frente a Palacio de Gobierno y le dio una vuelta al museo Marco, más para acortar horas que por su atracción a estos lugares.

“No sé nada de pinturas, ni de arte. Nomás por andar y ver un poco esta ciudad, tan cambiada con los años.”

Al borde de las ocho de la noche marcó a María. Como no obtuvo respuesta apagó su celular, la televisión, luego la luz, y se durmió.

Sintió vibrar el teléfono. Su padre a la derecha y los hermanos alrededor evitaron que contestara. La charla era sobre los negocios y un pequeño informe sobre la visita de Rodrigo a la empresa. María parecía distraída.

—¿Dónde andas hermana?

—Lo siento, Saúl. A veces me entra la nostalgia, más cuando se ponen a hablar del pueblo y la gente de allá.

—A todos nos pasa, pero si nos dejamos llevar por los sentimientos, nunca nos adaptaremos a este país.

—Ni siquiera estoy segura de querer adaptarme a esto. No es lo mío.

La charla de negocios derivó en los problemas que afectaban a cada familia. En general, los niños y los jóvenes extrañaban; pero tras año y medio estaban

medianamente acoplados a la nueva sociedad. Las mujeres parecían estar más cómodas que los hombres; estos extrañaban más a sus amigos y sus reuniones en su pueblo.

—Rodrigo, tú que anduviste allá —inquirió Ana—, ¿sigue igual de peligroso o podemos darnos una vuelta de vez en cuando? Extraño a mis amigas.

El hermano menor tomó uno de esos aires de líder que hacía que los demás cerraran sus bocas y abrieran los oídos.

—Si hacemos caso a lo que se oye en la calle, yo les diría que, por ahora, ni lo piensen. Ahora, el gobierno dice que la tendencia en los delitos, sobre todo el secuestro, va a la baja.

María sentía seca su boca. Guardó silencio.

—¿Y quién nos podrá decir cuándo podemos dar una vuelta? No podemos tener tanta mala suerte, que alguien nos esté esperando al cruzar para levantarnos. Tú fuiste y viniste sin problema, lo has hecho varias veces —presionó nuevamente Ana.

—Sí, hermana, cambio mi camioneta nueva por una de tercera al cruzar. Eso da cierta invisibilidad.

Ana se puso de pie.

—Aunque sea en autobús voy a organizar darme una vuelta por la casa y ver amigas. Estoy harta de ver solo la cara de mis hermanos, cuñados y de las madres de la escuela de mis hijos. Harta.

Un murmullo recorrió la sala después de que ella exteriorizara sus sentimientos que eran, en general, el común denominador en todos. Rodrigo intentó calmarla.

—Hermana. No nos falta nada aquí. ¿No te da miedo perder todo por un antojo?

—¿Un antojo? Tengo muebles nuevos, no me abrazan cómo mis amigas; tengo televisiones inmensas, no me divierten como mis amigas; tengo toda la comida que deseo y más, no el sabor de mi pueblo. ¿No entiendes que el dinero no compra un lugar para ser feliz?

El llanto de Ana inundó la sala. María se paró a abrazarla y sentarla con ella.

—A veces, hermano, solo a veces, hay que ser más sensible.

Rodrigo se encogió de hombros y abrió sus manos a todos.

Era evidente que de un momento a otro habría una rebelión en la familia, una estampida hacia el pueblo. Y que nadie podría detenerla. Ni las comodidades, ni la seguridad de la ciudad, ni los autos nuevos... Ni siquiera la aparente

adaptación de los hijos iban a lograr que los mayores pensaran en dejar de visitar su tierra y sus amigos. María observaba a su hermano. Perdía el control.

SORPRESA ANUNCIADA

María estaba atontada. Oía a don Lalo y sentía que sus pies se elevaban y su mente se despertaba de un sueño profundo y desagradable. Ahora iba con el taxi a ver las propiedades en forma personal, no quería dejar cabo suelto alguno. Le contó que las propiedades eran tres y que había detalles que no quería decirle por teléfono. Quedaron en que ella le depositaría quinientos dólares al día siguiente en su tarjeta para gastos extras, y el siguiente domingo se verían en la mañana. Cambiaría su ida a misa, por ver al viejo.

El dolor parecía provenir de su corazón mismo. Necesitaba hablar con alguien, ¿pero quién? Pensó en cada uno de sus hermanos y hermanas; confiaba en todos, en que la entenderían y le agradecerían al final. Pero debía ser cautelosa en extremo. Había buscado pruebas contra su hermano y ahora buscaba la forma de mantener su integridad física. Porque si alguno decidía meterle un disparo, no podría decir que no tuvo razones para hacerlo. “Yo no tendría valor, pero de alguno de mis hermanos... no estaría tan segura.”

Pensando en eso, salió de la casa y se dirigió a un pequeño supermercado. No necesitaba muchas cosas, lo que necesitaba era recuperar su control. Estaba con la adrenalina a flor de piel y ahora más que nunca requería de estar calmada y en equilibrio interno. Pensaba en la reacción de sus padres cuando se enterasen. Y de otra idea que traía en mente.

Eduardo bromeaba con el taxista. Después de la primera vez, en la que había sido generoso con su propina, ahora había nacido entre ellos una especie de camaradería de espías.

—A ver viejo, cuéntame —se atrevió a preguntar el pelado aprovechando la confianza—. ¿Quién es ese cabrón que seguimos la vez pasada?

—Tú maneja. Para eso te pago; para hacer preguntas tengo mi clienta.

—Viejo renegado. ¿Qué tal si me meten un balazo por andar de James Bond con usted?

—Cállate ya. Eres malo para manejar, no te imagino como espía —bromeó don Lalo.

—Está bien, está bien. Pero dígame, ¿buscamos dinero, droga o que pedo trae atorado la vieja esa?

El viejo miró afuera por la ventana del auto de alquiler. La sierra verde por las últimas lluvias se veía hermosa. Aunque la civilización la terminaría

alcanzando.

—Es una cuestión de familia. Una familia rica, con broncas tan grandes como su fortuna.

—Yo, por eso digo: mejor pobre, que a nadie se le antoje nada de uno. Porque todas las familias ricas terminan haciéndose pedazos por el dinero, ¿y para qué? ¿Se lo van a llevar a la tumba acaso? No, hombre, para dejarlo a hijos, yernos y nueras, que se lo acaban en dos patadas. Gente tan idiota, esa que se pelea con los suyos por dinero. Cuando uno se enferma no quiere dinero, viejo, quiere alguien que le agarre la mano en el hospital.

El chofer había tocado algunas fibras sensibles del viejo. La soledad en la que vivía le hacía pensar lo mismo, que cambiaría lo poco o mucho que tenía, por el sencillo abrazo de uno de sus hijos. O ver a sus nietos, algunos de los cuales ni conocía.

—Amigo, usted es una persona muy aburrida, no se calla para nada. Mejor cambie de tema, no me vaya a hacer encabronar, porque cambio de taxi —amenazó el ex policía

—No, señor, necesito mucho el dinero, así que mejor me callo.

El viejo siguió pensando en su familia dispersa, desunida. Él había sido el culpable, por andar de mujer en mujer sin respetar a la suya. Sus hijos se enteraron y no lo habían perdonado hasta ese momento. Su hija le hablaba cuando se acordaba. Pero la tristeza del viejo eran sus nietos, esa sangre que no conocía.

Al final llegaron a la primera finca. La conocía porque había tomado las fotos una semana antes. Ahora sacó más. Tranquilo, con una buena cámara, desde diferentes ángulos. Anotó varias cosas detrás de las copias que acreditaban la propiedad, pasaron a las otras dos, no muy distantes e, igualmente, bien ubicadas. Sacó más fotos mientras el chofer lo miraba hacer anotaciones. La tarde llegaba, el sol se había ocultado tras la sierra un par de horas antes.

—Vamos a la ciudad —ordenó.

—Sí, señor.

Despacio, con don Lalo metido en el fondo de sus pensamientos y con un taxista aguantándose iniciar una conversación cualquiera, el auto entró a la ciudad; lo dejó en poco más de media hora, en el hotel frente a la Central de Autobuses. Como la vez anterior pagó los servicios al hombre y agregó una propina. Una de esas propinas que garantizaba que, cuando le hablara otra vez, estuviese ahí en muy poco tiempo.

Cuándo pasó frente a la iglesia pensó que era quizá uno de los días de su vida en que más necesitaba algún tipo de consuelo o comprensión divina. Luego volvería

Cuándo entró al local, él ya estaba sentado en la misma mesa de la vez anterior. Se saludaron sonriendo. María vio que el viejo había recuperado el brillo de sus ojos y esa forma tan segura de moverse entre la gente. Pidieron un café, como siempre.

—¿Qué me tiene ahora, señor?

De una mochila negra a sus pies, el viejo sacó una carpeta amarilla y la puso sobre la mesa. María la abrió, comenzó a ver las copias. El viejo pudo advertir el cambio de color en su rostro. Estaba enojada.

—Por Dios, ¡qué descaró! El maldito escrituró cada propiedad un mes después de cada secuestro. ¿Debo pensar que cada una fue premeditadamente preparada para pagarse con el dinero de la familia después de hacer sufrir a todos cómo nunca?

El viejo sorbía café. Ella siguió observando. Dio vuelta a las hojas y revisó las anotaciones a lápiz en la parte de atrás.

—¡Qué poca madre de hermano me cargo! Supongo que estas acotaciones son las propiedades.

—Así es. No hice solo un paseo por la propiedad, hice un mapa con mi GPS de mano para que lo pudiera ubicar sin mi ayuda.

María sentía la adrenalina escurrir por los poros de su piel.

—Señor, ¿me puede decir que haría usted en un caso como éste? ¿Cómo castigaría a alguien de la familia sin destrozar a la familia misma?

El viejo pensó que, si supiera esa respuesta, no estaría viviendo solo como un perro.

—No tengo idea, niña. Ni la más mínima.

—¿Cómo probar que realmente fue él quien organizó todo?

—No lo sé, tenga cuidado. Usted se vería muy mal si acusa y no puede probar nada.

—Eso me queda claro. Debo pensar calmada.

—Muy calmada. Yo estoy para ayudarla; no sé si hay algo más que requiera.

—No lo sé. Ha sido usted muy amable y eficiente. Gracias.

Charlaron otro rato intentando encontrar alguna solución. Pero no parecía que hubiera forma de evitar que, cuando todo saliera a la luz, la familia

implosionara.

En la cabeza de María estaba floreciendo una idea que pasaba por acercarse hasta el pueblo, donde estaba segura de poder recabar la ayuda que necesitaba. Pero necesitaba que sus hermanos no supieran nada de sus planes. Esa noche habló con Julián.

—Amor. ¿Puedes cuidar a tus hijos tres días?

—Ah, tal vez, ¿adónde piensas ir? —quiso saber el marido.

—Mi amiga de la iglesia con la que tomo café, ¿recuerdas?

—Lupe.

—Ahá. Ella.

—¿Y qué os traéis entre manos? —bromeó Julián despreocupadamente.

—Va a San Antonio a ver a su hermana enferma. Me gustaría acompañarla, si no te importa. Así podría salir de la rutina de la casa. Al menos, tú andas con tus camiones y esas cosas —dijo cansinamente.

—Yo los llevo a la escuela, no te preocupes. ¿Cuándo quieren ir?

—Deja que hable con ella y a la noche te aviso. Gracias.

—Ahá.

Más tarde habló con Lupe y le dijo que saldría fuera de la ciudad, que por favor no le hablara a la casa, solamente al celular si algo se le ofrecía. Después pensó en que tenía que irse un día entre semana, porque las notarías trabajaban de lunes a viernes en México. Posteriormente habló con José Luis Vidal, un notario amigo, de confianza. No le dijo para qué lo necesitaba, pero sí le dio a entender que era importante y necesitaba discreción. La cita quedó concertada para el siguiente viernes a las cuatro de la tarde.

Esa noche le dijo a su esposo que se iba el jueves y regresaba el sábado. Todo estaba planificado.

—De acuerdo, así nomás tendré que encargarme de los niños dos días —respiró aliviado Julián.

—¡Qué flojo eres para cuidarlos! —le reprochó María—. Hay padres que se desviven por ellos.

—Para eso tengo una buena esposa —se defendió el hombre—. Nunca ha estado entre mis habilidades el dar vueltas por todos lados con niños —reconoció. Y luego se encogió de hombros.

Como corresponde a una familia que vive junta, que convive a diario y habla

de todo un poco, al día siguiente todos sabían que María salía de la ciudad por tres días.

—Quiero ir, estoy hasta la madre de esta ciudad. Hermana, por favor.

—Paty, tienes la oportunidad de recuperar a tu marido definitivamente en este momento. Dedícate a él.

Federico, el esposo de Paty, la menor de las hermanas, había confesado tener otra mujer y otro hijo fuera de su matrimonio. Paty no era de las que soltaban tan fácil sus propiedades, ni Federico de los hombres que soltaban tan fácil a una mujer con tantas propiedades.

—Lo sé, hermana. No hablo mucho por no fastidiarlos, pero estoy súper aburrida de esta maldita rutina. Quiero pedirle a Rodrigo que me lleve con él en un viaje a México. Ayúdame a convencerlo, hermana. Quiero ver a mucha gente.

María la abrazó y la dejó llorar sobre su hombro.

—Voy con una amiga de la iglesia. No te puedo llevar, ella va a ver alguien enfermo; no le puedo cargar a nadie, debes entenderlo.

—Lo entiendo, no estoy tonta —quiso aclarar Paty—. Pero seguiré haciéndole la lucha hasta que alguien se digne a llevarme al pueblo a dar la vuelta. Odio esto.

Más tranquilas terminaron planeando muchas cosas a futuro. Eran buenas hermanas, a pesar de la diferencia de edad entre ellas.

El autobús iba lleno. Mucha gente dejaba sus autos en México, por miedo; prefería usar los autobuses de línea, más lentos pero un poco más seguros. Iba leyendo una revista de chismes de la farándula, sintiéndose mal por no haber dicho la verdad a su marido.

“Entenderá cuando le explique, al final.”

Tres horas y media después rentaba un cuarto en el hotel, frente a la Central. Don Lalo se lo había recomendado. Se instaló en su cuarto y se puso cómoda. Se moría de ganas de hablar a las amigas, pasar a visitarlas, pero sabía que no era prudente. Podía echar todo a perder. Al siguiente día, viernes, se levantó tarde.

“Por Dios, que rico se descansa sin familia. ¡Qué falta me hacía un poco de soledad, charlar conmigo!”

Vio la televisión un rato, se bañó despacio y bajó al mismo restaurante del hotel, donde comió lo que más deseaba, un bufete de comida regional. Luego

un postre sin azúcar y subió de nuevo al cuarto. Faltaban dos horas para la cita y no estaba a más de quince minutos en taxi. Entonces se dio otro lujo, durmió una hora de siesta.

“Más vale que me regrese pronto, porque me puedo acostumbrar fácil a esto.” Preparó un borrador con los temas para hablar con su amigo el notario. Desde hacía dos o tres días estaba extrañamente calmada. Le asustaba la propia seguridad con la que había planeado las cosas.

“¿Qué pasa si mi hermano se entera que ando tras sus huesos? Me da miedo después de tanto daño que ha hecho. Es muy ambicioso, mal ambicioso.”

Salió fuera del hotel, tomó un taxi de la base cercana. Dio la dirección del notario por la calle Miguel Nieto y Matamoros y, en veinte minutos, estaba pagando el servicio. Entró al lugar, y tras cinco minutos de espera apareció José Luis, sonriendo.

—Tantos años, María. ¡Qué bueno verte otra vez! —saludó aparentemente alborozado el notario—. ¿En qué te puedo ayudar? Te oías tenebrosa por teléfono —quiso saber enseguida.

María lo saludó y paseó su mirada por el lugar. El notario entendió.

—Ven, pasa a mi privado. ¿Algo que quieras, café, agua? —ofreció obsequioso.

—Un vaso de agua está bien, gracias.

Dejaron abierta la puerta color verde del pequeño despacho. En dos minutos una asistente subió con dos vasos de agua fresca y regresó a su lugar después de cerrar la puerta. El notario, de anteojos y visiblemente pasado de peso, se arrellanó en el sillón de piel color rojo oscuro.

—Muy bien, amiga, adelante.

—Antes que nada, esto es tan grave que necesito sea absolutamente confidencial —advirtió María—. Te diría de vida o muerte.

—¿Andas en algo ilegal? —quiso saber el notario poniéndose a la defensiva.

—No, claro que no. Es un problema familiar, muy grave —aclaró contundentemente la mujer.

—Adelante, pues.

María tomó aire y arrancó su charla. Durante algo más de cuarenta minutos el notario se limitó a escuchar a su amiga. Ella no se detuvo, y al final preguntó:

—¿Has vivido antes un caso por el estilo?

El hombre se removió en su silla antes de responder.

—He visto muchas barbaridades por codicia. Pero esto sobrepasa mis

expectativas. ¿Por qué no lo denuncian?

—Primero, por nuestros padres. Presiento que esto les va a hacer mucho daño. En segundo lugar, creo que me importa más recuperar algo del dinero antes que vengarme de sus actos tan ruines, sería casi como ponerme a su altura.

—Está interesante tu postura, se oye inteligente. ¿Yo qué puedo hacer al respecto?

María se inclinó despacio hacia el notario.

—La idea es esta, escucha...

El autobús tenía un par de horas haciendo fila para ingresar a Estados Unidos. María estaba muy contenta. Su amigo no solo se había prestado a ayudarla, sino que había aportado muchas ideas para cerrar la trampa antes de que se escabullera la presa.

Al llegar le habló a Lupe.

—Lupe, ya regresé. ¿Crees que podemos vernos el lunes?

—Claro, mañana hay misa; si quieres, ahí nos vemos.

—Tengo un evento familiar importante, no asistiré. El lunes te hablo temprano.

—Por supuesto, suerte.

Entró a su casa y Julián se sorprendió.

—Hola, amor. Llegaron temprano, pensé era hasta la noche.

—No son agradables esos viajes a visitar enfermos.

—Lo sé. Fuiste buena amiga al acompañarla.

María tomó mucho aire antes de continuar.

—Te mentí.

Julián dejó de acomodar cosas en un mueble y giró a verla sin poder disimular su estupor.

—¿Cómo qué me mentiste? —balbució.

Ella lo tomó de las dos manos y lo arrastró hacia el centro de la sala.

—Fui a México.

—Te vas a reír de mí. —El marido sonrió con un punto de condescendencia—.

Cuando te fuiste pensé que eras capaz de escaparte a tu pueblo con esa excusa tan tonta.

—Lo siento. Te amo, pero necesitaba ir.

—Bueno, supongo todos lo necesitamos. ¿Pero por qué tanta urgencia?

—Me voy a bañar, voy a comer algo contigo fuera de casa y hablaremos.

—¿Malo?

—Mucho.

Besó al marido en los labios y subió las escaleras.

A las cinco de la tarde, con un poco más de hambre que de costumbre, entraron a un restaurante pequeño y acogedor cerca de casa. Durante el corto trayecto, él había pasado reporte de daños y gastos cuidando niños y ella reía ante las desventuras de su esposo.

Sentados, pidieron limonada y un par de hamburguesas con doble carne. Mientras las preparaban, Julián preguntó:

—¿Ya puedo saber?

—Julián, eres mi esposo y te amo mucho. No quiero que te metas en lo que te voy a decir. Vas a prometerme que, aparte de no decir nada a nadie por ahora, vas a aparentar que nada sabes —presionó María.

—Mucho misterio, cielo. —Julián comenzaba a incomodarse—. Sabes que puedes confiar en mí.

María agarró las dos manos de su esposo, lo miró a los ojos.

—Se trata de Rodrigo. Mi hermano.

—¿Tú hermano? ¿Qué sucede, él está bien?

—Sí, por ahora.

—Ya suelta. Deja el suspenso —apremió el hombre.

—Empiezo con dos verdades comprobadas. Primera, no hubo secuestro de Saúl ni del tío Edelmiro por parte de banda alguna.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

Ella ignoró las preguntas.

—Segundo. En ambos casos, el organizador de todo fue Rodrigo.

Julián estaba en shock.

—Eso no puede ser cierto.

Puso frente a su esposo las hojas garabateadas de don Lalo. Después de unos minutos, él abrió los ojos.

—¿Sacó dinero de la familia a través de dos secuestros, para comprar esas tierras?

—Así es —afirmó María con rotundidad.

—Mierda. Deja digerir esto antes de opinar; ni en las mejores telenovelas pasan éstas cosas.

María desenvolvía su hamburguesa. Olía bien.

Tras dos semanas sin verse tenían mucho que charlar. Lupe era una mujer con

una cultura general menos que regular, pero era alegre y positiva, algo que María necesitaba urgentemente. Tras los chismes de la iglesia y de la familia de cada una, la hija de los Cantú llevó la conversación adonde le interesaba.

—Oye, Lupe, ¿tu esposo se va a jubilar o no? ¿Cómo le fue en la venta de México?

—Al parecer los terrenos son lo que esperaba. Dice que espera acordar un mejor precio, pero como negocio, son negocio. No creas que me cuenta mucho detalle a mí. Nos llevamos muy bien, pero en los negocios no nos mezclamos mucho. Vino contento, dice que el dueño es joven, buen negociante.

—Ojalá y se les haga. ¿Si le paso a tu esposo la posibilidad de un cliente que tiene interés en comprar allá sin ir, crees que me dé algo por el chisme?

—Claro que sí. ¿De quién se trata?

—El cliente es muy amigo mío. Está dispuesto a invertir en todo aquello que en unos cinco años más valga el doble. Le hablé de tu esposo y se interesó. Si quieres, le vuelvo a decir; si se anima los presentamos, o a ver cómo le hacemos.

—Estaría bueno. Aunque no compre, el tener dos posibilidades abre la puerta a un mejor planteamiento. Mira, te voy a dar una tarjeta de mi marido. Toma.

—Jesús Merher —leyó María—.

—Es una buena persona, no le gusta engañar a la gente, por eso lo buscan inversionistas que quieren comprar sin que sepan quiénes son.

—Como en este caso, precisamente.

Obtenida la información que deseaba volvió la charla a las nimiedades locales y familiares.

En casa la esperaban Ana y sus padres.

—Hola familia. ¿A qué se debe que hayan venido de tan lejos a visitarnos? —saludó festiva.

Todos rieron. Ana se adelantó.

—Estoy decidida a volver al pueblo, le guste o no a Rodrigo. Los papás me apoyan, ¿tú qué piensas?

Dejó su bolsa de mano sobre la mesa y se sentó al lado de su hermana, en la sala.

—Que tienes mayoría de edad, eres casada y tu cabeza no está congelada. ¿Por qué no hacerlo? Claro. Con los cuidados que se necesitan. Ve en autobús, dile a alguna de tus amigas que te recoja en la central y diviértete tres o cuatro

días. ¿Qué dice tu marido?

—Bueno, no se lo he dicho. Es más fácil de convencer que ustedes.

María le sonrió mientras pensaba.

“Sí, claro que sí. Gato fuera, ratón de fiesta”.

—Nosotros también la apoyamos. No podemos vivir el resto de nuestras vidas sin regresar.

—Padres, ahora déjenla ir a ella, que traiga noticias frescas. En poco tiempo, iremos todos. Tienen razón, de que sirve vivir bien si no nos gusta con quién.

La charla se alargó por un par de horas, luego todos abandonaron la casa. Julián se había mantenido en silencio y sonriente.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —quiso saber el esposo.

—Aún no es el momento, paciencia.

—En tu otra vida has de haber sido un leopardo de la sabana, eres muy paciente para acechar las presas.

Le dio un beso, subió a su cuarto, encendió la computadora y sacó la tarjeta del marido de su amiga.

“¡Bravo! Todo arreglado”, exclamó al ver que la foto de su marido, era la misma que la que don Lalo le había proporcionado.

Julián apoyaba la idea de su esposa. Había entendido que la única forma de no hacer el ridículo con una acusación en el aire era haciendo todo despacio, bien hecho. Hablaría por teléfono con Jesús, el esposo de Lupe, y le pediría algo con las características de uno de los terrenos que Rodrigo vendía. Tal y como había planeado su mujer.

—Siento que engaño a mi amiga —dijo María en un tono de culpabilidad.

—Lo haces, la usas —admitió su marido sin hipocresía—. Cuando le expliques las razones, entenderá.

A las diez de la mañana del siguiente día, Jesús contestaba la llamada. Un amigo de una amiga de su esposa Lupe se había interesado en un terreno, quería ver que le podía ofrecer. Una hora después, María y Jesús observaban los mapas de la computadora su ubicación satelital.

—¿Cuánto pide por ellos?

—Ni idea. Háblale nuevamente y pregúntale.

Media hora después Julián silbaba viendo el correo del vendedor.

—Tu hermano iba camino de ser un potentado.

—¿Por qué dices?

—Invirtió dos millones y medio y pide ocho por los lotes.

—Guau. Tonto no es.

—Hasta que lo descubras —matizó Julián—; entonces sabrá lo tonto que fue.

María besó a su esposo en la cabeza, parada detrás de él, mientras el revisaba las cifras, sentado frente a la pantalla. Decidieron intentar la maniobra con el terreno más grande, marcado con el nombre de “Don Alejo”. Dejaron pasar unas horas y Julián hizo una oferta. Los negocios de bienes raíces solían tener muchos ceros y cualquier oferta podía tener dos o tres contraofertas para lograr el ahorro o la ganancia de miles de dólares. El vendedor dijo que tenía que consultar al propietario. Que le hablaría en un par de días. Llegaron a suponer que el vendedor no sabía que el dueño vivía en la misma ciudad. O tal vez que Rodrigo sí lo sabía. Resultaba interesante que Rodrigo se cuidase tanto de ser visto.

El día siguiente fue de ansiedad. Ahora la pareja estaba unida en desenmascarar al héroe de la familia. Julián había dicho inteligentemente.

—¿Qué tal si no actúa solo?

—Ninguno de mis otros hermanos puede pensar así.

—Eso decías de Rodrigo hace tres años.

Jesús llamó en la tarde del siguiente día a Julián. Le hizo saber que el dueño aceptaba su oferta, que cuándo se podrían ver para arreglar lo de la papelería y forma de pago. Le contestó que el cliente pagaría en una sola exhibición, frente al notario. Al otro día el vendedor volvió a llamar.

—Dice el dueño que no es posible vender a alguien sin conocerlo antes. ¿Cómo le podemos hacer?

—Dile al dueño que nos vemos cuándo él diga en la notaría número 30, con el licenciado José Luis Vidal. Ya he hecho tratos con él, que se comunique si desea antes, no quiero ir allá más de una vez. No voy a viajar a México solo a conocerlo. Es un país muy peligroso.

—De acuerdo. Déjeme hablar con el dueño.

—Debemos poner sobre aviso a José Luis. ¿Qué nombre daremos?

—Dile al licenciado que diga que un gringo petrolero le encarga siempre propiedades, que se apellida Red y nada más.

—Me gusta, cielo —exclamó regocijado Julián.

—Ve a hablarle antes de que se adelanten los otros.

María levantó el teléfono. Eran las cinco de la tarde, buena hora para

comunicarse con su amigo. Después de charlar por espacio de quince minutos, todo quedó listo.

—Julián, ¿ahora qué hacemos?

—Creo que tendremos que ir a México.

—¿A qué?

—A hablar con tu tío Edelmiro.

—¿Qué le diremos?

—La verdad, aunque nos avergüence a todos. ¿A quién más puedes hacer firmar en la notaría?

—No se me había ocurrido. Él es ideal, porque recupera lo que le quitó mi hermano y a mi hermano lo arreglan mis padres quitándole todo de la empresa.

—A tu hermano lo amenazamos con denunciar los hechos ante la ley y te firma lo que sea.

—¿Tú crees eso?

—Amor, por secuestro son cuarenta años a la sombra. Toda una vida.

—Esto huele mal.

—Y se pondrá mucho peor.

Al parecer, el vendedor había hablado con el licenciado, porque cuando llamó nuevamente a Julián, su voz sonaba excitada.

—Bueno, señor Red. Si está dispuesto a pagar al contado, el dueño también está de acuerdo. ¿Podría, en lo personal, conocerlo antes de ir?

—Ponga la fecha y la hora para vernos en esa notaría y de órdenes al licenciado Vidal para que tenga todo listo. Ahí nos conoceremos, señor.

—Bien, gracias.

—Ah, por cierto. Deje pasar esta semana, la tengo muy cargada.

Julián colgó el teléfono y miró a su esposa, que lagrimeaba en medio de una sonrisa. Se besaron largamente.

LA TRAMPA

El autobús a Monterrey se bamboleaba y arrullaba a los pasajeros. María dormía sobre el hombro de su esposo. Para el resto de la familia iban a ver unos camiones en Dallas.

Al llegar, cruzaron la calle para rentar un cuarto de hotel. Hecho esto, María

se puso ropa cómoda y fresca. Hacía calor. Julián también se vistió de forma que no llamara la atención en el mar de gente que rodeaba siempre la Central de Autobuses de la ciudad.

—Tenemos que localizar al tío Edelmiro. ¿Le hablamos?

—No.

—¿Por qué no?

—Déjame organizar esta parte, tú hiciste lo más difícil. No quiero dejar cabos sueltos.

—Bueno. ¿Taxi entonces?

—Taxi.

A las siete de la tarde, el taxi se detenía en la calle llena de curvas que llevaba a un paraje local de gran afluencia turística llamado La Cola de Caballo; era una cascada natural perenne, que por la forma de las rocas dispersaba el agua de tal manera que sembraba una cola de caballo bronco. Tocaron el timbre y la voz de la tía Carmen preguntó:

—¿Quién es?

—Soy María, tía, la de Aurora.

Después de un sonido ininteligible, pasaron dos minutos antes de escuchar el chirrido del candado del gran portón metálico, que no existía antes del secuestro de su esposo.

—Hola, ¡qué sorpresa, qué gusto!

Entraron por la puerta entreabierta y la tía cerró inmediatamente.

“Otro logro del chistecito de mi hermano”, pensó María.

Charlando y parloteando entraron a la casa dónde terminaron de abrazarse y empezar a preguntar por la vida de todos.

—¿Y cómo se vive allá, hija? —quiso saber doña Carmen.

—Pues nada nos falta y nadie es feliz, tía. Es la realidad —reconoció su sobrina.

—¿Cómo es eso?

—Todo podemos comprar, todo podemos tener. Pero sin un abrazo de los amigos, sin la lotería de las tardes, sin el café con las mamás del colegio estamos vacíos. No es agradable tía, nada agradable.

—Mira nomás, yo pensaba que cómo no venían la estarían pasando muy bien.

—No venimos por miedo. Si por mis hermanas fuera, ya estábamos todas aquí nuevamente.

—¿Y el tío? —cortó Julián.

—Ahora viene. Anda con Antonio en algo de unos fletes. No sé bien de qué se trata. Le va a dar mucho gusto verlos. ¿Se van a quedar muchos días?

—No tía. Solo lo necesario.

—¿Necesario para qué?

—Eh, asuntos, firmas de unos papeles. Una vuelta a la empresa...

—Tu tío te va a dar algunas noticias interesantes.

—¿Ah sí, se puede saber algo antes de que llegue?

—Supo que agarraron a dos de los que lo secuestraron, hija. Ya están en la cárcel.

María miró a su esposo y este se encogió de hombros.

—¿No les da gusto acaso?

Se sorprendió la anciana del poco entusiasmo de sus sobrinos.

—Tía, ¿cuántas personas vio el tío cuándo lo tenían encerrado?

—Bueno, él siempre habla de dos o tres, como mucho. Uno siempre estaba con él, otro que entraba y salía y alguien que nunca vio ni oyó, imagina que este era el jefe. Al parecer agarraron a esos dos primeros, por ahora.

—¿Cuánto hace de eso, tía?

—Cuatro o cinco días. Ya ves que los agarran, y nunca dicen ese mismo día, supongo para que suelten información antes de que los demás miembros se enteren de que los tienen.

Un ruido afuera de la casa, los interrumpió.

—Ahí viene vuestro tío. Dejen les abro. Ahora nos cuidamos mucho más que antes. Aprendimos la lección.

Los hombres entraron y saludaron efusivamente a la pareja.

—¿Por qué no avisaron de que venían? Les hubiéramos preparado algo rico de cenar.

—No tío, le idea no era molestar. Solo queríamos saludar y ver como estaban.

—Ay, hija, nuestras vidas cambiaron mucho. Ahora todo parece estarse calmando un poco. Al menos se oyen menos cosas; la verdad es que los federales le han dado una buena limpieza a la ciudad. La gente empieza a salir de noche, tú sabes, a los restaurantes y cosas así.

—Me alegra mucho eso, tío. Allá extrañamos como locos el pueblo.

—¿Supieron que agarraron a dos de los que me secuestraron? —dijo don Edelmiro mientras miraba a su mujer.

—Nos estaba contando la tía. Cuéntame detalles, por favor.

Disfrutaba mucho contando esa historia una y otra vez.

—Un día vinieron los federales, eran marinos. Nos dijeron si podía identificar a dos hombres como los que me habían secuestrado y, bueno, me llevaron a Monterrey; los vi, sin que ellos lo supieran. Los conocí enseguida, sobre todo a Iñiguez, Carlos Iñiguez. Era el que mandaba en la casa; a mí siempre me trató bien, la verdad. Buena comida, eso sí, amenazado siempre. Pero no hubo golpes, a eso le tenía terror yo.

—¿Y adónde los enviaron?

—Al penal de Cadereyta, el de alta seguridad.

—Vaya suerte, nosotros no sabíamos nada de nada. ¿Del dinero no dijeron nada?

—Dicen que lo gastaron, que compraron cosas y una buena parte la regalaron.

—¿Qué buenas personas resultaron! ¿Quién les cree eso?

—Nadie, la policía dice que pueden tardar mucho en encontrarlo o no hacerlo jamás. Que depende de lo que ellos digan.

—Los van a moler a palos, pero no les van a sacar nada.

—¿Por qué dices eso, María?

—Julián, entre esos tipos no está el jefe. Ellos saben que su única oportunidad de volver a ver la luz del día en libertad es aguantarse y después chantajearlo para que pague por su excarcelación.

—Suenan con sentido.

—Claro. Tío, ¿habrá manera de que uno pueda hablar con el tipo ese, Carlos?

—¿Para qué hija? Esa gente es basura, no te mezcles. ¿Qué ganarías?

—Quiero el nombre del jefe.

—Tú dices que el jefe los va a sacar con dinero; eso me pone nervioso, la verdad.

—Tío, si la policía encuentra algo de dinero, se lo va a robar. Si el jefe no hace nada por ellos, van a cantar y pronto estará haciendo compañía.

—Ay hija, piensas demasiado rápido para mis oxidadas neuronas.

María tenía claro que mientras Rodrigo no supiera que estaban encerrados, ella tenía un as bajo la manga. Debía actuar rápido.

—Tío, ¿podemos hablar a solas?

Carmen miró a su esposo y a Antonio, sorprendida.

—Sí, vamos a mi oficina. ¿Por qué no pueden oír ellos?

—Por su propia seguridad. Créame tío, después se enterarán de todo.

Sentados en las cómodas sillas de la oficina de don Edelmiro, María arrancó la charla, sin preámbulos.

—Tío, sabemos quién es el jefe de la banda.

—¿Lo sabes? —la sorpresa del anciano fue mayúscula—. ¿Y por qué no has ido a la policía?

—Porque de saberlo a probarlo hay un camino largo. Pero creo que, con esos pajarracos encerrados, tenemos una oportunidad de oro.

—¿Qué tienes en la mente?

—Tío, deme su número de celular. Mañana le vamos a hablar con Julián, esté listo para viajar a Monterrey; que lo acompañe la tía y Antonio. Posiblemente pasado mañana tenga que ir.

—¿Quién es el jefe? Tengo derecho a saberlo, fui su víctima —reclamó el anciano.

María tragó saliva antes de hablar.

—Rodrigo, tío. Mi hermano menor.

—¿Cómo? —el anciano no daba crédito.

María tomó las manos del viejo.

—Tío, confíe en mí, por favor, y ni una palabra a los demás. Solo cuarenta y ocho horas.

Don Edelmiro parecía haberse hundido en el sillón. Ppensaba en su hermano.

—¿Saúl lo sabe?

—Por el momento solo usted y nosotros dos. ¿Entiende lo del silencio?

—Por Dios. ¿Cómo es posible tanta maldad con la propia familia?

Abatidos, salieron a la sala. Don Edelmiro trató de disimular lo mejor que pudo.

—A ver hijo, pídete unos ricos tacos con salsa roja y ve qué toman Julián y María. La familia es lo primero, siempre.

Carmen no hizo pregunta alguna. Si hubieran querido que supiera cosas, la habrían invitado antes. Era discreta y sabía que eran cosas importantes.

La cena transcurrió entre risas, chistes, historias de la adaptación de la familia a una nueva cultura y el rechazo generalizado de los adultos a la misma.

—Bueno, parece que se ve luz al final del túnel.

—Sí, tío. Así es. Va a haber un período de turbulencia, pero luego vendrá una paz total. Por Dios que sí.

Cerca de las doce de la noche, decidieron que era hora de irse al hotel. Tal como habían supuesto, los obligaron a quedarse con ellos. Estaban cansados del viaje, de la charla por horas con su tío. Así que aceptaron la invitación y casi sin mediar palabra, el matrimonio durmió de un tirón hasta pasadas las

nueve de la mañana.

Habían desayunado con sus tíos y ahora Antonio los dejaba en el hotel. Se despidieron y entraron al cuarto.

—Ahora sí, un buen baño y a cambiar de pañales.

—Antes, amor, habla con Jesús. Dile que precisamente mañana y pasado, por cuestiones de negocio, vas a andar en Monterrey, que te parece bueno cerrar el trato de una vez.

—¿Qué traes entre manos?

—Un as.

Julián hizo la llamada. El vendedor no pudo ocultar su alegría. Olía los billetes de la jugosa comisión. Una hora después, regresaba la llamada.

—Mi cliente puede estar en la notaría mañana en la tarde. ¿Le parece bien a las cuatro? —Perfecto. ¿El notario tendrá todo listo para esa hora?

—No se preocupe por eso. Nos encargaremos de que sí.

Cortada la llamada, María avisó a su tío y su familia, que debían estar en la notaría al otro día a las tres de la tarde. A pregunta expresa de por qué, ella le dijo que era absolutamente necesario, que no se arrepentiría de hacerlo.

—Voy a confiar en ti.

—Gracias, tío.

Esa tarde de miércoles caminaron por la ciudad. Fueron al cine y cenaron cabrito en un restaurante de la avenida Constitución. Despacio, disfrutaron el platillo y la bebida. María estaba en un estado de ansiedad total y Julián quería saber qué se traía realmente entre manos. Pero ella no soltaba prenda. Al final regresaron al cuarto, sin hijos que pudieran interrumpirlos y dieron vuelo a una pequeña luna de miel. Se durmieron hasta bien entrada la madrugada.

Desayunar no es la palabra adecuada, porque se levantaron a las once de la mañana. Después de un baño y ponerse ropa limpia, bajaron al restaurante del hotel, donde disfrutaron de un machacado con huevo y frijoles bayos. Pequeños placeres que extrañaban demasiado.

—Ni tiempo de esperar tuvimos, ya van a ser las dos, Julián. Vamos a prepararnos, cité al tío a las tres en la notaría.

—Ellos vendrán a las cuatro, ¿Por qué hiciste eso?

—Hay que practicar el libreto. Si no el show puede no gustar al público.

Riendo, pero nerviosos, llegaron a la notaría. José Luis los esperaba.

—Hola, ¿cómo están?

—Bien, gracias. ¿Todo listo?

—Sí, ayer me hicieron llegar la papelería necesaria y las escrituras están listas. ¿No tienes miedo?

—No. Bueno, sí, un poco.

—Contraté a una persona de seguridad, por las dudas. Cargado a tu cuenta.

—De acuerdo.

Quince minutos después llegó el tío Edelmiro con Carmen y Antonio.

—Bueno, ¿alguien nos va a decir de que se trata esto?

—Tío, usted viene a comprar una propiedad.

—¿Hija, estás loca?

—Un poco nada más. Le explico. Siéntense.

Ahora sí Carmen y Antonio supieron toda la verdad. Horrorizados, no podían creer lo que escuchaban. Cuando María terminó de ponerlos al tanto, los dos viejos lloraban.

—¿Tiene miedo, tío?

—Sí, pero no me rajo. Creo que tienes un buen plan. Vamos para adelante.

El notario metió a todos en un cuarto con una mesa de ocho sillas. Esperarían al vendedor y al intermediario. La persona de seguridad, de traje, parecía un ayudante más de los varios que deambulaban por las diferentes oficinas. La espera era estresante, Carmen sudaba a pesar del fresco aire y Don Edelmiro no dejaba de acariciarle su mano sobre la mesa. Julián se había sentado enfrente de María; quería tener el control de la situación si Rodrigo se ponía rudo.

Faltando quince minutos para las cuatro, un vehículo se estacionó afuera. Carmen se persignó y María también. Ruido de puertas y saludos. Falsa alarma. Pasaron a otra oficina, eran otros clientes.

El tío pidió pasar al baño, el miedo le hacía cosquillas en la vejiga. Regresó y ocupó su lugar. Faltaban cinco minutos. La tensión era palpable, nadie hablaba; el notario estaba abajo, tal como lo había acordado con María. Él también se jugaba su prestigio, hasta su licencia, pero conocía a la familia y estaba dispuesto a ofrecer su mano para darle una dura lección al pequeño de los Cantú. A las cuatro de la tarde, un reloj cucú de pared hizo su sonido característico. Carmen brincó en su silla, estaba aterrada.

Antonio la abrazó y la besó. Era un hombre alto y fuerte, sin carácter,

seguramente si había algún conato de violencia sería el primero en correr. Pero estaba ahí, apoyando a sus padres. Entre los dedos de María, un sobre con dos hojas se humedecía con su sudor.

—Ya son las cuatro y cuarto. ¿No se arrepentiría?

—Demasiado dinero para no arriesgarse. No debe de tardar.

Inmediatamente después de esa conversación un vehículo se estacionó afuera. La voz inconfundible de Rodrigo al saludar puso la piel de gallina a todos. Oyeron los pasos en la escalera. El ayudante de la notaría dejó los papeles que tenía en la mano y se quedó parado detrás de la puerta de acceso.

El tráfico de Monterrey era impredecible. Había salido sin permiso de los hermanos, cosa que le favorecía, pero cuando llegaron a la frontera, el amigo que le prestaba su vehículo no estaba, así que después de localizarlo por teléfono esperaron casi una hora hasta que llegó. No hubo tiempo para explicaciones.

—Una emergencia en patios, mañana te cuento.

El amigo solo había estirado la diestra con la llave de la camioneta y habían retomado el camino. Venían con el tiempo medido, Jesús se agarraba del borde del asiento, a pesar de venir bien amarrado al cinturón de seguridad. Pasaron la aduana sin problema alguno, la camioneta iba vacía. Pagaron la caseta. Unos pocos kilómetros más adelante un federal de caminos los detuvo. Cuando le dio el nombre del comandante Ferrigno como su amigo, el oficial devolvió los documentos y le sugirió manejar a menor velocidad. Jesús estaba encantado al principio, después vio el tacómetro marcando ciento sesenta kilómetros por hora y empezó a sudar nuevamente.

Al entrar a la ciudad, el tráfico era un caos.

—Tranquilo, Rodrigo. No vamos tan tarde.

—Eso gringos ricos son necios. He visto caerse mejores negocios porque una de las partes llega diez minutos tarde.

El vendedor no dijo nada. Su comisión también dependía de la velocidad. Se encomendó a su Dios y apretó hasta el alma cuando la camioneta se pasó un par de semáforos en rojo. Al fin agarraron la calle Miguel Nieto y en pocos minutos estaban estacionados afuera de la notaría. Eran las cuatro con catorce minutos.

El notario saludó a Rodrigo y a Jesús, les dijo que pasaran a la sala cuatro, que el comprador esperaba. Vio la cara de alivio de Rodrigo cuando oyó sus

palabras. Subieron pisando fuerte las escaleras, viendo en las puertas verdes de madera los números que indicaban la sala.

—Cuatro, aquí están —dijo Rodrigo persignándose antes de entrar.

Rodrigo abrió la puerta y cedió el paso a Jesús, que sonreía.

Luego entró dando la espalda a la mesa para cerrar la puerta. Pasó su piel a color rojo en primera instancia y a ceniza después. Jesús lo observaba un poco sorprendido.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —balbuceó Rodrigo, temblando visiblemente.

María se puso de pie. Sonriendo se acercó, lo besó en una mejilla.

—Hola, hermanito, siéntate aquí, por favor.

Obedeció desconcertado. Sus rodillas temblaban.

María acercó las escrituras del terreno, sonriendo, y clavó sus ojos en los de su hermano.

—Vienes a firmar esto, ¿verdad?

—No entiendo nada. ¿Alguien me puede explicar? —Rodrigo recuperaba el control de su ánimo.

—Claro, hermano. Te explico. El señor de allá es don Edelmiro Cantú, el comprador, junto a su esposa e hijo. Tú eres el vendedor del terreno, ¿de acuerdo? Ahora solo falta que firmes, ellos firmen y el terreno pasará a sus manos.

Rodrigo alejó las escrituras de sí.

—Están locos. ¿Quién va a pagar?

—Ay, hermano, qué mala memoria tienes, de veras. ¿No recuerdas el dinero que te dio mi tío hace... cuánto hace tío? Ya me acordé, hace dos meses más del día en que compraste este terreno. ¡Qué olvidadiza soy, Dios mío!

El sudor corría por el rostro de Rodrigo y Jesús no entendía un carajo.

—No firmaré nada. Me voy de aquí —dijo poniéndose de pie.

María agitó el sobre amarillo de su mano.

—¿Has oído hablar de Carlos Iñiguez?

Se detuvo en seco.

—Siéntate hermanito, por favor, queda charla por delante.

Más que sentarse, se derrumbó en la silla. Jesús seguía sin agarrar nada de la conversación. María disfrutaba, su miedo había quedado atrás; era ama y señora de la situación. Julián sonreía encantado con el giro de los acontecimientos.

—¿Agua, hermanito? Te ves acalorado —sin esperar a que respondiera, prosiguió—. En éste sobre está la declaración del señor Carlos que, muy amablemente, bueno, con cierta ayuda, digamos, poco amable, nos regaló. Él está ahora protegido digamos, por personal nuestro, mientras avisamos que tu firmaste para dejarte ir y a él también, claro.

—¿Cómo mierdas sé yo que no me mienten?

—Sin malas palabras, por favor, respeta. Mamá nos enseñó a respetar, no lo olvides. Por otro lado, hermano, no lo sabes, podemos mentir o no. Pero dime, ¿Cómo sabríamos nosotros ese nombre? ¿O sobre los tres terrenos que compraste después de tus tareas, por así decirlo? Piensa, tienes diez segundos para pensar.

—¿Y si no firmo?

—A ver usted, que sabe de leyes —se dirigió al asistente encubierto—. ¿Cuántos años son por secuestro?

—Cuarenta, sin derecho a fianza durante todo el proceso —informó glacialmente el hombre.

—¡Qué horror! Imagínate a tus hijos sin ver a su padre tanto tiempo. Bueno, Claudia me lo agradecería, claro que sí.

Rodrigo puso su rostro entre las manos y no pudo contener el llanto. Todos guardaron un respetuoso silencio. Hasta que María lo interrumpió.

—No quiero sacarte de tus lamentaciones, hermano. Pero la notaría cierra a alguna hora, debemos irnos. Firma por favor.

—¿Y si después de firmar me denuncian?

—La verdad, cuando nos enteramos de todo fue nuestra primera intención. Pensé en nuestros padres, ya viejos. Una cosa es que te corran de la casa, otra que sepan que te estás pudriendo en la cárcel. ¡No puedo imaginarme un tipo como tú, joven y bien parecido, siendo abusado por esos malvados, que asco! Con la manga de la camisa, secó los mocos de su nariz y arrastró las escrituras. Tomó una pluma que le ofreció Julián firmando todas las hojas de la escritura. Después se puso de pie, mirando a todos antes de salir. Y se fue seguido de su corredor de bienes raíces.

La maceta de la salida del pasillo voló en pedazos cuando una bota vaquera de más de trescientos dólares la reventó contra la pared. Se subió a la camioneta sin esperar a que Jesús se subiera y arrancó dejando una larga raya doble de color negro sobre el pavimento.

—Magistral, María. ¡Qué forma de minimizar a ese tipo!

Estaba satisfecha, pero muy lejos de ser feliz. Había recuperado el total de lo que su tío había pagado por el rescate. Había cerrado todas las puertas a su hermano, que ahora era una fiera acorralada.

—Bueno, tío, ahora firme usted y la tía donde les corresponde.

El notario apareció y miró al falso asistente. Éste se inclinó levemente y salió de la sala.

—Por lo que sé todo salió muy bien.

María le dio un beso y le tomó sus manos.

—Sin tu colaboración no hubiera sido posible. Te debo una.

—No me debas nada, antes de salir me pagas y todo arreglado.

Rieron. Una asistente tomó el expediente de las escrituras para darla de alta en el Registro Público de la Propiedad.

—¡Esto merece una buena cena y yo la voy a pagar!

—Tío, aceptamos, pero apenas son las seis de la tarde.

—Bueno, ¿qué hacemos entonces?

—Vamos afuera. Quiero aire puro. Estoy saturada de adrenalina.

—Lo manejaste tremendamente bien —dijo Julián con admiración—; parecía una obra de teatro.

—¿Parecía? ¿Tienes idea de cuánto coraje, rabia y dolor se junta en meses de saber que tu propia sangre te arruinó la vida? ¿Que gracias a su codicia, tus hijos se separaron de la tierra que los vio nacer? —María tomó aire y abrió la puerta—. Ahora me siento libre como un camión cuando deja su carga al fin. Aunque esto apenas empieza.

—¿Y cuándo descubra que el tal Carlos está en la cárcel?

—Se preocupará porque sabrá que sabemos adónde lo guardan y no tendrá dinero para ayudarlo, lo que seguramente hará que ese pájaro deje su silencio por conveniencia.

—Todavía tiene los otros terrenos.

—No tiene nada, lo sabe. A la hora que yo lo decida tiene que venderlos a quien yo diga.

La charla terminó al ver a Jesús en la esquina, visiblemente desorientado.

—Háblale a ese pobre hombre.

—María, es el socio de tu hermano.

—Nada de socio, es otra víctima.

—¿De tu hermano?

— Mía.

Rodrigo se había puesto una de esas borracheras de juventud. Estaba desesperado, sabía que a la hora que ella quisiera tendría que soltar todos sus mal habidos bienes para mantenerse libre. La sola idea de poner un pie en un lugar de esos lo aterraba. Como había sentenciado su propia hermana, un chico joven y bien parecido entre maleantes... No lo permitiría. Nunca.

Tarde, la camioneta azul se estacionaba frente a una casa blanca pequeña, en el pueblo de Santiago. Tocó la puerta dos veces, hasta que vio encenderse una luz interior. Un hombre de unos treinta y cinco años salió, vestido solo con un pantalón vaquero.

—¿Qué busca aquí? —dijo el hombre de malos modos.

—A mi amiga Lolis.

—Estás demasiado borracho, mejor vete de aquí. No vuelvas a poner un pie en ésta casa nunca.

—Es que ella me puede ayudar, lo sé.

El hombre bajó un escalón y le puso el dedo en el pecho, amenazador.

—O te largas ya, o no te va a gustar lo que sigue.

—¿Y tú quién eres?

—Yo vivo con Lolis desde hace meses. Es mi mujer.

—Ah, que... mi Lolis, otra puta con suerte.

Le dolía la cabeza. Estaba acostado boca abajo y sentía el sol en la espalda. Oía algo rancio, supo que estaba orinado. Y el sabor dulce en la boca, sangre. Como pudo se incorporó. En ese momento una patrulla se estacionó al lado de la camioneta.

—¿Qué le sucede, amigo?

La voz autoritaria lo acabó de despertar. Medio se sentó, supo que estaba en la caja de su propia camioneta. Estaba orinado y evidentemente golpeado.

—¿Quién le puso es friega, se acuerda?

Miró hacia la casa, a menos de veinte metros. Lolis lo miraba por la ventana.

—Me caí oficial. Me caí de las escaleras.

—¿Y en la rodada cayó arriba de la caja y se lastimó la ceja, los labios y el oído?

—¿Tan mal me veo?

—Vamos a llevarlo a la comisaría, cierre su camioneta. No puede estar así en

la calle.

—Espere, espere, por favor —suplicó—. Solo necesito un buen baño, nada más. Mire, vivo aquí cerca, déjeme ir a mi negocio y ahí me baño.

—¿Negocio? ¿Y usted quién es?

—Rodrigo, Rodrigo Cantú.

El oficial pareció recordar y llamó a su compañero.

—Este pelado fue el que salvó a su hermano y a su tío cuando los secuestraron, ¿recuerdas?

El otro asintió con la cabeza.

—Déjeme ir. Le doy cien dólares para que mire para otro lado mientras me voy.

El oficial agarró el billete y se subió a la patrulla seguido de su ayudante.

—En diez minutos regreso. Si está aquí, se va conmigo.

La camioneta azul partió del lugar a baja velocidad en dirección a la empresa de transportes “Cantú”. El aire en el rostro terminó de despertarlo. También llegaron las demás consecuencias de la brutal golpiza. La lengua pasó por un hueco que antes no existía, el labio superior hinchado parecía estar caliente; sentía seco sobre el ojo derecho, supuso que era sangre y además le dolía el estómago y la entrepierna.

“Maldito hijo de puta, se dio gusto porque estaba borracho, el muy maldito. Pero no siempre estaré borracho, imbécil.”

Entró a la empresa y el vigilante se le quedó mirando unos momentos.

—¿Don Rodrigo? ¿Qué diablos le ha sucedido?

—Una disputa por una mujer. Aunque no lo creas, gané.

—Déjeme lo ayudo a bajar. Pase al baño, que las muchachas no lo vean así.

—¿Tan mal me veo? —volvió a repetir como en una letanía.

—Hay espejos en el baño. ¿Le traigo el botiquín?

Todo le dolía. Desde los pies hasta la cabeza.

—Por favor.

Entró al baño. Con un poco de reserva se miró al espejo. Realmente se veía mal. El diente que le faltaba y el ojo hinchado lo hacían verse terrible. La mente empezaba a trabajar nuevamente. Cuando se pasó agua fría por el rostro sintió una punzada de dolor. Nada comparado al darse cuenta de porque estaba ahí y así.

“¿Cómo se enteraron? Tienen a Carlos, qué bueno. ¿Cómo dieron con él? Algo no cuadra aquí, para nada. Me tienen bien agarrado de las bolas, eso me queda

claro. No debo pisar la cárcel, eso no lo soportaría.”

El vigilante entró y le dejó la pequeña caja de plástico con una cruz roja pintada en la tapa.

—Gracias.

Se lavó con agua oxigenada y algodón. Soportó el dolor como pudo y se quitó la sangre seca de la parte alta del ojo derecho; la herida no era tan grande, pero los ojos son chismosos ante cualquier golpe. Lo que más le dolía era el diente perdido.

“No puedo regresar a casa de esta forma. Bueno, es posible que no pueda ya regresar de ninguna forma. ¿Sabrán todos o solo ese par de cabrones?”

Su hermana lo había hecho pedazos en la notaría. No iba preparado para algo así. Aunque lo hubiera esperado, lo había acorralado sin piedad hasta hacerlo firmar. Había perdido un terreno de más de cinco millones de dólares. Seguramente perdería los otros dos, con la mitad del valor.

“Qué se queden con todo, puedo empezar de nuevo, nadie me va meter a la cárcel. Menos, cuarenta años. Jamás.”

Se sorprendió llorando. Se curaba y lloraba. Levantó la camisa, vio donde se habían estrellado los pies de ese hombre. Sonrió dolorosamente cuando recordó por qué lo había golpeado tan salvajemente.

“Disculpe amigo, ¿quién iba a pensar que un hombre se iba a fijar seriamente en esa puta?”

La risa en el espejo no pasó de ser una mueca macabra. En un acceso de tos escupió sangre y se asustó. Llamó al vigilante, que estaba afuera del baño.

—Dígame señor.

—Necesito un médico.

El hombre, de baja estatura, se asustó al ver sangre en el lavabo mezclada con saliva. Salió corriendo en dirección a las oficinas. En dos minutos, dos choferes lo transportaban en su propia camioneta a la clínica más cercana.

Jesús miraba entre extrañado y temeroso a Julián. Lo siguió cuando le dijo que su esposa quería hablar con él. Se suponía ella tenía el comprador. Bueno, esa parte había sido cierta.

—Señor Jesús. ¿Cómo se siente?

—No lo sé. Al parecer fui invitado a una fiesta, pero no me dejaron bailar ni una —dijo el hombre con humor.

Sonriendo, María lo tomó del brazo.

—¿Adónde piensa ir ahora?

—Ni idea. Su hermano se fue dejándome solo. En su camioneta está mi maletín con algo de dinero y documentos. ¿Adónde va un tipo sin documentos?

—Bien, venga a comer con nosotros. Yo lo invito. Lo otro se arreglará después.

—¿Me va a explicar que sucedió?

—Claro, suba.

Partieron los seis en la camioneta doble cabina del tío Edelmiro, que estaba feliz.

—A tu padre le va a doler esto, hija. Pero el saber que tiene una hija con más huevos que cualquiera de sus hijos varones lo va a llenar de orgullo, porque lo que has hecho tú, es de hombre bien hombres.

María miraba afuera por la ventana. Su lucha interior seguía.

Durante la cena, Jesús se enteró de la novela completa. Sin cortes comerciales. Al final suspiró largamente antes de comentar.

—Bueno, al menos fue por una buena causa.

—¿Qué fue por una buena causa?

—El haber perdido ciento cincuenta mil dólares de comisión.

—Gracias a usted y a Dios, que todo lo pone de modo, me enteré de lo que hacía mi hermano. Desde ahí fui hilando esta madeja, hasta descubrir todo lo sucio detrás. Usted no se va a quedar sin dinero. Personalmente le voy a depositar cien mil al regresar. Y sé que todos mis hermanos estarán de acuerdo.

El vendedor sonrió. Mientras, degustaba el segundo plato del bufete.

El tío los llevó a todos al hotel. Julián rentó un cuarto para Jesús y todos se fueron a dormir. No hubo charla esa noche, María seguía siendo una leona que saboreaba la sangre de su víctima con la lengua en los labios. Pero, a la vez, inundada por una terrible tristeza.

“Mis pobres padres se van a morir, qué pena. Hay cosas que no se pueden pasar por alto, simplemente así es. Si un hermano salió hueco, pues lo siento mucho. Debe ser aislado. Que agradezcan que no lo mande a la cárcel por cuarenta años.”

Al final, después de recordar todo el episodio de la notaría durante varias veces, le ganó el cansancio. Debían regresar a casa.

—Usted no se puede mover hasta mañana, señor. Ha sido brutalmente

golpeado, necesitamos saber si no hay daños internos.

—¿Daños internos? Solo fue una pelea.

—No señor, eso no fue una pelea. Eso fue solo una gran golpiza, sus manos están intactas, así que usted solo recibió. No se puede mover, es peligroso aún.

Terminó haciéndose a la idea de permanecer otras veinticuatro horas en el hospital. No encontraba salida a su caso. Descubierta, pasaba de ser un héroe familiar a la infamia total. De ser un hombre con el futuro asegurado, uno que en pocas semanas andaría buscando trabajo de cualquier cosa.

—Maldita sea mi hermana. Debo buscar la manera de guardar, de perdido, para un camión o dos y empezar de nuevo.

El sedante que le habían inyectado actuó rápidamente. Pronto los pensamientos se hicieron sueños.

El teléfono sonó mientras terminaban de arreglar sus maletas para cruzar a la Central.

—Es mi padre —dijo a Julián.

Le contestó.

—Bueno, papá. ¿Cómo estás?

—Hija, estoy bien pero preocupado.

—¿Qué sucede ahora?

—Me hablaron de la empresa. Que llegó Rodrigo totalmente golpeado. Está hospitalizado en el pueblo, en la clínica cinco.

María se sorprendió.

—¿Te dijeron qué le pasó?

—Dicen que, al parecer, le dieron una paliza muy fuerte. Nosotros ni sabíamos que andaba por allá, ¿tú crees?

—¿Qué piensan hacer? —quiso saber María.

—Yo voy a ir a ver qué le pasó, hija. No lo puedo dejar solo.

María alejó el aparato de su oreja, pensó unos segundos antes de seguir la conversación.

—Padre.

—Dime.

—Julián y yo estamos en el pueblo también. Yo voy a verlo, al rato le hablo.

—¿Tú y Julián? —don Saúl se sorprendió—. ¿Qué está pasando hija, están

todos locos?

—Papá, cuida a mamá. Al rato te explico un poco más. No temas. Estamos bien.

—Sigo sin entender, pero confío en ti. Avísame cuando sepas algo. Por favor.

—Sí, claro. Te quiero.

Julián sentado en la cama la miraba en silencio.

—Rodrigo está hospitalizado en la clínica del pueblo. Voy a verlo.

—¿Llevamos las maletas o pagamos otro día?

—Mejor pagamos otro día. Rentamos un taxi.

—De acuerdo.

Cambiados los planes avisaron a Jesús.

—Por favor, les encargo mis documentos. Necesito volver a trabajar a Mac Allen.

—Está bien. Nos encargaremos de eso. Le avisamos cuando tengamos todo.

—Gracias. Señora, no quiero abusar, a mediodía se acaba mi cuarto.

—Al salir pagaremos otro día para todos. Tranquilo. ¿Tiene para comer?

—Sí, me quedaron como sesenta dólares en el pantalón. Es suficiente.

Se despidieron y salieron al lobby para pagar los días extras.

Luego pidieron un taxi. No sería barato, pero necesitaban ir a ver a su hermano.

Durante el viaje al pueblo, el teléfono de María sonó un par de veces. Ya todos sabían que Rodrigo estaba hospitalizado tras recibir una paliza. Estaban también sorprendidos de que estuviera en México, al igual que ella y Julián. A todos decía lo mismo. Al regreso les explico, nada más.

Durante la hora que duró el viaje a la clínica no hablaron. No sería sencillo hablar con alguien a quien se le había expuesto y despojado de todo. Pero era su hermano.

—Ahí es, señora —anunció el taxista.

—Sí gracias, conozco bien la zona.

Penetraron en su cuarto en silencio. El paciente dormía. Tenía el rostro hinchado y desfigurado por los golpes. María se llevó las manos a la cara.

—¿Dijo que le sucedió? —preguntó María a la enfermera que los acompañaba.

—No, al parecer estaba tan borracho que no se acuerda de nada. Tiene dos costillas rotas y pérdida de pieza dental, además de múltiples golpes en el

resto del cuerpo.

—Por Dios, casi lo matan.

La enfermera les dijo que podían esperar a que despertara en una pequeña sala. Que ella le avisaría para que pudieran entrar a verlo.

—¿Vamos a comer algo y regresamos? —sugirió Julián.

—Mejor sí, no arreglamos nada mientras duerma —musitó su mujer.

Cruzaron la calle y comieron una triste hamburguesa cada uno. Después de eso, regresaron para ser informados de que su hermano había despertado.

—¿Le dijo que estábamos aquí?

—No, como nos los vi en la sala, pensé que se habían retirado. Pasen.

—Gracias.

Abrió la puerta despacio, lo vio con la mesa de la comida atravesada. Se detuvo y lo miró a los ojos. El asintió con la cabeza y ella terminó de entrar.

—¿Qué te pasó?

—Un marido celoso.

María sacudió la cabeza. No se sorprendió.

—¿Quién fue?

—¿Qué importa eso? Ya pasó.

—Hermano, vas a tener que pensar en algo sobre tu vida.

La principal preocupación de Rodrigo, sin embargo, era más inmediata

—¿Allá saben todos... Bueno, lo que sucedió conmigo?

—No todavía.

—Supongo que se lo vas a decir.

—¿Tú qué crees?

—Creo que yo lo haría, es una obligación. No te culpes, perdí el control de mi ambición.

El menor de los Cantú parecía haber entrado en un proceso de contrición.

—Quiero que le vendas a nuestro padre los terrenos que restan.

—Habla con tu amigo, el notario. Que haga los trámites —accedió Rodrigo sin rechistar.

—¿Dónde tienes los papeles?

—Busca una maleta negra delgada detrás del asiento de mi camioneta.

—Jesús dice que sus papeles están en la camioneta y que sin ellos no puede regresar.

—Pobre tipo, tanto moverse para nada —se compadeció el herido.

Julián salió con las llaves de la camioneta y volvió a los pocos minutos con la

maleta negra entre sus manos. Se la entregó a su cuñado.

—Ábrela tú. Están las escrituras de los otros terrenos. Llévenlas al notario y pongan los terrenos a nombre de quienes quieran.

Su hermana seguía dura.

—De acuerdo. Haré venir a papá y a mamá para que firmen. Después tendrás la oportunidad de hablar con ellos y contarles toda la verdad.

—Arregla los papeles, yo estoy acabado.

—Te das cuenta que fue tu elección, ¿verdad?

—Sí, he tenido tiempo para pensar. No te culpo de nada, hiciste lo correcto. Me haré cargo de mi vida.

—Bien. Gracias.

Tomando todos los papeles salieron de la habitación. Apenas pusieron el pie en la calle cuando María estalló en llanto.

Dos días después llegaron don Saúl y Aurora en autobús. Lo esperaban María y Julián.

—Hija, cuéntame qué pasa realmente —premió don Saúl visiblemente envejecido.

—Padres, vamos ahora directamente a una notaría. Ahí firmarán unos papeles, después los llevaré a ver a Rodrigo.

—¿Todavía está hospitalizado?

—No. Ya no.

Prácticamente empujaron a los ancianos dentro de un taxi sin dar más explicaciones. Antes de mediodía estaban con el licenciado José Luis. Éste los saludó efusivamente.

—Señores, firmando estos papeles, los dos terrenos pasan a ser de su propiedad.

—¿Qué significa esto hija? —don Saúl no salía de su estupor.

—Firme, padre, no tiene nada que pagar —insistió la hija.

El matrimonio Cantú no parecía convencido.

—Pero el vendedor dice ser Rodrigo.

—Él firmó antes, no se preocupe. Ya les dirá por qué lo hizo.

No sin recelo y aconsejados por el mismo notario, firmaron al final. Desde ahí partieron en taxi a la casa de los padres. El camino se hizo en silencio.

Las lágrimas de doña Aurora afloraron cuando llegaron. El guardia abrió la verja y entraron por un parque descuidado, lleno de hojas y basura.

Estacionaron en el porche y abrieron la puerta.

—Rodrigo está arriba, papá. Pueden ir a verlo.

Tomando de la mano a su esposa, don Saúl subió las escaleras. Era increíble que una casa donde hacía poco más de dos años, todo era alegría y planes a futuro, hoy parecía una casa fantasma.

El hijo estaba acostado en el cuarto de visitas. Aunque el rostro se había deshinchado mucho, aún eran evidentes las huellas de la golpiza. Su madre lo abrazó llorando, su padre se sentó en el borde de la cama.

—Hijo, tu madre y yo no entendemos nada. ¿Tú nos vas a decir qué sucede?

Rodrigo bajó la cabeza.

—Rodrigo, tu padre espera una explicación —inquirió doña Aurora—. Estamos en México, en nuestra casa, porque tú y tu hermana se vinieron sin avisar a nadie. No tenemos ni idea de qué ha sucedido.

—Madre, padre. No voy a poder decirles nada. No tengo por ahora lo que se necesita para ello. Les prometo una cosa: llegando a Mac Allen nos reunimos y charlamos toda la familia junta.

—¿Qué fue eso de firmar unas escrituras de unos terrenos no sé dónde?

—Padre, cuide esas escrituras, son propiedad familiar. Eso que le quede claro.

—¿Cuándo regresas a casa? ¿Quién te cuida?

—Me cuidan todos, madre, no te preocupes. En dos días más voy a poder caminar bien y partiré de regreso a casa. Vayan en paz y tranquilos con mi hermana y Julián.

Lo abrazaron viendo que nada más podrían saber y salieron compungidos de la habitación.

—Nada nos dijo. Que hablaría con todos reunidos en casa, cuando regresase. Que lo hará en un par de días. ¿Tú no puedes decir nada, hija? —preguntó la madre entre sollozos.

María supo que su valiente hermano, el héroe de la familia, no había podido enfrentar las miradas de sus padres.

“Cobarde”, pensó.

Julián salió al encuentro.

—Señores, tenemos mucho que hacer al otro lado; esto nos entretuvo mucho. Mañana regresamos a casa. Todos.

Nadie habló más. Evidentemente había muchas cosas ocultas aún. Todos eran conscientes de que lo más duro estaba por venir. María confiaba poco en que

su hermano tuviera el valor de enfrentarse a la familia para contar cada una de sus fechorías.

El autobús se detuvo en la central de Mac Allen. Dos camionetas los esperaban para cargar las maletas y trasladarlos a casa. María estaba bajando las maletas cuando apareció su hermano Jorge y le habló en un susurro.

—¿Mamá ya sabe lo que hizo el hermano?

La mujer sintió la boca seca. ¿Cómo lo supo él?

—¿De qué hablas?

—Guadalupe Merher, ¿te suena?

—Oh, Dios mío, Jesús habla demasiado.

Jorge saludó a los demás sonriendo y volvió con ella.

—¿Y bien, lo saben? —apremió su hermano.

—No, aún no.

—¿No vieron a Rodrigo?

—Sí, pero no tuvo el valor de hablar.

—Ojalá no regrese a casa nunca —escupió Jorge.

—Jorge, ¿y Claudia? —preguntó María.

—No la he visto.

—Según Rodrigo, ella no sabe nada.

—Lo dudo mucho. Son el uno para el otro —comentó el hombre con rencor.

—Yo pensaba lo mismo. Pero creo que, al menos en todo esto, ella es inocente.

La llegada de su madre cortó la charla.

—Vamos adentro. Merendemos algo; a la noche cenamos en familia, quiero verlos a todos.

—Claro, madre, como digas.

Entraron todos. María sabía que la indiscreción de Jesús aceleraba las cosas.

UNA REUNION DESAGRADABLE

La cena era de familia completa. Los niños corrían por todos lados y las mujeres ayudaban a poner la mesa. Se percibía una extraña combinación de ambiente de fiesta y de última cena. María miraba a Jorge y lo callaba con los

ojos. Después de cenar, los niños salieron al jardín y en la sala el silencio se hizo materia.

—Bueno, creo que todos tenemos derecho a saber qué sucede en esta familia —comenzó diciendo don Saúl—. Tenemos un hijo duramente golpeado en el pueblo, firmamos escrituras de no sabemos qué terrenos por los que no pagamos un quinto; María y su esposo andaban de paseo por México sin avisar a la familia. Sentimos que algo no está bien. Deseo, no, no solo lo deseo, exijo que alguien nos explique qué sucede.

Todos los ojos se pasearon por María y Julián. Ella dio una palmada en la rodilla de su esposo y se puso de pie. Sus ojos brillaban a punto del llanto. Respiró hondo y se recompuso.

—Bueno, supe que esto iba a suceder, que no sería sencillo. No pensé tampoco fuera tan difícil de empezar.

—¿Qué pasa hermana, qué sucede con Rodrigo? ¿Qué le hicieron? —preguntó Saúl preocupado.

—Bueno, padres, lo siento. Esto va a doler. No hay forma de evitarlo o negarlo. Además, a esta altura del partido todo el pueblo debe andar hablando de nosotros.

Su madre se persignó.

—Nuestro hermano Rodrigo no es el héroe de la familia que todos creen.

Un murmullo siguió a aquellas palabras.

—Hermana, antes de hablar mal de él, recuerda lo que ha hecho por nosotros —advirtió Ana

—Sí, sé a qué te refieres —admitió María—. Nuestro hermano siempre fue el más inquieto de todos. Con dinero, bien parecido y habilidad con las palabras, le iba bien con sus conquistas. —Claudia se mordió el labio superior. Se sentía terriblemente humillada—. Luego tomó el control de la parte de la empresa encargada de conseguir contratos, o sea, ventas. Con su habilidad para negociar logró muy buenos dividendos para la empresa.

—Sigo sin entender nada, hermana.

—Tranquila Ana. Necesito tiempo para esto.

—Perdón. Adelante.

María tomó un poco de agua. Sentía la garganta reseca. Al ver a su padre tomar la mano de su madre, le tembló la voz.

—Rodrigo es un muchacho ambicioso. Pensó que su trabajo en la empresa debía ser mejor pagado. De hecho, era una de sus más comunes peleas con su

esposa; cómo exigir más por lo que hacía. Pero nunca lo planteó de frente, a pesar de vivir con ello. Con el

tiempo, la ambición se volvió codicia.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Saúl.

—Quiero decir, hermano, que quiso comprar terrenos bien ubicados y dedicarse a bienes raíces por su propia cuenta.

—Si lo hacía con su dinero, no veo nada de malo —saltó Claudia en su defensa.

—Ahí está el problema, compró terrenos por algo más de tres millones de dólares.

El murmullo se adueñó nuevamente de la sala. María clavó sus ojos en los de Claudia.

—Para no hacerles tan larga la historia: esos terrenos los pagamos nosotros. Todos nosotros.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que Rodrigo nos robaba? No lo creo. —dijo Saúl.

—Yo tampoco lo creía. Es peor que eso.

—Ya, por favor, María. Deja de dar vueltas y dinos que mierda pasa aquí —el mayor de los hermanos Cantú estalló—. ¿Algo peor que robar a su propia familia? No hay nada peor, no jodas.

María aspiró aire nuevamente, sintió la mano de Julián tomar la suya y ponerse a su lado de pie. Internamente le agradeció ese gesto, era la fuerza que le faltaba.

—Nuestro hermano Rodrigo fue quién organizó los secuestros de Saúl y del tío Edelmiro.

Durante tres o cuatro segundos el silencio fue sepulcral. Después los padres se abrazaron; su madre lloraba sin control. Jorge la miraba y asentía apesadumbrado. Julián le pasó el brazo por el hombro y la dejó llorar sobre él. El golpe a la familia era mayúsculo.

—Supongo que, para hacer una acusación de ese tipo, ya investigaste todo a conciencia, ¿no, hija?

—Sí, padre. Lo siento mucho.

Se le habían cargado los años a su padre en ese momento. Parecía distante, ido. Las hijas rodearon a su madre, que lloraba sin detenerse. María se sentó. Pasaron más de quince minutos hasta que recobraron el control.

—María, queremos saber más —exigió el viejo Cantú.

—Tengo meses investigando esto con un amigo de papá. ¿Se acuerda de don

Lalo, el federal?

—Sí, un viejo lobo.

—Y bueno para sacar trapitos al sol.

—Sigue por favor.

—Todo empezó cuando mi amiga Lupe me dijo que su esposo, vendedor de bienes raíces, se encontraría con un tal Cantú el siguiente sábado para ver unos terrenos en venta en el pueblo. No hice caso hasta que supe que Rodrigo iba ese fin de semana a caerles “de sorpresa”, a la empresa. Algo me olió raro. Cuando regresó le hice unas preguntas y no me gustaron sus respuestas.

—María miró a su alrededor para comprobar que la seguían—. En su siguiente viaje don Lalo, pagado por una servidora, lo siguió en un taxi. Sacó fotos, que aquí están —puso un sobre de color sepia sobre la mesa—, de Rodrigo hablando con Jesús, el esposo de mi amiga. También lo interrogué de regreso —mintió—. Había estado con Jesús, había salido con una amiga y otras cosas sin importancia. Era el vendedor de los terrenos. Don Lalo me investigó esto —dijo poniendo más papeles sobre la mesa—, que son copias de escrituras del Registro Público de la Propiedad, donde aparecen las compras de esos terrenos inmediatamente después de los pagos de rescate de Saúl y del tío.

—No lo puedo creer. Mi pequeño hijo, ¿dónde se perdió? —se preguntó completamente abatido don Saúl.

María continuó pasando por alto el silencioso llanto de su madre.

—Ayudada por Julián por y el notario José Luis Vidal, ¿se acuerdan de él? Bueno, le tendimos una trampa. Fue Jesús y Rodrigo y el tío Edelmiro como comprador, cosa que ellos no sabían claro. Estando ahí, supo que sabíamos todo y no le quedó más remedio que firmar esa propiedad a nombre del tío que, a decir de él mismo, con eso quedó saldada la deuda.

—Por Dios, Carmen va a regar todo en el pueblo.

—Madre, todo el pueblo sabe esto ya. Delo por seguro.

—¡Qué vergüenza!

—Les voy a poner una grabación. Para que no queden dudas.

María encendió la laptop sobre la mesa, introdujo un disco y esperaron unos momentos. Durante más de media hora todos escucharon la conversación completa habida dentro de la notaría, desde el inicio hasta el final de la negociación por los terrenos de Rodrigo. Cuando terminó, nadie podía dudar ya nada, todo estaba sobre la mesa.

Don Saúl se puso de pie.

—¿Dices que mi hermano ya recuperó todo y con eso está tranquilo?

—Sí, padre. Hasta se va a ganar algunos cientos de miles de dólares en la venta, si es que decide vender.

—Gracias, hija. ¿Y los terrenos que firmé con tu madre eran de Rodrigo, comprados con el dinero del rescate de su hermano y ahora son míos?

—Sí, padre, valen bastante más de lo que pagamos por el rescate de mi hermano.

El viejo se sentó, las cosas parecían estar claras ahora.

—¿Qué vamos a hacer con nuestro hermano? —preguntó Saúl temeroso.

Esa pregunta se la hacían todos.

—Creo que nuestros padres deben decidir eso —opinó María—. En lo personal, recuperado el dinero me considero satisfecha.

María se sentó después de hablar. Los padres se miraron a los ojos. Era terrible ver el tremendo sufrimiento causado por los acontecimientos que habían salido a la luz. El viejo se puso de pie.

—En lo que a mí respecta, mi hijo Rodrigo está muerto. Para siempre —dijo con voz lúgubre—. Claudia y sus hijos recibirán una pensión para que nada les falte, de por vida. —El llanto de doña Aurora estalló sin recato alguno. Ana la abrazaba. Don Saúl prosiguió—: Mi hijo no puede volver a entrar a mi casa jamás, no puede vivir en ninguna de las casas de sus hermanos. Gracias a él nos separamos de los amigos y del resto de la familia, sufrimos miedos terribles y gastamos fortunas en cuidarnos de quién, al final, convivía con nosotros. Se burlaba ante nuestros ojos, de nuestro miedo. Se sentía el héroe de la familia, salvando a quienes él mismo secuestraba. No sabía, ni imaginaba siquiera, que en uno de mis hijos pudiera haber tanta maldad. No estoy dispuesto a denunciarlo, tampoco a perdonarlo.

Y dicho aquello se desplomó sobre la silla como un fardo.

—¿Qué haremos con Rodrigo? —preguntó María con un hilo de voz.

—Rodrigo no puede entrar a la casa, a la empresa ni tocar nada de nuestra propiedad en México. María, te encargarás de eso, por favor —encareció el viejo—. Que se vaya con lo puesto y que sepa que al primer intento de hacernos algo, lo envío a la cárcel. No podemos volver al pueblo. De ser una de las más importantes familias, ahora somos el hazmerreír de todos.

—¿Adónde irá?

—Me hago una idea, lamentablemente —dijo con cierto pesar Julián—. El tal Carlos, su socio en los secuestros, no lo ha denunciado porque espera su

ayuda para salir o, al menos, hacerle más llevadera su vida en la cárcel. Cuando sepa que no tiene dinero, él mismo le va a poner el dedo y terminará también preso.

—Ya deténganse, por favor. Esto duele demasiado, ¿qué no se dan cuenta?

La conversación se detuvo por respeto al dolor de la madre. La familia había recibido una buena estocada, pero no era mortal. Dolía haber sido traicionados, asustados y hasta emigrados por la codicia de un hermano, a quién nunca le faltó nada para ser feliz.

Todo eso dolía, pero lo peor era la vergüenza. La pena de saber que el pueblo devoraba a la familia entre rumores; sabiendo que sus tíos, después de tanto sufrimiento, harían pedazos a ese hermano. Imposible pensar en regresar a sus amigos durante un largo tiempo bajo esas condiciones. Durante una larga semana, la alegría desapareció de los hogares. Las charlas eran sobre negocios o sobre los hijos en las escuelas, nadie tocaba otro tema. Pero alguien tenía que volver a México y dar la vuelta a los negocios, además de informar a Rodrigo de lo sucedido.

Rodrigo estaba repuesto totalmente de la paliza. Vivía en la casa grande y bajaba a las oficinas todos los días a hacerse cargo del negocio. No había tenido noticia alguna de su familia, y aunque extrañaba terriblemente a sus hijos, el miedo a saber lo mantenía en silencio. Consciente de que eso no podía durar para siempre había decidido que, si para el domingo no recibía noticias, se comunicaría con Claudia. Iban a cumplirse quince días de soledad y de dolor intenso.

En la empresa nadie le hacía preguntas, aunque suponía que su tío ya había esparcido el rumor de todo por el pueblo entero. No podía odiarlo, el en su caso hubiera hecho lo mismo. Ni por asomo se le ocurría dar una vuelta fuera de ese territorio propio, formado por la empresa y la casa.

“Todos saben que estoy aquí, solo. Y nadie, ni amigos, ni amigas, ni siquiera putas han tenido la atención de venir a preguntarme nada, si necesito algo. Eso muestra hasta donde he caído en la sociedad de mierda esta. Soy un paria, un despreciado, un traidor. Lo peor es que creo que tienen razón. Todo lo que hice fue asqueroso. ¿Cómo pude caer tan bajo? Por dinero que no necesitaba, una esposa que hostigaba, pero que se tenía que aguantar todo porque le gustaba vivir bien... ¿Qué hice por Dios? ¿Qué pensarán mis hermanos, mi padre, mi mamá... Oh, mi pobre mamá? Perdónenme, por favor, perdón. Lo

necesito tanto.”

Lloraba cada noche y después se dormía.

No tenía dudas de que iba a ser la elegida para ir a hablar con Rodrigo. Había demostrado temple, firmeza e inteligencia; algo muy apreciado en una mujer.

—Julián, ¿me acompañas al pueblo?

—Claro, ¿cuándo nos vamos?

—Tal vez el próximo sábado, para volver domingo o lunes. ¿Te parece bien?

—Sí, está bien por mí —accedió de buena gana el marido—. Que tus hermanas se encarguen de los muchachos.

—No va a ser nada fácil —dijo María con una sonrisa cómplice

—Creo que lo difícil lo convertiste en sencillo; lo que sigue será pan comido. Ella le dio un beso corto en los labios y lo dejó.

A todos, sobre todo a su esposa Claudia, se les hacía muy extraño que, pese a las circunstancias, Rodrigo no le hablara. En la oficina le habían dicho que iba regularmente, así que por ese lado no había nada que temer. Los hijos preguntaban por su padre y dar respuestas adecuadas no era fácil. Eran demasiado pequeños para entender. Claudia tuvo que claudicar en sus afanes de grandeza para recibir un buen apoyo para ella y sus hijos cada año.

“Maldito Rodrigo, no solo no supo cómo ganar más entre los hermanos, sino que además se le ocurrió esta estupidez. ¿De dónde habrá sacado esos amigotes? Lástima por mis chiquitos, porque si por mí fuera, que se pudriera en la cárcel. Le aguanté tantas, que algún día las tenía que pagar. Bien, la vida sigue.

Se puso guapa para salir. No pensaba desperdiciar su vida. Era joven y muy bella. No estaba segura hasta qué punto le habían creído a María el que ella no estuviera involucrada en los secuestros, o ni siquiera enterada. Pero esa parte era verdad. No sabía qué hubiera hecho si se lo hubiera contado Rodrigo, posiblemente felicitarlo. Pero no le había avisado; de alguna manera, eso la protegía.

Julián llevaría su propia camioneta hasta el pueblo. El miedo se había reducido considerablemente después de que se había descubierto todo. Revisó que la papelería estuviera en orden para sacar permiso en la aduana mexicana y estuvo listo para el viaje. Salieron a las nueve de la mañana del sábado; una

mañana fresca de otoño. La tarea encomendada no era sencilla y de ella dependía la decisión de muchos, pues algunos hablaban de regresarse al pueblo, se dijera lo que se dijera de ellos.

—Al cabo, una oveja negra la tiene cualquier familia, grande o chica. Nosotros no hicimos nada malo, si van a hablar que hablen.

En estas palabras de Ana, la que más extrañaba, al menos la que más lo demostraba, coincidían todos. Curiosamente, los hombres parecían estar muy entretenidos con sus negocios y no traían en mente abandonar de repente ese nuevo país.

—María, ¿qué pasará con tu hermano cuando le prohíban vivir en la casa y entrar a la empresa? ¿No te da un poco de miedo acaso?

—¿Miedo? No, ya he pasado todo el miedo que debía pasar. Ahora lo que siento es algo muy parecido a la lástima. Imagínate, cielo, que, de un día para el otro, va a ser un hombre buscando trabajo, le van a pagar por año lo que ahora gasta por mes. Lo que no tengo idea es de qué hará Claudia; con todas las que le ha hecho no lo querrá volver a ver jamás. Se aguantaba todo por el dinero; con este cabrón sin futuro, vas a ver que lo deja.

—Pobre tipo, hizo demasiado daño; suertudo si no termina en la cárcel.

—Ya sabes que nadie quiere eso para él. Dudo que sus compinches encerrados piensen igual. Sospecho que en cuanto se enteren de su estado lo van a llevar entre las patas.

—Sí, me temo que tienes toda la razón.

Pasaron sin problema alguno la aduana, y se internaron en su tierra. Poco después de las doce del día, entraban a la empresa. El guardia les abrió la puerta. Julián se bajó y lo saludó palmeándole la espalda; el hombre saludó respetuosamente a María y volvió a su puesto mientras el matrimonio entraba a las oficinas.

Una vez en el interior preguntaron por Rodrigo a una de las recepcionistas.

—Hoy vino un rato, andaba bien tomado —susurró con aires de confidencia la empleada—. Anduvo echando madres aquí a todos, nada le parecía bien. Se veía descuidado, señora, sin rasurar, usted sabe.

—¿Estará en la casa?

—Debe estar, no sale de allá más que para venir aquí un rato. Al pueblo que ni vaya, la gente lo espera, no va a ser para tratarlo amablemente, creo.

María asintió, sonriendo apenas antes de dar media vuelta y salir hacia la camioneta. Julián se sentó al volante y condujo hacia la casa grande,

aparcando afuera. En el porche, mal estacionada, estaba la camioneta azul del amigo de Rodrigo. Tocó la perilla de la puerta y al ver que estaba abierta, entró. Un olor a humedad y suciedad la invadió. Seguida de su esposo recorrió los cuartos hasta que encontró a Rodrigo bien dormido y oliendo a whisky, acostado en la que fuera la cama matrimonial de sus padres.

No hicieron por despertarlo, los ronquidos denunciaban que habría por delante varias horas de sueño y de mona. Era la una y media de la tarde, así que resolvieron salir a comer y regresar después. En el restaurante Las Palomas, frente a la plaza del pueblo, hablaron de cuánta gente había abandonado la zona a causa del miedo a ser secuestrado. También de otros que, sin temerla ni deberla, habían pagado con su vida el apego a la tierra.

—Son decisiones muy difíciles, Julián. Todo parece sencillo desde afuera, pero hay que pensarlo muy bien. Más valioso que la misma vida no tenemos nada. No hay dinero que justifique el perderla, porque entonces el mismo dinero pierde el valor que le dabas. Mira nosotros, todo fue una farsa, de acuerdo. Mira cuánto nos costó la mudanza, la renta de las casas, la compra de muebles, perder el control de la empresa... ¿Has tenido unos minutos para echarle números a eso? Es una pequeña fortuna. No todos pueden hacer lo que nosotros hicimos, y si lo hacen, llegan a Estados Unidos a ver qué hacer, porque no pueden quedarse mucho tiempo sin trabajar.

—Tienes razón. ¿Y qué harás si tus hermanas o tus hermanos deciden volver?

—Seguirlos, adónde vaya la mayoría ahí estaré yo —confesó María abiertamente—. No encuentro otra cosa con más valor, por ahora, que estar cerca de la gente que quiero.

—Veremos qué sucede y después decidimos.

—Así es. Vamos, ya son casi las cuatro, mi hermano debe haber despertado de su borrachera.

Despertó con un dolor de cuello tremendo.

“Qué buen pedo me puse. Debo aprovechar, porque no creo me dejen seguir como hasta ahora mucho más tiempo. ¿Y qué pasaría si voy arrodillado y les pido perdón a todos? Qué humillación; tal vez sería más fácil para mí con el tiempo.”

El ruido de afuera lo sorprendió. Se levantó y pasó un peine por su cabello antes de bajar a abrir. Por la mirilla vio la camioneta de su hermana.

“Lo que vaya a ser, hoy será”, se dijo. Y abrió la puerta.

María lo escrutó de abajo hacia arriba.

—¡Súbete esa bragueta, arrastrado!

—Hola, hermanita, ¿cómo están todos? —contestó tratando de aparentar normalidad mientras subía el cierre de la cremallera.

Ella pasó a su lado sin saludarlo y se sentó en la polvorienta sala.

—La familia completa está enterada hasta de los últimos detalles de tu teatro.

Rodrigo se pasó las manos por el pelo y preguntó con cierta sorna:

—¿Y cuál fue el veredicto de la honorable familia?

—Culpable. De hecho, no podía haber otro —respondió su hermana con crudeza—. Pero todos estuvimos de acuerdo en no enviarte a la cárcel.

—Gracias —musitó—, ¿y mis padres?

Julián se alejó de la charla. Era un problema de hermanos en ese momento.

—Supongo que tienes el dudoso honor de haberles causado lo que hasta ahora ha sido el peor dolor de sus vidas.

Rodrigo bajó la cabeza.

—Lo siento. ¿Qué quieren que haga?

Ella se puso de pie y se detuvo detrás de él.

—No te va a gustar, pero fue una decisión de familia; así que es inapelable.

—Adelante, más bajo no puedo caer ya —se autocompadeció el hombre.

—Permíteme decirte que te queda mucho por caer aún. Lo siento por ti. —Se hizo un corto silencio. María miró hacia la alberca y repasó de nuevo la suciedad que envolvía la estancia—. Tienes que irte de esta casa y se te prohíbe pararte en la empresa; mis padres no desean hacerte ningún daño, pero tampoco ayudarte. Te vas con lo que tienes puesto, que tengas mucha suerte.

Al principio, Rodrigo no pareció digerir bien las palabras de su hermana. Cuando lo logró, supo que el castigo había sido más duro de lo que había previsto. Lo reducían a la nada. O a algo peor que eso.

—¿Claudia qué dijo al respecto, dónde están mis hijos?

—Se sorprendió tanto como nosotros cuando se enteró. ¿De verdad no sabía nada?

—Eso te lo juro por mis hijos, que son lo que más quiero en el mundo.

—De acuerdo, si los quieres ver háblale a tu esposa, a ver adónde se encuentran, porque tienes negado el acceso a las casas de nuestros padres y todos tus hermanos.

—Allá está mi casa también —objetó Rodrigo.

—Nuestro padre pagará la renta, le dará algo a tu esposa por mes y no dejará

faltar nada a tus hijos. Pero no puedes volver —dijo María sin atisbo de misericordia—; no tienes casa ya.

Rodrigo llevó su rostro hacia las manos y empezó a llorar. María prefirió alejarse un poco hasta que se le pasara la crisis. Y esta duró poco, aunque María no supo si porque había conseguido autocontrolarse o porque se daba cuenta de que no lograba nada de ese modo.

—O sea, este pendejo a la calle, como perro —masculló.

—O cuarenta años con casa propia, tres comidas por día, duchas de agua fría y visitas inesperadas en la noche.

Intentó sonreír y su boca dibujó una mueca grotesca.

—Está bien. Quiero hablar con papá y mamá para despedirme.

—No lo hagas; al menos, por ahora no. La herida está fresca. Deja pasar un par de años e intenta algo, a ver si el tiempo ha ayudado a ablandar las cosas. Te voy a dar algo de dinero mientras consigues un trabajo; para que tengas dónde vivir.

—¿Trabajo? ¿Te has puesto a pensar quién puta me dará trabajo en este pueblo o en cualquier otro con mis antecedentes?

—Lo siento, cosechas lo que has sembrado, hermano.

—Eres muy dura.

—Hiciste mucho daño, hermano, demasiado.

—Maldición, nunca pensé terminar así —dijo el hombre con un punto de desesperación.

—De los males, no fue el peor, que te conste. Que te sirva para pensar, analizar y, ¿quién te dice, que con el paso de los años, puedas convertirte en alguien productivo y bueno, arrepentido de tus actos, que podamos reinsertar en la familia?

—Sí claro.

María sacó un fajo de billetes verdes y los puso sobre la mesa.

—Cuídate. Tienes esta semana para vivir aquí. No te pares ya en el negocio, el guardia no te dejará entrar. No insistas.

Con lágrimas en los ojos, asintió.

María le habló a su padre y le informó a detalle lo sucedido. Este estuvo de acuerdo en todo. Bajaron a las oficinas, ya cerradas y vieron al guardia en turno hablando con un federal, cuya patrulla estaba estacionada enfrente. Pidió a Julián que se acercara al lugar y se bajó.

—Buenas tardes, señor. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Buenas tardes, señora. No, somos amigos de su padre y hermanos, regularmente damos la vuelta a saludarlos.

María entendía el tipo de “saludo” que esperaban. Cuando tienes una empresa como la suya había cuotas que pagar en las carreteras para no ser molestados. O tener “protección”, como decían los federales.

—¿Puede venir el lunes? Personalmente lo atenderé, ahora no tengo llaves.

—Gracias. ¿Le parece a las nueve?

—A las diez mejor, venimos de Monterrey.

El comandante hizo una leve inclinación a modo de saludo y tocándose su gorra subió a la patrulla. María preguntó al guardia.

—¿Lo conoce?

—Sí, señora. Viene seguido. La lleva bien con su padre y hermanos. Al parecer cuida los camiones en las rutas.

—¿Cuida, eh? —dijo con sorna? —. Está bien, nos veremos el lunes por aquí.

—La esperaremos señora, vaya con Dios.

—Igualmente

Después de que su hermana abandonó el lugar, se sintió el ser más desvalido del mundo. Observaba las paredes de la casa, los muebles que habían quedado e imaginaba que iría a parar a algún departamento viejo, cuya superficie sería la misma que la de cualquier cuarto de esa casa. Se detuvo frente a la ventana, observó la alberca. Se sentía completamente vacío. Miró el fajo de billetes sobre la mesa. Sonrió.

“Míralo bien, imbécil, pasará mucho tiempo antes de que puedas ver otro así.”

Su mente empezaba a pensar, necesitaba pensar. La vida fácil se había terminado. Tenía que agarrar un nuevo camino. ¿Bueno o malo?

“Puedo buscar a Carlos, debe andar en la calle. No creo que mi hermana lo halla retenido siquiera, ya torcido, no me pude defender bien. Se portó a la altura mi hermanita, que cabrona salió. O puedo meterme en algo que me diga el comandante, aunque no creo esté interesado en ayudar a un desgraciado sin un peso. Lo que no me cuadra del todo es meterme a trabajar por ciento cincuenta dólares por semana en alguna fábrica de mierda. Eso no me cuadra. Puedo hacer lo que dice María pues, bajar la cabeza, humillarme trabajando por un salario miserable y rogar para que en dos o tres años me perdonen y me tiendan una mano. El riesgo es que no me perdonen jamás y me joda totalmente.”

Se paró y se miró al espejo.

“Vaya facha para recibir visita. Parezco un pordiosero, un abandonado. Inspiro cualquier cosa menos compasión. Soy un estúpido.”

Decidido entró a la ducha. El agua fría lo despertó del todo mandando al olvido los últimos efluvios alcohólicos. Tenía una semana para vivir ahí, luego debía largarse adónde fuera. No tenía la menor intención de desafiar a su hermana y a su familia.

“Estoy pagando una cagada grande; debo agradecer estar libre y buscarme un sustento. Después veré que hacer. Quiero ver a mis hijos y debo hablar a Claudia, aunque sé cómo me va a ir. Eso será lo primero que haré mañana. Hablar con ella. De ahí iré decidiendo que hago con mi puta vida de mierda. Recordó todas las veces que se había revolcado con mujeres del pueblo y aquellas que ella se había enterado. Cuantas amenazas de divorcio anuladas por la buena vida a su lado.

“Si yo fuera ella aprovecharía para vengarme. Aunque debo tener esperanzas, puede ser que esté dispuesta a ayudarme y venir conmigo, por nuestros hijos. Eso es, debo hacerlo por nuestros hijos.”

Bañado, bien vestido y más optimista, se puso a ver la televisión.

“Qué sea lo que Dios quiera, aunque también a este le he quedado muy mal.

DINERO SUCIO

El sábado en la noche, después de cenar, María habló mucho con su hermano Saúl y su padre. Le dieron a entender que Rodrigo tenía acceso a un dinero en efectivo escondido en la casa.

—¿De qué es ese dinero, padre? ¿En qué parte de la casa está guardado?

—Ese dinero está en dólares. Es de viajes que no eran facturados; se guardaba para gastos familiares.

—¿De cuánto estamos hablando padre? Me asustan ustedes a veces.

El silencio al otro lado de la línea, le decía que estaba consultando con su hijo mayor.

—De... bueno... de alrededor de unos treinta millones.

—Papá, ¿por qué guardaron treinta millones de pesos en la casa? Podían guardarlo en una bóveda del banco dando algo al gerente, ya saben, para no pagar los impuestos del depósito en efectivo.

—María.

—Dime.

—Son... dólares.

Por un momento María sintió que se la aflojaban las piernas. Sabía perfectamente los dineros que se repartían cada año por familia, lo que daba una idea clara de las ganancias de la empresa. Estaba realmente sorprendida.

—Papá, no hay que ser un genio de las finanzas para saber que algo aquí no cuadra para nada.

Nuevamente el largo silencio. La consulta.

—Durante un tiempo, bueno, mis hijos varones hicieron un trato para transportar gasolina directamente a las gasolineras de la ciudad.

—¿Directamente? ¿No estarás hablando de gasolina robada?

—Bueno. Sí. Eso era.

María suspiró profundamente y miró a Julián, que se había acodado en la cama cuando había oído las últimas palabras.

—Padre, si Rodrigo quiere dinero, no necesita agarrarlo y correr; con chantajearlo a usted y mis hermanos sería suficiente.

—No habíamos pensado en eso, hasta que, bueno... Hasta que pasó lo que pasó. ¿Qué podemos hacer, se te ocurre algo? Lo hecho, hecho está.

—Así es. ¿Quién sabe de ese dinero realmente?

—Mis tres hijos y yo. Y ahora tú.

—¿Y por dónde se accede a él?

—Por el cuarto de mantenimiento de la alberca. En el piso hay una entrada disimulada, Si la buscas bien, no tardarás en abrirla.

—Mañana iré a verla. Tenemos mucho de qué hablar usted, mis hermanos y yo. Eso que me está diciendo es muy grave. Hubiera preferido no saberlo nunca.

—Yo tampoco, hija. Me enteré por casualidad y cuándo nos quisimos salir ya no nos dejaron.

—¿Nos?

—La mafia de Pemex y la Policía Federal.

—¡Con razón...!

—¿Qué pasa?

—Un federal estaba hoy frente a la puerta de la empresa, ya cerrada, hablando

con el guardia. ¿Quiere decir que siguen con ese negocio entonces?

—Es arriesgado dejarlo.

—Padre, estoy muy decepcionada de mi familia —confesó María sombríamente—. Mañana le hablo.

Colgó sin despedirse. Miró a Julián, cuyos ojos pedían explicaciones. Lo abrazó y lloró unos minutos. Cuando se recuperó, le contó todo a detalle. Desde los arreglos con la petrolera y la policía para llevar gasolina robada a las estaciones de la ciudad, hasta el pago de cuotas a la federal.

—Por Dios, María, esto se complica demasiado—dijo Julián con un atisbo de preocupación en su voz—. ¿Qué quieres hacer?

—Mañana temprano vamos a ver ese dinero, si es que aún existe. Después veremos qué hacer. Ahora no puedo pensar con claridad. —Levantó las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Al final éramos parte de una familia de “honorables mafiosos” ladrones de gasolina? ¡Qué asco!

—¿Qué sucede si Rodrigo amenaza con denunciarlos a todos? Puede lograr una buena cuota de manutención solo con eso.

—Lo he pensado. Y creo que he dejado esa preocupación en mi padre.

—¿Tú padre organizó el tráfico de combustible robado?

—No, al parecer se enteró después de alguna forma. Y dice que intentaron salirse, pero que fueron amenazados.

—Claro —corroboró el marido—. Esas mafias dicen cuando entras y también cuando sales. Ahora sí están hasta el cuello. Todos.

—Estamos, cielo, estamos —matizó su esposa.

Apagaron la luz y trataron de dormir. Estaban lejos de solucionar el último de sus problemas.

El lunes amaneció lloviendo fuerte. El viaje en taxi hasta la casa fue lento y peligroso. La gente no cambiaba su forma de manejo; lo hacía igual en seco que lloviendo, por lo que los percances eran muchos y aparatosos. Llegaron a la casa. La puerta seguía abierta. Rodrigo estaba sentado a la mesa, comiendo un cereal con leche. Se había rasurado, estaba bien peinado, bañado y vestido decentemente.

Sonrió sin levantarse ante la entrada de su hermana y su cuñado.

—Hola. Vinieron temprano.

—Así es. Quiero hablar contigo de algo importante.

—Adelante, hermana —concedió Rodrigo.

María se sentó al estilo vaquero, con el respaldo de la silla al frente del cuerpo para poner sus brazos cruzados sobre éste.

—Cuéntame del negocio de la gasolina robada —dijo sin preámbulos.

El viaje de cereal hacia la boca de su hermano se detuvo y regresó al tazón.

—¿Quién te contó sobre eso?

—Papá.

—Está loco —exclamó furioso—. Si sigue contando a todo mundo, los van a pescar.

—No soy todo mundo, soy tu hermana. Directa o indirectamente, estamos en el mismo baile. Quiero detalles, cifras, involucrados. Todo, Rodrigo, todo —apremió María.

Rodrigo empujó el tazón lejos de él y se pasó una servilleta de papel por la boca. Sus ojos eran los de un jugador al que se le presenta una baza imprevista a su favor.

—Tiene como cinco años ya, ese negocio. Sigue viento en popa. Hay mucha gente involucrada, desde altos directivos de Pemex hasta federales de alto rango, así como vigilantes.

—Cifras. Viajes por semana, dime.

—Nos dan tres pesos por litro. Camiones cisterna de cuarenta mil litros. Al menos son quince a veinte por semana.

Ella hizo cuentas mentalmente. Era buena en eso.

—Es un mundo de dinero. ¿Dónde lo guardan?

—Nuestro padre debe habértelo dicho. ¿O te dejó a medias? ¿No te contó por miedo a que me pudiera largar con él?

—Dime adónde lo guardan, hermano —insistió la hermana.

El menor de los Cantú suspiró antes de contestar y miró a Julián, que no perdía detalle de la charla. Señaló por la ventana grande, el cuarto de máquinas de la alberca.

—Ahí está todo.

—¿Cuánto crees que haya en ese momento?

Pensó mentirle, pero si su padre le había dicho algún número, lo pescaría en curva y difícilmente recuperaría la confianza jamás. Debía ser honesto con ella, empezar a mostrar arrepentimiento.

—Cerca de treinta millones. De dólares.

María simuló asustarse con la cantidad.

—Llévame a verlo.

Asintió y se puso en pie. Tomó rumbo a la salida de la casa. Los tres cruzaron por un lado de la inmensa alberca de cemento y llegaron al pequeño cuarto de dos por tres, donde estaba la maquinaria de filtrado y desnatado del agua. Empujó un mueble que sostenía escobillones, trapeadores y productos como cloro y clarificadores de agua, dejando a la vista una loza de cemento con una argolla metálica para levantarla. Rodrigo se agachó y tiró de ella descubriendo una entrada de sesenta por sesenta centímetros.

Julián entró primero, luego Rodrigo y, al final, Carmen. Estaba muy oscuro y olía a humedad. Rodrigo encendió un foco en el techo. El cuarto estaba vacío. María encaró a su hermano.

—¿Qué es esto?

Sonriendo la empujó con suavidad a un lado. Después apretó un botón disimulado en el zoclo junto al piso y este empezó a elevarse en un pedazo de dos por un metro. María abrió la boca ante la cantidad de paquetes de billete verde envueltos en hule transparente.

—Por Dios, ¿a quién se le ocurrió esto? ¿Cómo nadie nos dimos cuenta de qué se hizo este cuarto aquí y con esa tecnología?

—Vacaciones largas de la familia hermanita.

—¿Ahí hay...?

La voz de María tembló.

—Treinta millones de verdes, falta muy poco. Todos de la familia.

—Dinero mal habido. Robado.

—Robada es la gasolina. Nosotros transportamos bien. Yo lo guardé aquí mes tras mes, bien empacado y discreto —se enorgulleció Rodrigo sin rubor.

—¿Y las facturas de los viajes?

—Un arreglo financiero con el cliente, nada más.

—Supongo que este negocio, también fue obra tuya.

—Modestamente.

—¿Quiénes saben de este escondite?

—Demasiadas personas.

María se quedó mirando la carga del elevador. Perteneecía a la familia y se acordó del dicho popular, “el dinero cuesta”.

—¿Cómo evitar un robo aquí?

—Este cuarto tiene algunas cosas, como distracción. Cloro para la alberca, costales de arena de sílice para los filtros, suele haber herramientas; todo bastante desordenado como para que a nadie se le antoje mirar hacia arriba.

—¿Ahora por qué está limpio?

—Desde que nos fuimos se limpió todo. Jorge y yo lo hicimos. Desordenamos mejor el cuarto de arriba, a la vista de todos, para que nadie pudiera pensar que había otro lugar con más cosas.

—Inteligente.

No tenía la menor idea de qué hacer con ese dinero. Uno de los guardianes del secreto acababa de ser expulsado del clan, lo que abría una brecha importante en la seguridad del lugar. Tenía que pensar algo, inmediatamente. Julián la observaba calculando todo lo que se podría divertir con el paquetito de enfrente.

—Bueno, voy a tomar una decisión arriesgada, hermano. Vas a seguir viviendo en la casa. Serás el guardián de este dinero.

—¿Los demás estarán de acuerdo? —quiso saber Rodrigo, que ya saboreaba un pequeño triunfo después de tantas derrotas.

—No quiero que nadie más se entere de esto. Haremos un trato tú y yo. Cuando alguien venga, te aviso y desapareces. Mientras, sigue viviendo aquí hasta saber qué hacemos con esto. Eso sí, no te aparezcas en el negocio. Busca algo quehacer.

—Tú mandas —concedió el hermano.

Salieron todos del cuarto, que estaba caliente y húmedo. Cerraron todo como estaba y volvieron a la casa. Era lunes y María esperaba la visita del federal en cualquier momento. Se despidieron y bajaron a las oficinas de la empresa. Revisando los papeles de los fletes, y comparándolos con la bitácora de salida de vehículos, supo que cualquier persona con un mínimo de cerebro se daría cuenta de que algo no era derecho en el movimiento de la compañía.

Cuando estaba por llamar a reunión, el vigilante le avisó que la buscaba el comandante Ferrigno. María se había cambiado a la antigua oficina de Saúl; la más amplia y segura de todas.

—Señora, buenos días.

—Hola, oficial.

—Comandante Ferrigno, para servirle...

El policía hizo una inclinación de cabeza.

—María Cantú. ¿A qué se debe el honor de su visita, comandante? El sábado nuestro encuentro fue un poco apresurado, por la hora.

—Sí, claro, uno entiende. Aparte uno sabe la historia de la familia, no se apure, tenemos muchos años apoyando esta empresa de la que dependen

muchos empleos.

—Directos e indirectos.

—Así es.

—Supongo que usted debe estar enterada de que... bueno, tenemos un contrato para cuidar las unidades en la ruta.

—No. —La sonrisa se heló en la cara del oficial—. Fíjese, comandante, de eso no me han dicho nada. Ya ve que estamos fuera del país, por ahora. Y seguro que ahí seguiremos un buen rato; a como están las cosas por aquí.

—Ya se está calmando, señora. Ahí la llevamos ya. ¿Cómo está don Saúl y su hermano Jorge y el mayor, Saúl también?

—Muy bien, comandante. Iniciando algún negocito de aquel lado, para no aburrirse.

—Supe la historia de su hermano menor. Triste.

—Pasa en las mejores familias, comandante.

—Así es, dónde abunda el dinero, suelen hacerlo también los problemas.

—A su tiempo todo volverá al cauce, no se preocupe.

—Como sea, Rodrigo debe tener su buen guardadito, ¿no?

Los ojos del policía la miraban con un brillo de ofidio. María tuvo la sensación de que estaba siendo interrogada.

—No creo. Nunca se sabe con esos hombres.

—Así es. ¿Y él no está por aquí ahora?

—No, comandante. Ya no volverá al negocio. Va a cambiar de aires el también.

—¿Volverá otra vez al otro lado acaso?

—Ni idea, ahora es agente libre, puede ir adónde le parezca.

El comandante clavó sus ojos grises en los de María.

—Lástima de muchacho, acá la tenía hecha ya. Bueno, lo del pago mensual a la corporación, ¿cómo se arregla?

—Ni idea. Voy a preguntarlo, pero lo que se haya pactado se respeta —quiso tranquilizar María—, como debe ser.

—Gracias. ¿Cuándo le hablo?

—¿Le parece bien hoy, a las cinco de la tarde?

—Perfecto. Gracias, señora.

El comandante se levantó y salió de la oficina. María se quedó pensando un rato.

“¿Qué tanto sabe este cabrón y qué tanto aprecia a mi hermano?”

Regresó a su lugar anterior; de ahí le habló a su hermano.

—Rodrigo, ¿cuánto le pagas a un federal que supuestamente protege las rutas de nuestros camiones?

—Quince mil por semana, hermana. Cuidado con él —le advirtió.

—¿Pesos?

—Dólares. Efectivo.

—Ufa, que buen sueldo.

—No es todo para él. Hay que repartir mucho.

—Bien, te veo a la noche si puedo ir un rato.

No pensaba ir, ni un ratito. Lo que le urgía era cambiar ese dinero de locación. Rodrigo desesperado, podía hacer cualquier cosa. El comandante, al saber que su hermano no tenía ya la protección de la familia, ni dinero a montones como antes, podía hacer una jugada chueca con lo que sabía.

Esa noche en el hotel planeó algo junto con su esposo. Sería mucho trabajo, pero el premio valía la pena.

—¿Por qué haces esto? Debes odiarme como todos en la casa.

—Eso tenlo por seguro, pero adoro a tu hermana. Por ella lo hago.

Julián manejaba por la ruta, iba a ver a alguien que había prometido darle un trabajo decente a su cuñado. Aunque este seguía un poco en desacuerdo había decidido portarse bien para que, con el paso de los años, todo pasara al olvido y su familia lo aceptara.

—Hoy le voy a hablar a Claudia —le anunció—. Extraño a los niños.

—Eso sería bueno. No sé cómo te va a ir con ella, los muchachos necesitan un padre cerca, siempre.

—Sí, claro.

La entrevista con el transportista tuvo éxito. A partir del siguiente lunes sería el segundo al cargo en tráfico. Una tarea bien pagada y en la que tenía mucha experiencia. El dueño del negocio no hizo muchas preguntas. De regreso a la casa, hablaron de lo mismo.

—Julián si ya recuperaron el dinero y eso, ¿tú crees que algún día me perdonen?

Conduciendo suave, su cuñado lo miró de reojo.

—No lo sé. Honestamente. Dicen que el tiempo lo cura todo.

—Ojalá. No estoy tan viejo, puedo volver a empezar de cero.

—Ahá.

Dejó a Rodrigo en casa y regresó a la oficina. María estaba sentada viendo una pila de papeles enorme.

—¿Cómo te fue?

—Le dieron el trabajo a la primera. Tu llamada allanó el camino, obviamente.

—Lo sé.

—¿Lo demás?

—Arreglado.

—¿Cansada?

—Un poco, pero me gustó la tarea.

En cuanto la camioneta con su esposo y su hermano salió de la casa fue directamente hasta el cuarto donde se guardaba el dinero. Tardó un poco en encontrar el botón para subir el elevador, pero después todo fue más sencillo. Los paquetes estaban bien apretados y pesaban; aún así logró vaciar el pequeño cuarto en pocos minutos. Después, viendo siempre que no hubiera nadie cerca, los empezó a acarrear como una hormiga. Cuando terminó con el último, se sintió satisfecha. Menuda sorpresa se llevaría quien bajara a buscarlo ahora. Nadie sabría ahora su paradero. Satisfecha, se dirigió a la oficina. Iba apenas a buscar algo para comer, cuando apareció Julián.

—Diablos, por poco y me agarras allá —dijo esbozando una sonrisa traviesa.

Decidieron hablar con su padre. Le dijeron que, si quería, Rodrigo podía hacer mucho daño con la información que tenía involucrando a todos.

—¿Qué sugieres entonces, hija?

—Dejarlo vivir en la casa sin derecho a ir a trabajar mientras arreglamos todo esto. Puede regalarlo, venderlo, hacer como que lo robaron; es mucho riesgo.

—Y mucho dinero. De acuerdo contigo. Haz lo que tengas que hacer —concedió el viejo.

—Gracias, padre.

Ahora quería regresar a su casa, ya extrañaba.

Se sentó en el sofá. Aunque tenía un trabajo nada mal pagado, aquello era una miseria comparado con sus anteriores ingresos.

“Maldición. Esto no me gusta, no me voy a acostumbrar a vivir con doscientos cincuenta dólares a la semana. Debo hacer algo.”

No podía tocar el dinero del cuarto secreto porque de inmediato se le echaría la ley encima. Debía pensar.

Decidió que era el momento de hablar con su esposa y con sus hijos.

El aparato sonó varias veces. Nadie contestó.

“Qué raro. ¿Por qué no contesta su celular?”

Marcó otro número.

—Bueno.

Un nudo se le atrancó en la garganta. La voz de su hijo lo conmovió más de lo que esperaba.

—Hola, joven. ¿Cómo has estado?

—Papito, ¿ya vienes a casa? —apremió quejoso el niño.

—Bueno, de eso quería hablar con tu mami, no me contesta el celular.

—No está en casa, salió hace un ratito, dijo que venía pronto.

—¿Fue al súper? —trató de indagar Rodrigo

—No nos dijo. Iba muy arreglada.

Una punzada en el pecho lo hizo perder el control un momento.

—¿Ah, sí? Qué bueno. Dile que le hablé. ¿Se marcó este número en tu celular?

—Sí, papi. Yo le digo. Oye papi, una cosa.

—Dime, hijo.

—Ya vente papi, te extrañamos mucho. —imploró quejoso el pequeño—. Mami también.

—¿Sí, y qué dice ella?

El silencio pilló a la criatura en falta.

—Está bien, hijo, no te preocupes, pronto nos veremos. Un beso grande para ti y para tu hermanita.

—Adiós papi, un beso y un abrazo bien grande para ti.

No pudo evitar las lágrimas al colgar. Estaba cosechando su siembra. Los celos, lo habían sorprendido de pronto.

“Maldición, ni siquiera he tenido una mujer en estas semanas; vaya que si estoy mal. ¿Dónde estará mi vieja?”

Volvió a marcar su celular con el mismo resultado.

Pocas veces un hombre la había tratado con tanta delicadeza. Sudaba y se retorció en la cama como gata en celo. Todas las fibras sensibles de su cuerpo estaban siendo tocadas por ese hombre, que sabía cómo sacar las mejores notas a ese instrumento musical falto de atención.

Después de media hora de escarceos en el motel, su teléfono vibró sobre la mesa de luz. No le hizo caso, no estaba para nadie. La segunda vez que sonó,

su hombre estaba concentrando su tarea en libar sus néctares más exquisitos y tomó el teléfono para ver el número. Sus hijos estaban solos. El número la desconcertó primero y la desconcentró después.

—¿Hice algo mal?

—Claro que no. Fui yo, lo siento. Sigue, mi amor, no te detengas ahora.

Una hora después, relajada y feliz, conducía rumbo a casa. No tenía la menor intención de llamar a su marido, tenía la mente ocupada en alguien que sabía hacerla sentir mujer. Al llegar a casa, su hijo le salió al encuentro.

—Mami, mami, llamó papito. Que viene pronto, que si le puedes hablar, por favor.

Lo tomó de la mano y lo besó en la frente.

—Al fin apareció, ¿eh? Ahora le hablo. Sigue jugando con tus primos.

—Sí, mamita.

Después de la ducha, donde su mente recordó las horas de gozo anteriores, salió con la intención de hacer de comer a sus hijos. Cuando iba a salir, el teléfono vibró. Era él. Pensó en dejarlo llamar.

“Mejor no. De una vez; al mal paso darle prisa. Se lo buscó solito.”

Se aseguró que sus hijos estuvieran entretenidos viendo a través de la ventana que daba al patio interior de las casas. Luego se sentó en la sala de piel negra.

—¿Sí? —dijo gélidamente.

—Hola mi amor, soy yo.

—Hola Rodrigo.

—¿Cómo estás? Hoy hablé con el niño, extraño a mi nena y el poder verlos.

—Qué bueno que los extrañes, ellos también preguntan por ti.

—Supongo estás enojada conmigo y te entiendo.

—¿Supones? La próxima vez que nos veamos, si es que sucede, será para firmar el divorcio.

Una furia fría empapaba la voz de la mujer.

—Espera, no seas así. Podemos salir adelante como familia; piensa en los hijos,

—Rodrigo, no tienes un quinto. Te dejaron en la calle, no te quiere ver nadie, ni tu madre. ¿Quieres que yo, que aguanté tantos amoríos tuyos, ahora te perdone y vuelva? No, gracias —sentenció Claudia.

—Esto es pasajero, ya verás. Cuando se les pase el coraje me aceptarán de vuelta.

—Rodrigo, te lo pongo claro, para que entiendas. Ya no tienes mujer más que

por un papel firmado. Tus hijos preguntan cada vez menos por ti, así que no te preocupes por ellos. Además, tu familia me da una decorosa pensión que me permite vivir sin lujos, pero bien. Así que dime, ¿para qué quiero cerca de mí a un delincuente? Si eso le hiciste a los tuyos, ¿qué se puede esperar de ti?

Al otro lado de la línea reinaba el silencio. Claudia no cortó la llamada. Sonreía cruelmente.

“Una de cal por tantas de arena, Rodrigo Cantú.”

Llamó a los niños a cenar, los atendió y acostó. Después, hizo lo mismo. El aislamiento de una familia que poco la quería, le ayudaba en las andanzas con su amante en turno. Estaba feliz. Sus hijos se acostumbrarían a no ver al padre, como los hijos de un soldado en la guerra.

Ella no estaba dispuesta a cruzar la frontera por nada del mundo; había encontrado el ancla que buscaba para su vida. No pedía más.

Después de la andanada de su esposa sintió lo que era la verdadera soledad. No era una gran mujer, ni siquiera una buena amante, pero era su esposa, la madre de sus hijos y su único posible apoyo en aquellos difíciles momentos.

“Maldita, seguro ya traes alguien que te calme los nervios, maldita puta.”

Supo lo que era estar al otro lado de un engaño y lloró de impotencia, de dolor y de coraje. Terminó buscando ayuda de la barata, siempre a la mano. Después de media botella de whisky, todo parecía mejor, más claro.

—A la mierda todo, toda mi puta familia, muéranse todos. No los necesito, hijos de puta, para nada.

Estrelló el vaso de vidrio grueso contra el espejo de su cuarto, que estalló en añicos. Su carcajada resonó en la casa, sola, como el eco de un espectro. Tomó el celular y buscó en el registro.

—Comandante, necesito su ayuda, urgente.

María estaba tranquila. Iban de regreso. No avisaron a nadie, ni a Rodrigo. Simplemente esa mañana, bien temprano, decidieron regresar. A las diez de la mañana entraron a su casa, dónde fueron recibidos con abrazos y besos de los tres vástagos.

Cuando su padre se enteró, llegó a verlos con Aurora.

—Hola, hola. ¿Qué tal el viaje de regreso?

—Tranquilo, papá, mucha vigilancia de los militares y marinos; se puede viajar con relativa seguridad. Yo creo que andando solo de día no hay mayor

peligro.

—Me alegro. ¿El negocio?

—Al parecer los muchachos saben qué hacer. Revisé chequeras, facturas y bitácora. Todo en orden, todo reportado tal cuál debe ser.

—¿Algún problema con lo otro?

—No, padre. Arreglado y en orden. Quiero volver en dos o tres días, con Saúl y Jorge de preferencia.

—De acuerdo. Llévense a Ana, es la que más sufre.

—Lo haremos, papá.

La presencia de los hijos obligó a limitar la charla en saludos y planes de viaje; los detalles que quería saber esperarían al siguiente día. Todos entendieron eso y los dejaron para que descansaran.

El comandante recibió la llamada cauteloso.

“Este cabrón pudo engañar a su familia, su sangre. Así que hacerme un cuatro a mí le vendría bien seguramente. Lo voy a escuchar, eso sí. Pero nada más.”

Ahora esperaba en una brecha, muy cerca de la casa de los Cantú. Estaba solo, su compañero estaba escondido entre los árboles de la orilla, armado y preparado. La camioneta vieja de Rodrigo apareció y se detuvo frente al auto oficial. Aquel descendió y se sentó al lado del comandante, saludándolo con un apretón de manos.

—¿Qué se cuenta, comandante?

—Bien, Rodrigo, ¿tú qué novedades tienes?

—Con su puesto, supongo ya sabe las últimas noticias. Estoy acabado, totalmente.

—Algo me contaron. —respondió el policía evasivamente—. ¿En qué pensaba cuando organizó todo eso solo? Hay negocios que son para especialistas —le reprochó—; dejó un rastro de huellas frescas que seguir. Por cierto, tu hermana se hizo ojo de hormiga, se fue sin pagar el mes.

—Al diablo, ya es pasado eso, señor. Le vengo a proponer un negocio de mucho dinero y fácil. Mi hermana vendrá pronto y arreglaremos ese dinerillo. El dinero fácil no existía. La vida le había enseñado eso al comandante. Escuchar, en cambio, era gratis.

—A ver, ¿Qué se trae entre manos ahora?

—Comandante, hace cinco años que estamos jalando en esto de la gasolina. Ya tenemos un buen guardadito. Yo sé dónde, puro efectivo.

La charla prosiguió una media hora más. Después Rodrigo se perdió en la noche. El comandante tenía que pensar muy bien las cosas. La cantidad era más que atractiva. Teniendo a un muchacho como Rodrigo atravesado, solo estaba de ponerle un cuatro con la ley, y lo sacaría de la jugada. Aparte, no podían denunciar ese dinero, porque no era legal. Sonrió y sus ojos de ofidio se estrecharon hasta convertirse en dos rayas.

—Hay días de éste trabajo que realmente me encantan.

Su compañero salió del monte y se sentó a su lado.

—¿Todo en orden, comandante?

—Sí, este cabrón que quiere lo contacte con alguien para que le dé algo que hacer. Pobre idiota, un rico que quiere ser más rico y termina de perro callejero.

—¿Quién va a confiar en un tipo así? No entiendo cómo su familia no lo refundió en la cárcel.

—Su familia no lo hizo. Pero sabemos que sus cómplices están encerrados. Seguro que no se peinaron con los federales en espera de que este hiciera algún movimiento por ellos, ¿entiendes?

—¿Y si, casualmente, se enteran de que su compañero cayó en desgracia?

—O tal vez ayudándolos con alguna lanita para su familia lo denuncien. Antes vamos a ver quién queda al mando de la operación; lo que traemos nos da buena vida, compañero. Hay que pensarle antes bien pensado.

—Sí, comandante. Usted manda.

Ya en casa, con el alcohol diluyéndose en la sangre, Rodrigo se dio cuenta del error. Había actuado mal, el comandante sabía del dinero. No sabía la ubicación ni la cantidad, pero no era un tarado como para no darse cuenta de que, en cinco o seis años de ahorro, se juntaba una muy considerable cantidad de verdes.

“¡Qué imbécil soy! Por eso me pasan tantas cosas. Si ese pendejo me agarra, me aprieta las bolas, seguro me saca toda la sopa. Mejor me sereno, hago las cosas bien y le digo a María que voy a desaparecerme un tiempo considerable. Esto se está calentando.

El frío del otoño estaba con él nuevamente. Empezaba diciembre. Mes de las fiestas. De la familia.

Muy avanzada la madrugada, se durmió. Solo y asustado.

FINAL DE SORPRESAS

María había ido a la empresa un par de veces en el último mes. Había pagado la cuota al comandante, quien estuvo de acuerdo en que su hermano desapareciera un tiempo. Muy a su pesar, María no podía dejar de hablar o aconsejar a Rodrigo, por más que el resentimiento siguiera presente. Pero la marcha del hermano sería, seguramente, lo mejor para todos.

En Mac Allen era de dominio público que Claudia se veía con alguien. Todos en la familia le habían pedido discreción, por los hijos. Don Saúl le dejó claro su parecer en la primera charla que tuvieron.

—Al momento en que te divorcies de mi hijo y te cases o te juntes con alguien, tu pensión se anula. Sigue la de tus hijos, en forma de alimentos, de ropa y de educación.

Claudia protestó pero no obtuvo ningún apoyo de ningún miembro de la familia. Si no fuera por los hijos, seguramente ya la habrían echado a la calle como a un perro pulgoso. Ante aquel panorama decidió entonces ser más discreta. La ciudad se prestaba para ello; nadie le había prohibido andar con un hombre, o dos o diez. Al final seguía igual. Feliz, con dinero y un hombre que la atendía muy bien.

Sus hijos preguntaban cada vez menos por su padre. Ella nunca les había mentado.

—Papá fue a México a arreglar unos negocios; no sé cuándo volverá.
Cosas ambas, ciertas.

El comandante tenía un plan. Doble plan. Y lo puso en práctica ayudado por dos de sus hombres de confianza. En la primera semana de diciembre hizo saber a Carlos Iñiguez que Rodrigo estaba arruinado, corrido por su familia. La segunda semana ya se corrió el rumor de que había un contrato para matar a Rodrigo Cantú. El comandante citó a Rodrigo una noche en el mismo sitio que la última.

—Amigo, tiene usted problemas —le anunció a bocajarro el policía.

—Eso sí que lo sé. ¿A qué se refiere ahora comandante?

—Un tipo llamado Carlos Iñiguez, da diez mil dólares por un agujero en su piel. ¿Lo conoce?

Rodrigo tragó saliva. Sabía de qué hablaban cuando lo hacían sobre un contrato de ese tipo. Habría decenas de tipos queriendo ganar ese dinero. Era hora de irse.

—Comandante, ayúdeme a irme de aquí —casi suplicó Rodrigo.

—Para eso están los amigos. —La comisura de los labios del comandante se alargó en una mueca de sonrisa y sus ojos de serpiente se estrecharon—. ¿Por qué cree que estamos hablando? En las buenas y en las malas estaremos juntos. Al rato, esta mala racha pasa y volvemos a las andadas.

—Gracias. ¿Qué me aconseja?

—Primero, hablele a su hermana, dígame la verdad. Que sabe que gente en el penal paga por su muerte, que desaparece por un buen tiempo. Dígame que ni hablará por teléfono por algunos meses; luego reaparecerá, cuando todo se

calme.

—¿Cómo sabré que ya no me buscan?

—Para eso está su comandante, amigo. ¿Qué le pasa?

—Gracias.

—Lo ayudo, nos ayudamos; esto es de confianza. Yo le aseguro mantenerse vivo. Claro que para eso se necesita dinero. Mucho dinero.

—Eso no es problema, comandante. Le va a sobrar —aseguró Rodrigo.

—Bueno, dígame dónde lo guarda para poder organizar la fuga antes de que lo encuentre un pistolero de paga.

El miedo hizo presa de Rodrigo. Su cuerpo tembló imperceptiblemente.

—Mañana le hablo a mi hermana. Después preparo todo y una maleta con el dinero para mis gastos, el resto usted lo guarda. Confío en usted.

—Me estoy jugando mi carrera como puede ver, amigo; no es por dinero, porque ni idea tengo de cuanto haya guardado en ese sitio.

—Mañana le hablo temprano. Es buen dinero.

Rodrigo se fue mirando hacia todos lados, sintiéndose seguido por cuanto vehículo pasaba a su lado. Pensaba hablar con María en la mañana, luego al comandante. Después haría su maleta con algunos miles de dólares y a volar. Esa noche todos los ruidos lo despertaron.

La llamada de su hermano la asustó en principio, pero no la sorprendió del todo.

—Hermana, te deseo suerte. Cuida a mis hijos.

—Tú la vas a necesitar más que yo, cuídate. Ve con Dios hermano.

Después de esas palabras, María sintió que lo condenaba. No hubo lugar a más conversación. Rodrigo había cortado.

Estaba a punto de bajar al cuarto del dinero cuando entró la llamada del comandante.

—Rodrigo, en cinco minutos lo veo en la brecha de ayer.

—Espere, no he sacado aún mi dinero.

—Yo se lo haré llegar. Tenemos entendido que un comando se dirige a su casa, van a entrar a sangre y fuego. Amigo, ofrecen más dinero por su cabeza.

Alarmado y con lo puesto subió a su camioneta, no sin antes agarrar los dólares que su hermana le había dado.

“Bueno, del todo vacío no me voy. El resto que necesite que me lo envíe el

comandante. Se ha portado bien el cabrón.”

Salió volando de la casa, cruzó delante de la empresa llamando la atención de los guardias y empleados que había en el patio a esa hora de la mañana. En la brecha lo esperaba el comandante y su compañero. Dejó la camioneta metida en el monte, y bajó corriendo zambulléndose dentro de la patrulla.

—Vámonos, comandante —apremió.

—Acuéstese en el piso de atrás, por favor. Esto es alto riesgo para nosotros.

Rodrigo hizo lo que le dijeron, sentía el auto deslizarse por la carretera. Al cabo de un rato agarraron lo que parecía una brecha; había mucho pozo y el auto saltaba.

—Bueno, Rodrigo, ya lo saqué del peligro más cercano —la voz del comandante sonó desde el asiento del copiloto—. Lo voy a hacer llevar hasta el sur del país; estará entre amigos. ¿Cómo le mando el dinero que necesita?

—Usted sabe adónde voy, yo no. Así que mándelo ahí como sea, mientras sea efectivo.

—¿Cuánto le envío?

—Mándeme cinco millones de dólares, un millón por mes, yo veré dónde lo guardo allá.

En su posición no pudo ver la mirada que cruzaron el comandante y su subalterno.

—¿Cinco millones? ¿Pues cuánto hay guardado ahí, señor?

—Mucho más, bien guardados y amarrados. Fácil de transportar. Solamente fíjense que no haya ninguno de mis hermanos en la zona; creo que mañana viene mi hermana y uno de ellos a ver el negocio.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó con calma el comandante.

—No necesita entrar a la casa. Entren al patio, saltando la barda. Por el lado de la alberca no hay cámaras. Entren al cuarto de mantenimiento, muevan un mueble con ruedas, lleno de artículos de limpieza. Abajo hay una tapa bien disimulada, levántenla y bajen.

—¿Es todo? ¿Quiénes más saben de semejante escondite?

—Todos mis hermanos varones, mi padre y mi hermana mayor, nadie más. Ah, y el esposo de mi hermana.

—Bueno, lo haremos pronto para poderle enviar el dinero.

—Cuándo estén abajo verán que está oscuro, al fondo del cuartito hay un botón en la pared. Enciende la luz del techo, un solo foco. Exactamente frente a la llave de la luz, disimulado en el zoclo, hay un abultamiento, solo tóquenlo y el

dinero aparecerá por un elevador desde el suelo.

—¡Qué ingenioso! —se admiró el comandante sinceramente alborozado—. ¿A quién se le ocurrió esa idea?

—¿Usted a quién cree, comandante?

—Usted es un genio, señor. Lástima que lo pescaran en la movida.

—Con lo que tenemos podemos empezar buenos negocios, juntos.

—Ya lo creo. ¿Y cómo lo vamos a dividir? No me gustaría gastar algo que no me pertenece.

Rodrigo se acomodó. Vio que circulaban por una zona llena de árboles.

—Agarre unos diez para usted, yo gastaré esos cinco mientras esto se calma.

Después vemos en qué invertimos; para los negocios me pinto solo.

El auto se detuvo al fin. Rodrigo, suspiró y preguntó.

—¿Ya puedo salir? Estoy molido.

Habían viajado más de hora y media. La última parte del trayecto había sido pura terracería en mal estado. Se sentía como el costal de un pugilista.

—Claro. Ábrale, compañero —ordenó el comandante

Se bajó, el lugar era hermoso.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rodrigo—. Se me hace conocido.

—Cerca del Pozo de los Gavilanes.

—Qué bonito. Claro que conozco.

—Mucha gente llega por aquí a escalar. Aquí la pared empinada invita a esos locos que se dejan caer con cuerdas por ahí.

—Alpinistas, comandante, se llaman alpinistas.

Se acercó a la orilla de la sierra, observaba el paisaje. El empujón en la espalda lo pescó de sorpresa. Cayó de bruces mientras intentaba agarrarse de un arbusto al borde del abismo. La rama crujió y cedió de inmediato. Los ojos de Rodrigo se llenaron de horror. Los últimos segundos de vida recogerían las sonrisas del comandante y de su ayudante.

María estaba en su casa preparando la maleta para salir al día siguiente cuando sonó el teléfono. Abrió los ojos y rompió a llorar.

—No, me prometiste no tocar el dinero, maldito embustero.

Julián se acercó a ella y la abrazó.

—¿Qué sucede? —se interesó el marido.

—Te conté que Rodrigo huía porque la gente del penal lo buscaba para matarlo. Me dijo que se perdería unos meses y luego me buscaría. Estaba

realmente asustado.

—¿Y? No me digas que lo agarraron.

—Cuándo vacié el cuarto puse una trampa. Para que explotara si alguien intentaba entrar. Al parecer fue por el dinero, ¿entiendes? Maté a mi propio hermano, Julián. Maté a mi hermano, ¿cómo explico eso?

Su esposo no supo qué decir; se limitó a abrazarla fuerte. La entrada a la casa de uno de los hijos, los obligó a disimular.

—Madre, ¿se van mañana otra vez?

—Sí, mi amor —dijo María secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Vamos a ver la casa de los abuelos y el negocio.

—¿Y nosotros cuando nos vamos a poder ir con ustedes?

—Pronto, hijo, muy pronto.

Subió a desahogarse en el baño de su cuarto. Lloraba amargamente. Julián pensaba.

—Amor, no digas a nadie que pusiste esa trampa. Que quede como un accidente. No digas nada ahora. Mañana vemos allá qué se nos ocurre.

El muchacho que cuidaba las cabras gustaba de ir al farallón de la sierra a buscar ganchos, pedazos de cuerda y otras cosas que dejaban los alpinistas. Esa mañana encontró algo que lo catapultó a su casa en pocos minutos, abandonando las cabras a merced de los coyotes. Alguien de la casa partió con los rurales y avisó del hallazgo del alpinista muerto en la base del cerro.

El teléfono sonó a las diez y treinta horas. María contestó.

—¿Sí? Sí, ella habla... ¿cómo?... pero sí. Está bien, vamos en camino. Íbamos de todas maneras a ver el negocio. En dos horas estamos ahí, gracias, señor.

Julián la miró de reojo y preguntó.

—¿Ahora qué?

—Un pastor encontró el cuerpo de Rodrigo al fondo de un barranco, en el Pozo de los Gavilanes.

—¿Cómo? ¿Entonces quién voló en la casa? —preguntó estupefacto su marido. María no tenía respuestas a ninguna pregunta. Ya en carretera pidió a su esposo que pisara un poco más el acelerador.

—Me he convertido en una asesina, ¿te das cuenta? —meditaba consternada María.

—No seas tan dura contigo, ¿qué hiciste realmente en ese sitio?

—Dejé abierta al mínimo una llave de gas que llenaba los dos cuartos. Desenrosqué el foco del cuarto de abajo y con cuidado le rompí el vidrio, la bombilla, dejando los filamentos enteros. Al encender la luz, con el cuarto lleno de gas... ¡pum!

—Por Dios, y nadie se dará cuenta de qué sucedió.

—Cundo saqué el dinero le hablé a don Eduardo. Le pregunté cómo podía proteger el lugar y me enseñó ese truco. No pensé que alguien lo intentaría, es la verdad.

Se detuvieron en la empresa. Había carros de bomberos, policía federal, ejército y la estatal. Estacionaron dentro de los patios e, inmediatamente, los abordó un oficial de la federal.

—¿Señora María Cantú?

—Sí, ¿qué ha sucedido realmente?

—No lo sabemos aún —confesó el policía—. Encontramos restos de cuerpos, partes de lo que parecen ser uniformes de la policía federal; los peritos de criminalística de campo siguen trabajando —el oficial cambió de tema—: Tengo entendido que viven fuera del país.

—Así es. Vinimos hoy porque anoche era muy tarde cuando hablaron.

—Al parecer, los hechos ocurrieron sobre la medianoche. El primer aviso a los bomberos fue a las doce y cuarto más o menos. Primero pensaron que era una fuga de gas, porque sabían de la casa abandonada. Al ver restos humanos, todo cambió.

Llegaron a la casa al fin. María jadeaba un poco, no era buena para caminar y menos en subida. Javier observaba todo con curiosidad. Dieron la vuelta. María preguntó.

—¿Alguien ha entrado a la casa?

—No, señora, no ha llegado la orden del juez. Pero si usted nos permite entrar, nos gustaría revisar el interior.

—¿Está enterado de que mi hermano menor apareció muerto hoy en la mañana cerca de Zaragoza?

—Lo siento. Sí, lo sabemos; pensé que ustedes todavía no.

—Alguien nos avisó cuando nos dirigíamos para acá. Demasiadas desgracias para ésta familia. Demasiadas.

Al llegar al área de la alberca se asustaron. El cuarto sobre el pasto, donde se

guardaba todo lo del mantenimiento a la misma, había desaparecido. El paisaje era un pozo relleno de escombros. La alberca se había agrietado en dos lados. María miró a Julián y éste se encogió de hombros.

El federal se acercó a ellos nuevamente.

—El cuerpo de su hermano va a ser trasladado al servicio médico forense a las tres de la tarde —anunció.

—Gracias. No andábamos en buenos términos últimamente, pero sigue siendo nuestro hermano.

—Sí, algunos vecinos y empleados hablaron de su... bueno, descarrilamiento. Ella siguió observando con tristeza. Otro policía se le acercó.

—Estos oficiales traían la patrulla, señor.

Después de leer el parte, encaró a María.

—¿Le suenan estos nombres?

Al leer el nombre del comandante Ferrigno se estremeció. No convenía mentir.

—Este hombre vino una vez, hace algunas semanas. Cobraba... bueno, le dábamos una ayuda por proteger nuestras unidades en la ruta, como a todos.

—¿Nada más?

—No, era de hacer tratos con mi hermano, el fallecido. Yo, de casualidad, lo vi ese día. Cualquiera de mis empleados puede corroborarlo.

—Gracias, ya lo hicieron.

“Bien, María. Sabían desde hace mucho quiénes eran, solo intentan ponerte un cuatro. Tranquila, no te dejes. Di la verdad, menos un poquito.”

Era evidente que a la velocidad que sacaban los cuerpos, en cientos de partes, el trabajo duraría, al menos, todo ese día. Sobreponiéndose, abrieron la casa para descansar en la sala.

El oficial federal los siguió.

—¿Me permite, señora?

—Adelante.

El oficial inspeccionó el lugar. Se veía abandonado, excepto el cuarto donde su hermano se refugiaba. Pidió permiso para revisarlo y accedieron.

—Señora, ¿puede venir? —la reclamó el oficial al cabo de unos minutos.

María subió enseguida. El oficial tenía un sobre en su mano, cerrado.

—¿Es letra de su hermano?

—Sí, puedo asegurarlo.

—Al decir a quién corresponda, lo guardaremos como evidencia.

—¿Cree que él, bueno, pueda haberse suicidado?

El oficial se sentó en la orilla de la cama. Golpeó su mano derecha con el sobre que sostenía en la izquierda.

—Usted me da buena espina, señora. Le cuento. Esa patrulla fue vista ayer en la zona. Más tarde, algunos testigos afirman haberla visto por dónde su hermano perdió la vida. En la misma noche, esa patrulla es reportada abandonada a menos de doscientos metros de un lugar que había explotado una media hora antes. Demasiadas coincidencias.

—Por Dios. ¿Qué dirá la carta?

—Cuando llegue el ministerio público la abriremos. No antes. Hay algo más adentro del sobre.

Siguieron revisando. La ropa tirada hablaba de una salida presurosa. María no encontró el dinero que le había regalado a su hermano. Supuso que lo traía encima cuando murió. O lo mataron. Entonces recordó algo y salió a ver los restos que los peritos dejaban sobre lonas encima del pasto. Asintió con la cabeza cuando corroboró su teoría.

“Hay restos de billetes de cien dólares entre los escombros. Creo que el comandante mató a mi hermano para luego venir a robar el dinero. El dinero no estaba, solo la trampa. Ya no me siento tan mal, no maté a mi hermano. Vengué su muerte sin saberlo.”

Regresó a la casa. Para ella todo había terminado. Una hora después llegó una desganada agente del Ministerio Público a dar fe de todo el desastre. El oficial de la federal le indicó la carta y llamaron a más testigos antes de abrirla. María y Julián, agarrados de la mano, esperaban sentados en la sala.

La muchacha, de baja estatura, caderas anchas y pechos pequeños, tomó aire y se acomodó los anteojos. Rompió el sobre a la vista de todos y sacó dos hojas de máquina escritas a mano. Las acercó a María.

—¿Reconoce la letra señora?

Quiso decir sí, pero no le salió nada. Era de Rodrigo.

“A quien corresponda:

Yo, Rodrigo Cantú Rodríguez, en pleno uso de mis facultades, dejo esta declaración por lo que pudiera sucederme más adelante. Confieso que he estado traficando con gasolina robada a espaldas de mi familia, por lo que me he metido en numerosos problemas que me cercan día a día. El comandante Ferrigno y su asistente, se encargaban de cuidar las cisternas desde que salían de los lugares donde estaban las tomas clandestinas hasta descargar en las gasolineras de destino, cuyos nombres y direcciones están abajo. El director

de operaciones de vigilancia de Pemex era el encargado de decirnos cuáles tomas estaban sin vigilancia para acceder a ellas con seguridad; su nombre y el de tres personas que lo asistían, están abajo también. Soy el único culpable, ya que todos confiaban en mis negociaciones. El dinero cobrado por la venta clandestina debe recogerlo el comandante y guardarlo hasta que pase mi emergencia de seguridad, ya que hay un contrato para asesinar me de parte de Carlos Iñiguez, preso.

Si alguien quiere involucrar a mi familia, sepan que soy culpable también del secuestro de mi hermano y de mi tío Edelmiro Cantú, por los que cobré una buena cantidad de dinero, pero me arrepentí y regresé propiedades a mi nombre para resarcir el daño. Las grabaciones son para implicar al comandante Ferrigno y a la plana mayor de vigilancia de Pemex. Si esto lo lees hermana, guárdalo, me están cuidando. Si lo lee alguien de la ley, es porque estaré muerto.

Firmado, Rodrigo Cantú. Y fecha al calce.”

María lloraba, su esposo la abrazaba, también con lágrimas en los ojos. La agente guardó la carta en un sobre y lo selló.

—Pueden ir a descansar, señores. Esta diligencia llevará un día o dos más; hasta entonces se les podrá citar a declarar sobre el asunto.

—Necesito algo con alcohol, cielo.

—¿Una cerveza? —sugirió el marido.

—Más fuerte, que me atonte un poco. Quiero despertar de esta pesadilla.

—Tu hermano exoneró a todos al final —recordó el hombre para contribuir a su tranquilidad.

—Así es. Lástima de hombre, tan inteligente... y se salió del corral.

—¿Y dónde guardaste todo ese dinero, amor? —preguntó Julián.

—Espera.

María buscó en su cartera, sacó una llave y una hoja membretada. “Mini Bodegas Santiago”.

—¿Lo tienes guardado en una bodega, en un simple contenedor de lámina con un candado? —se sorprendió el marido.

—Le dije a los empleados que las cajas de cartón bien encintadas era ropa de mujer y niños que quería guardar. No hicieron preguntas.

—Era mucho.

—Seis cajas, para ser exactos. Tardé casi tres horas en guardarlo, envolverlo

en muchas vueltas de hule y encintarlo. Me dolieron los brazos dos días.
Julián abrazó a su esposa.

—¿Adónde vamos?

—A casa, amor. Hay reunión familiar.

—¿Les diremos del dinero?

—¿No te ha quedado claro cómo terminan quienes traicionan su propia sangre?

—Lo siento, no me refería a eso —quiso aclarar el hombre.

—Se acabó el negocio de la gasolina robada. Con la declaración escrita y los nombres que dio Rodrigo, le van a pegar una buena sacudida a la ciudad.

—Eso me queda claro.

—Conduce despacio, quiero ver la ruta.

—De acuerdo. ¿Y tú hermano, no lo velaremos?

—Vamos a casa, allá mis padres sabrán que hacer.

—Deberíamos hablarles por teléfono.

—No. Puede haber orejas escuchando; esto va a dar que hablar por mucho tiempo.

—La familia Cantú dando que hablar, como odia eso tu madre.

—Sí, lo odia.

—¿En qué piensas?

—En que el dinero cobra, cielo. De una u otra manera, siempre cobra sus comodidades. Nos gana la codicia y se apodera de nosotros.

—Tienes razón.

—La sangre que traiciona su sangre termina mal. Mi hermano murió hace mucho; esto es solo el final.
